

LAS RUTAS DEL CRIMEN

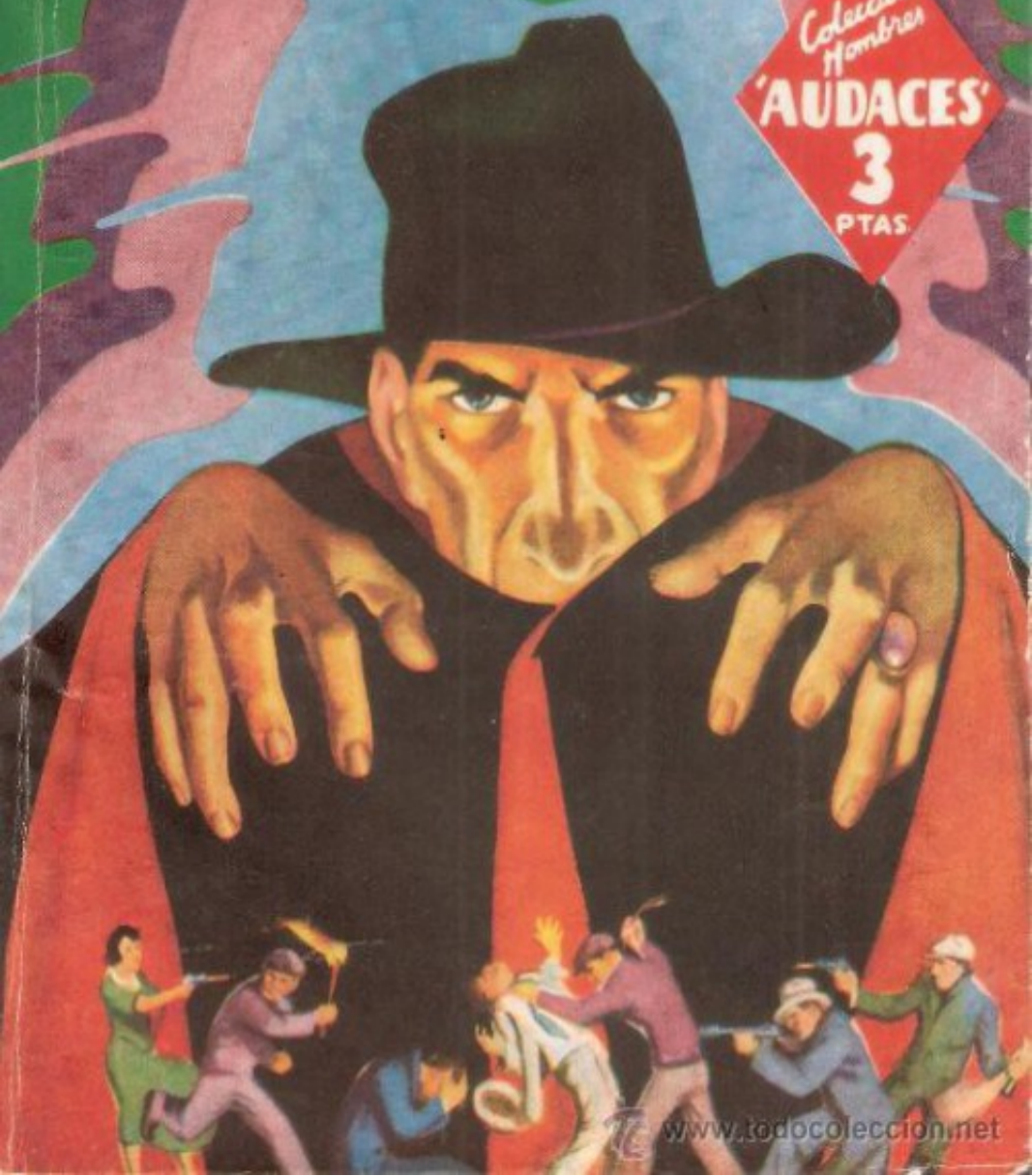
por MAXWELL GRANT

*Colección
Hombres*

'AUDACES'

3

PTAS.



Las rutas del crimen

Maxwell Grant
La Sombra/39

CAPÍTULO I

UN BANDIDO ARISTÓCRATA

¡EL extraordinario de hoy!... ¡El extraordinario de hoy!... ¡Con los atracos al Nacional y al Parkerside!

Graham Wellerton se detuvo al oír el grito del vendedor de periódicos. Le dio unos céntimos y recibió la última edición de la noche de un diario neoyorquino.

Miró las titulares, mientras caminaba bajo la cegadora luz de la calle Cuarenta y Dos. Luego dobló cuidadosamente el periódico y se lo puso bajo el brazo al entrar en una estación del subterráneo.

Los pasajeros del metro leían ávidamente los periódicos cuando Graham Wellerton subió al tren y tomó asiento en un rincón. Con su diario bajo el brazo, escrutó con los ojos semicerrados la gente de todas clases sociales que ocupaban el coche y se preguntó cuáles serían sus reacciones al conocer las principales noticias del día.

Los buscadores de sensaciones de Nueva York tenían motivo para estar satisfechos. Las columnas de la Prensa nocturna constituían tema, para una prolongada discusión sobre la ola de crímenes que azotaba a la ciudad.

Dos bandas de ladrones de Bancos habían operado a mediodía en dos partes distintas de Manhattan. Los que asaltaron el Trust Parkerside fueron derrotados y puestos en fuga en una refriega espontánea, a consecuencia de la cual, media docena de bandidos cayeron muertos o heridos.

Pero los que entraron en el Banco Nacional Terminal lograron plenamente su objetivo. Con la ayuda de gases lacrimógenos inutilizaron a empleados y clientes, escapando ilesos y con muchos miles de dólares en billetes.

Observando a sus compañeros de viaje, Graham Wellerton los

clasificó en dos categorías. Un grupo —juzgó— lo componían aquellos que se alegraban de la victoria de los empleados del Banco contra los criminales, retratándose en sus rostros su satisfacción por el resultado de la refriega en el Trust Parkerside. El otro, le pareció lo formaban los que envidiaban a los ladrones que habían saqueado el Nacional Terminal y se habían retirado ilesos.

Graham se entretenía analizando las pasiones humanas. Escrutó el rostro de los que leían lo sucedido en el robo frustrado.

La mayoría poseían un aspecto de ecuanimidad. Los enfrascados en la lectura del fructuoso atraco, sin embargo, eran individuos de rostro amargado, que parecían deleitarse al saber que los malhechores habían alcanzado un triunfo momentáneo.

Al considerar a los que clasificaba de este modo, Graham Wellerton adoptó una extraña neutralidad en lo que a él se refería. De haberse incluido él en la clasificación, se habría colocado en la categoría selecta. Por su vestimenta, apariencia y modales, Graham era el ocupante más distinguido del vehículo.

Alto, apuesto y vestido impecablemente, tenía el aspecto de un hombre de mundo cuando salía del coche, al detenerse el tren en una estación de la parte Norte de la ciudad.

Pero la sonrisa que aparecía en su rostro era reminiscente. No muchas horas antes, Graham Wellerton, en otro coche del subterráneo, había representado una clase opuesta de la sociedad. Entonces llevaba unos pantalones arrugados, un jersey grueso y una gorra a cuadritos.

Sonreía aún cuando tiró su periódico a un recipiente de basuras. Los relatos de los atracos a los Bancos, incluían descripciones de individuos muy parecidos a como él vestía a mediodía. La noche trajo la actual transformación.

En lo que se refería a los atracos de los Bancos, la neutralidad de Graham era de equilibrio. Estaba contento del golpe de mano al Trust Parkerside; también se alegraba de que el asalto al Nacional Terminal hubiese tenido éxito.

Esto se debía a que Graham conocía algo que la policía no sospechaba, al saber que ambos atracos habían sido ordenados por un genio del crimen.

Dos lugartenientes fueron empleados, cada uno de ellos era el jefe de una banda de criminales. Uno, “Lobo” Daggert, fracasó en el

Trust Parkerside.

Sus secuaces fueron dominados y él mismo escapó por milagro.

El otro, Graham Wellerton, tuvo éxito en el Nacional Terminal. Mediante una estrategia serena y una acción rápida, logró su objetivo, sin la pérdida de un solo satélite.

Sin el aspecto de gangster que presentaba de día, Graham Wellerton, vestido ahora como un caballero, llamó a un taxi al salir del metro.

Reclinado en el respaldo del asiento posterior, encendió un cigarrillo y entre las bocanadas de humo emitió unas risitas suaves. De una posición de gangster subalterno, había ascendido al cargo de lugarteniente de igual categoría que la de «Lobo» Daggert. Hoy había demostrado su superioridad sobre “Lobo”.

Graham Wellerton estaba ansioso por oír lo que el jefe tenía que decirle. Esa era su misión esta noche: una visita al jefe.

Desde ahora en adelante, Graham sería considerado superior a “Lobo” Daggert. Al jefe le gustaban los lugartenientes hábiles.

Sin embargo, la sonrisa de triunfo que se dibujaba en el rostro de Graham no revelaba del todo sus sentimientos. A pesar de la eficiencia que había demostrado en el crimen, este apuesto joven no estaba muy contento con su profesión.

EL taxi se detuvo delante de un rascacielos de viviendas. Graham Wellerton, desaparecidas del rostro las señales de satisfacción, apeóse y pagó al chofer.

Entró pausadamente en el vestíbulo, se acercó al portero e inquirió si el señor Furzman estaba en casa. El portero preguntó el nombre del visitante, llamó por teléfono y acompañó al joven al ascensor.

EL aparato paró en el piso catorce. Graham salió de la jaula y se aproximó a una puerta situada en el fondo de un corto corredor.

La puerta estaba entornada. Un individuo redoncho, de mandíbula cuadrada, la abrió sin pronunciar una palabra. Graham Wellerton entró y esperó que la puerta se cerrase.

—Hola, Gouger —dijo al individuo redoncho—. ¿Está Rey Furzman listo para verme ahora?

Gouger asintió con la cabeza. Graham cruzó el umbral. Gouger le siguió y cerró la puerta tras sí.

La antesala quedó envuelta en el silencio. Era una pieza pequeña

y lúgubre, con tres puertas; servía tan sólo de entrada. Era el lugar donde Gouger, pistolero y escolta de Rey Furzman, esperaba a los visitantes que eran anunciados.

Ahora que había entrado un visitante, Gouger no tenía motivo para permanecer allí hasta que volvieran a llamar desde el vestíbulo de la planta baja. Mas, durante aquel intervalo, un inesperado visitante iba a efectuar su aparición.

Apenas se hubo cerrado la puerta tras Gouger y Graham Wellerton, el pomo de la puerta del pasillo empezó a girar lentamente. Algo invisible hizo chirriar suavemente la cerradura. La puerta se abrió hacia dentro.

Una figura penetró en la antesala. La puerta se cerró tras el silencioso visitante. Dentro del radio de la luz erguía la alta figura de un espectro disforme, que había entrado allí a pesar de que la puerta estaba cerrada con llave.

Este ser vestía completamente de negro. Su prenda principal era una capa larga y flotante, que daba a su figura una forma grotesca. El cuello de la capa, alzado, ocultaba las facciones del desconocido.

Encima de la capa, el silencioso visitante llevaba un sombrero flexible de anchas alas que tapaban por completo su frente.

La luz tenue de la antesala alumbraba tan sólo los ojos del misterioso intruso. Debajo del ala del sombrero, un par de pupilas fulguraban siniestramente al escrutar las dos puertas que daban al interior del piso.

Como un fantasma, el desconocido siguió a Graham Wellerton hasta la morada de Rey Furzman. Fundido en la oscuridad del extremo lejano del corredor, el fantasma de la capa negra había estado esperando la llegada de alguien.

Ni Graham ni Gouger descubrieron su sobrenatural presencia. Ninguno sabía que el rey de la noche había observado su encuentro en la puerta abierta.

¡La Sombra!

La figura espectral oculta en la oscuridad era el que buscaba los lugares donde se urdía el crimen. ¡Rey del misterio, su nombre era el terror del mundo criminal!

Lobo solitario que luchaba contra las hordas del hampa, súper sabueso cuyas proezas no tenían par, La Sombra había penetrado allí con el objeto de averiguar ciertos datos concernientes a unos

hechos criminales.

Los ojos fulgurantes escudriñaron la puerta situada a la derecha. Una risa suave, como un susurro, brotó escalofriante de labios invisibles. La alta figura deslizóse por el suelo alfombrado y llegó a la puerta. Una mano enguantada de negro giró el pomo. La puerta cedió.

Escudriñando por un resquicio, La Sombra vió la habitación desierta sumida en una oscuridad completa. La única fuente de iluminación provenía de un estrecho arco, de donde pendían unas cortinas pesadas.

AL otro lado había un aposento alumbrado por lámparas de lectura, lo cual significaba que alguien había allí dentro.

La Sombra penetró en la oscura habitación y silenciosamente cerró la puerta tras sí. Su elevada figura quedaba totalmente desvanecida en la oscuridad, al encaminarse hacia las pesadas cortinas.

La Sombra se detuvo al llegar a ellas.

Los ojos de La Sombra escudriñaron la habitación que había al otro lado.

Observaron a un hombre: a Graham Wellerton. El visitante despojado de su gabán, sombrero y bastón, hallábase sentado en una silla poltrona, fumando un pitillo.

Un rostro distinguido, sobre las solapas de raso de un smoking, fue la cara que La Sombra vió. Graham Wellerton, esta noche, era un caballero del crimen. Vil calidad de tal, aguardaba la llegada del jefe, el hombre llamado Rey Furzman. Los ojos de Graham, duros á pesar de su aspecto de indiferencia, estaban clavados sobre una puerta situada en el otro lado de este recibidor: el lugar por donde el joven sabía que Rey Furzman entraría.

Absorto en sus pensamientos, Graham Wellerton no prestó atención a las cortinas de la arcada. No vió la zona de negrura que procedente de la otra pieza, penetró lentamente y luego permaneció inmóvil sobre el suelo.

Allá La Sombra estaba inmóvil mientras el rey de la noche esperaba. Iba a celebrarse una entrevista: una importante conferencia entre Graham Wellerton y su superior, Rey Furzman.

¡Los oídos de La Sombra escucharían, sin que nadie sospechase, lo que se dijese! ¡Entretanto, los ojos de La Sombra contemplaban

severamente a Graham Wellerton, el bandido aristócrata!

CAPÍTULO II

EL JEFAZO

ABRIÓSE la puerta del lado opuesto de la habitación. Un hombre corpulento, de oscuros cabellos apareció en el umbral. Graham Wellerton se incorporó en su asiento y le saludó con una sonrisa.

El otro le sonrió también ampliamente, correspondiendo a su saludo con un movimiento de la mano. Graham volvió a sentarse y el individuo corpulento tomó asiento frente a él.

Graham Wellerton, bandido aristócrata, se hallaba frente a Rey Furzman, poderoso “racketeer” terrorista que exigía y cobraba tributo al comercio para «asegararlo» contra el robo y «protegerlo» contra otras bandas; y era jefe de banda, cuya palabra era ley para las hordas del crimen.

El «asegurador», Rey Furzman, vestía, como su visitante, un smoking, pero mientras las ropas de Graham le sentaban como un guante, las de Furzman, a pesar de los esfuerzos de su sastre, le quedaban arrugadas y deformadas.

La almidonada pechera estaba abombada y su grueso pescuezo de toro asomaba como el de una tortuga por el cuello de la nítida camisa.

La diferencia en el rostro de ambos hombres aparecía bien patente.

Graham Wellerton no presentaba el aspecto de un gangster vulgar.

Rey Furzman, aunque creía adoptar un porte franco y cordial, no podía ocultar su fondo egoísta y brutal, que constituía la parte más característica de su fisonomía.

—¡Buen trabajo, Wellerton! —dijo Rey Furzman—. Estupenda operación esa que has efectuado hoy. Lo mejor de la faena fue la

forma en que llevaste el botín hasta el sitio en que Gouger te esperaba. Es extraordinario; llevarlo tan tranquilamente como si hubieses sido un paseante inofensivo.

—En efecto —asintió Graham—. Salimos perfectamente del asunto. Pude haber venido hasta aquí con la «pasta», pero me dijiste que se la pasara a Gouger y así lo hice.

—¡Estupendo! Pues aquí la tengo muy bien guardada —replicó Furzman—. Cuando quieras te llevas tu parte.

—Vale más que me la guardes tú—dijo Graham displicentemente—. Aun no estoy arruinado... Ya la cogeré cualquier día.

—Me dejas estupefacto, Wellerton —respondió el jefe—. «Lobo» Daggert reclama su parte tan pronto como el trabajo ha sido efectuado. Tú no pareces preocupado por la «tela».

—¿Por qué habría de hacerlo? —preguntó Graham—. Tengo asegurado el porvenir.

—¿Cómo?

—Con el dinero que nos proporcionará el próximo golpe —replicó Graham suavemente—. Habrá mucho más que en éste.

—¡Así se habla! —Furzman gruñó su aprobación—. Me gusta oírte porque sé que dices lo que piensas. «Lobo» no se expresa así. No hace más que aullar pidiendo su parte.

—Pero no aullará esta noche —aseguró Graham.

Rey Furzman se estremeció al oír estas palabras. Su rostro mostró desaprobación al comentario de Graham. Tras un momento de reflexión, dijo:

—¿Qué idiotez es ésa, Wellerton? —preguntó—. Por la forma en que has hablado parece que te alegras del fracaso de «Lobo» en el trabajo de hoy. ¿Te he comprendido bien?

—Claro que sí —respondió el otro resueltamente—. Cuanto más pronto te des cuenta de que «Lobo» ha dejado de serlo, tanto mejor para ti y, por consiguiente, para mí, Rey. He realizado hoy una operación soberbia. «Lobo» ha fracasado lamentablemente.

—Perfectamente. ¿Y qué?

—«Lobo» tiene su banda. Yo tengo la mía. Las dos pandillas te pertenecen; por consiguiente, hay una relación. Alguno de los míos podrían reconocer a los muchachos que cayeron en el Trust Parkerside. ¿Acrecentará eso mis probabilidades de futuros éxitos?

—No —admitió Rey Furzman.

—Tienes razón. ¡No! —declaró Graham—. Y lo que es más, nos ha estropeado el negocio. Los cajeros, los vigilantes y los policías estarán orgullosos. Hablarán del modo como barrieron a la banda en el Trust Parkerside.

Rey Furzman empezó a asentir. Graham Wellerton le había convencido. Sin embargo, no estaba satisfecho del todo.

—“Lobo” Daggert es un veterano —observó—. Ha dado muy buenos golpes por su cuenta y empezó muy bien cuando entró a trabajar conmigo. No quisiera despedirlo por un fracaso.

—«Lobo» no es eficiente —afirmó Graham, poniéndose de pie—. Lo sabía cuando trabajaba con él. Tuvo la suerte de salir adelante durante mucho tiempo. Confiaba en mi ayuda, pero nunca reconoció mi labor. Tú averiguaste mi situación. Me pusiste al frente de una banda. Has visto lo que soy capaz de hacer.

»Escucha, Rey, cuando una banda va a asaltar un Banco, el éxito depende del trabajo de equipo. Es cuestión de segundos. Tú los coges de sorpresa o ellos te sorprenden a ti.

»El Trust Parkerside debía haber sido un trabajo sencillísimo. La faena peliaguda era el Nacional Terminal; por eso “Lobo” me lo dejó a mí. ÉL tenía todas las probabilidades a su favor; yo en contra. Yo salí airoso y él no.

—Lo de los gases lacrimógenos fue una gran idea...

—Ciertamente. “Lobo” podía haberlos usado en su trabajo, pero no mostró ser inteligente.

—No puedo prescindir de “Lobo”.

—No te pido eso. Pero has de saber una cosa, Rey: mientras “Lobo” trabaje en Nueva York, yo no lo haré.

El jefazo miró con fijeza a su lugarteniente. Sus labios carnosos dibujaron una sonrisa burlona y siniestra.

—Piensas abandonarme, ¡eh! —interrogó—. Quizá creas que sería mejor descansar una temporada...

—Nada de eso —interrumpió Graham—. No pienso retirarme. Voy a otra localidad. Eso es todo. A algún lugar donde sea posible operar tan fácilmente como en Nueva York. A cualquier sitio donde “Lobo” Daggert no me estropee la faena.

Rey Furzman sacó un puro del bolsillo del cual mordió la punta, mientras miraba fijamente a Graham Wellerton.

—Muy bien —gruñó—. ¿Adónde piensas dirigirte?

—Mañana por la noche te lo diré —dijo Graham—. Tengo un par de ciudades en perspectiva y me decidiré por una de ella después de haberlo meditado.

—¿Sí? ¿Y cómo voy a saber yo que trabajarás para mí?

—Tus hombres están conmigo.

—Si. Eso es cierto...

—Y has guardado en lugar seguro el botín. ¿Me debes mi parte, no es verdad? Perfectamente, no te la pediré hasta que vuelva con más pasta.

Rey Furzman asintió de nuevo en silencio. Los argumentos de Graham habían sido convincentes.

El joven observaba al jefe y esperaba el momento propicio para seguir hablando. El momento llegó.

—¡Rey —dijo Wellerton quedamente—, eres un astuto! Tienes que serlo en tu oficio. Tratas con una serie de bandidos vulgares como «Lobo» Daggert. Pero yo soy diferente. Yo no elegí el crimen como profesión. Me obligaron las circunstancias.

Tras una pausa, añadió:

—Me gusta hablar de hombre a hombre. Conozco tu situación, aunque no me lo hayas dicho. Prefieres cobrar contribución, como «asegurador», al crimen vulgar. Pero la industria del «seguro» se iba poniendo fea, no precisamente con respecto a la policía, sino a causa de la competencia. En consecuencia, te dedicaste al crimen.

»Apoyas a una banda de atracadores de Bancos. Tomaste a «Lobo» Daggert. Yo vine con él. Pensaste que yo podía capitanear una banda por mi cuenta y, de este modo, duplicar los beneficios.

»No quieres dejar estas operaciones. No te censuro; me has tratado bastante bien, porque el negocio es provechoso. Yo continúo porque estoy metido en esta vida hasta el cuello. Trabajo para ti y, por consiguiente, pienso en tus intereses.

»Quiero tener carta blanca fuera de Nueva York. Será mejor para ti porque operaré lejos. Será mejor para mí porque no trabajaré con «Lobo» Daggert.

Inquirió Rey:

—¿Dices que no te decidiste voluntariamente por la vida de gangster? ¿Cómo es que empezaste esta vida, entonces?

—Sería una historia muy larga de contar —repuso Graham con una sonrisita acre—. Pero puedo referirla brevemente. Mi padre era

muy rico. Yo me metí en un lío. Tuve que buscar “pasta” para acallar las cosas. Me topé con “Lobo” Daggert, aquí en Nueva York. Él me explicó algunas maneras de hacer dinero.

—¿Por qué no lo intentó “Lobo” por él mismo?

—Te diré por qué. Es demasiado cobarde para ejecutar las operaciones que él me confió. Él cobraba un tanto por ciento por mi trabajo. Luego me largué de Nueva York y trabajé por mi cuenta.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Unos tres años.

—¿Tuviste suerte?

—Durante una temporada, sí. Luego regresé a Nueva York y necesité más dinero. Oí hablar de lo que «Lobo» estaba haciendo y volví a trabajar para él. Tenía el propósito de largarme de nuevo cuando tú me elegiste para capitanear una banda. Y aquí estoy.

Rey Furzman meditó. Veía que Graham Wellerton era un gangster excepcional. Sabía que su lugarteniente había hablado con franqueza. Era la primera conferencia sincera que Furzman había celebrado jamás con Graham.

El jefazo observó que Graham había estado trabajando, en espera del día en que sus triunfos le permitiesen dar su opinión sin ambages sobre «Lobo» Daggert.

Graham había elegido un momento oportuno para hablar. Rey Furzman, aunque no lo confesase, consideraba a Graham muy superior a «Lobo» Daggert.

De repente dijo:

—Perfectamente. Coge tu banda, trabaja por tu cuenta, pero comunícame adónde vas. Si «Lobo» fracasa otra vez, terminaré...

Un golpecito en la puerta interrumpió la frase. El jefazo emitió un gruñido.

La puerta abrióse y Gouger asomó la cabeza.

—«Lobo» Daggert está abajo —informó—. ¿Le digo, que suba?

—Naturalmente —repuso el jefe.

Gouger desapareció, dirigiéndose hacia la antesala por la otra puerta.

“Lobo” Daggert no tardaría más que unos minutos en llegar.

—¿Entendidos, entonces? —declaró Graham Wellerton.

—Sí —asintió Rey Furzman—. Llévate la banda adonde quieras ir.

—Partiremos mañana por la noche-dijo Graham, rápidamente—. La banda estará preparada para el viaje. Vendré a comunicarte mis planes. No sabrán adónde los llevo hasta que estemos de viaje; y quizá hasta que no hayamos llegado.

—¡Excelente! —asintió el jefezo—. Ha tenido una buena idea, Wellerton. Comprendo tu plan ahora. Sabes cómo manejar a una banda. Tenlos a oscuras sobre tus proyectos. Siempre es mejor que no sepan nada.

La conversación terminó. Graham Wellerton tornó a sentarse y encendió un cigarrillo. Rey Furzman arrimó una cerilla al puro que había estado masticando.

El rey de la noche había oído los propósitos criminales de Graham Wellerton. Ahora escucharía el alegato de un gangster que había fracasado en una operación, cuando “Lobo” Daggert se enfrentara con el poderoso jefe.

La presencia de La Sombra constituía una prueba evidente de que había intervenido en la frustración de un crimen. Esa presencia significaba, además, que La Sombra tenía mucho que hacer antes de que la banda criminal asestase otro golpe.

CAPÍTULO III

EL PAPEL DE LA SOMBRA

GRAHAM Wellerton y Rey Furzman alzaron la vista cuando dos hombres entraron en el aposento. El primer llegado era Gouger. EL otro era el “Lobo”.

“Lobo” Daggert era un gangster cuyo apodo estaba bien escogido. Su rostro era astuto. Sus dientes, que aparecían entre unos labios groseros y sórdidos, temían aspecto de colmillos de jabalí.

Con los puños crispados, y una sonrisa burlona y siniestra, volvió su cara pálida hacia los dos hombres, como si esperase unas palabras de reto.

Rey Furzman le dirigió una mirada fría. Graham Wellerton contempló, con aire de indiferencia, al recién llegado.

En la atmósfera tensa, ninguno de los tres hombres miró hacia el suelo. De aquí que el trío no observase, la línea de negrura que movíase de nuevo desde las cortinas hacia adentro.

La línea negra se quedó inmóvil. Los ojos fríos escudriñaban desde las cortinas. El implacable enemigo de las hordas del crimen vigilaba alerta. Los ojos agudos y escrutadores del rey de la noche observaban la escena que se desarrollaba en el despacho de Rey Furzman.

Exclamó «Lobo»:

—Bien. ¿Vas a decir algo? Pues venga; oigamos lo que tienes que decir.

No se dirigió a nadie en concreto. Tanto Furzman como Graham podían darse por aludidos. El jefe respondió:

—No hay mucho que decir, “Lobo” —declaró— Las cosas no parecen ir muy bien... Eso es todo. Tal vez no planeaste el golpe como debías.

—Habéis estado hablando, ¿eh? —“Lobo” miró ceñudamente a Graham—. ¿Tú te figuras que porque tuviste éxito, ya eres más que yo?

—¡Deja eso ahora, “Lobo”! —gruñó Furzman—. ¿Estás hablando conmigo, verdad? Dijiste que venías a informarme del fracaso de tu trabajo. ¡Suelta la lengua!

—En efecto, eso dije —asintió “Lobo”—. Cuando te hablé por teléfono. Tengo mucho que contarte y si este lechuguino hubiese pasado lo que yo, estaría sollozando como una mujerzuela.

“Lobo” indicó a Graham con un gesto.

—¿Así ves tú las cosas, eh? —respondió Furzman socarrón—. EL Trust no es más difícil que el Nacional. Hasta me atrevo a asegurar que tu operación era más sencilla, ¿no?

—Tal vez —admitió “Lobo”—, pero me traicionaron...

—¿Te traicionaron?... ¿Cómo?

—No lo sé.

—¿Crees que haya sido uno de tu banda?

—No lo sé. Lo único que puedo decirte es que alguno lo supo y el golpe lo recibí yo...

—La policía, quizá.

—¡No! —refunfuñó “Lobo”—. Voy a decirte quién hizo fracasar el golpe... Fue uno solo... ¡La Sombra!

La revelación de “Lobo” causó gran impresión a sus interlocutores. Graham Wellerton, que miraba fijamente a Rey Furzman, le vio palidecer mientras sus labios se estremecían. La sola mención de La Sombra era bastante para producir espanto a cualquier criminal.

—Te estoy diciendo la verdad —insistió “Lobo”—. Si en el Banco lo sabían, si la “poli” estaba enterada... alguien tuvo que dar el sople. Pero he aquí lo que ocurrió.

Hizo una pausa y continuó:

—Frente a la puerta del Banco, al entrar, hay una escalera viejísima que conduce a los sótanos, donde están instaladas las cajas de seguridad. Esta escalera fue condenada cuando se hicieron las reformas de ampliación del Banco. De todo aquello no quedaba más que un muro de probada solidez.

»Pues bien. La banda entró. Hicieron levantar las manos a los empleados. De repente, desde la baranda que hay alrededor de la

antigua escalera, empezaron a freírnos a tiros. Cazaban a mi gente como si fuesen moscas.

»Al mismo tiempo que los clientes empezaron a gritar, arremolinándose en busca de protección, los empleados y el vigilante sacaron sus armas. La mitad de los míos cayeron o fueron heridos; el resto se dio a la fuga. Los muchachos del Banco habían ganado y diezmado a nuestro equipo.

Preguntó Furzman:

—¿Qué se hizo de La Sombra?

—¿Cómo he de saberlo yo?... —replicó “Lobo”. No se dejó ver.

—¿Qué piensas de esto? —preguntó el jefe, volviéndose hacia Graham Wellerton.

—A mi juicio, se trata de un ardid-declaró el bandido de frac.

—¿Sí? —gruñó «Lobo». ¿Crees que yo miento? Te voy a...

—Alguien puede ser el causante del fracaso —interrumpió Graham, con toda calma—. Pero no puede haber sido La Sombra.

—¿Por qué no? —interrumpió «Lobo».

—Porque de haber sido La Sombra, no te habrías escapado sin un par de balazos en el cuerpo.

—¿Sí? —gruñó “Lobo”, indignado—. Pues bien, fue La Sombra. Puedes preguntárselo a Pinkey Doremas, si no me crees. Él estaba dentro cuando el tiroteo empezó...

—¿Dónde está Pinkey ahora?

—En el bar de Red Mike. Recibió dos balazos; tuve que meterlo en el coche.

He llevado a un cirujano para que le atienda; el viejo doctor que solemos llamar cuando hace falta...

Graham Wellerton estaba reclinado en su sillón, riendo alegremente.

“Lobo” Daggert se interrumpió para mirarle furioso. Rey Furzman preguntó airado la causa del alborozo de Graham.

—¿Quieres saber por qué me río? —preguntó Graham—. Te lo diré, Rey. “Lobo” es un pusilánime. No entró en el Banco con su banda. Se quedó fuera y ayudó al único individuo que logró escapar, a Pinkey Doremas.

Los labios de “Lobo” temblaban de rabia.

—No soy un cobarde —declaró—. Yo no estaba dentro del Banco, pero no es porque sea un conejo. Tú sabes que es preciso

organizar la huida, Rey. Por eso estaba fuera...

—¡Un momento! —exclamó Furzman, en tono serio—. Estamos aclarando el asunto. ¿Dónde estabas, “Lobo”?

—A unos treinta metros del Banco-declaró “Lobo”, de mala gana—. Sí, a unos treinta metros de distancia...

Graham volvió a reír a expensas de “Lobo”. EL fracasado jefe de la banda había reconocido su cobardía.

No obstante, Rey Furzman terminó la discusión entre los lugartenientes.

Gruñó:

—No cabe duda de que La Sombra ha intervenido. No puedes achacar la culpa a “Lobo”, Wellerton. La Sombra estropea cualquier operación cuando se entremete. Esto toma mal cariz.

—¿Cómo es eso? —inquirió Graham.

—La Sombra debe haber seguido el rastro de la banda de «Lobo». Y lo que intentará ahora es despacharle...

—Lo cual puede evitarse —interrumpió Graham.

—¿Cómo? —preguntó el jefe.

—Que “Lobo” se esconda, que no asome la nariz por ninguna parte, durante una temporada. Que se aleje de aquí y tarde algún tiempo en reclutar otra banda. Luego yo puedo trasladarme con mi banda a otra localidad. Esto despistará a los que quieran vigilarte, Rey.

El jefazo asintió con la cabeza, solemnemente. «Lobo» Daggert, contento de que hubiesen cesado las críticas permaneció silencioso. La proposición de Graham ofrecía una solución al problema.

Rey Furzman decidió:

—Eso haremos. Es inútil arriesgarse si La Sombra ha decidido intervenir en nuestras operaciones. Es un tipo peligroso y puesto que te ha estropeado el golpe, es muy probable que a continuación se meta con Wellerton.

Tras una pausa, agregó:

—Estarás inactivo una temporada, “Lobo”. Te esconderás; no quiero que se te vea el pelo por ninguna parte, ¿comprendes, “Lobo”? Tú, Wellerton, puedes trazar tus planes. Pasa por aquí mañana por la noche y me dirás adónde piensas marcharte. ¿Cuándo vendrás?

—A las nueve —indicó Graham.

EL ladrón de guante blanco se incorporó, cogió su gabán, su sombrero y su bastón.

“Lobo” Daggert dirigió una mirada torva a Graham y luego volvióse hacia Rey Furzman. Le preguntó:

—¿Qué debo hacer ahora? ¿Levantar el vuelo? ¿A causa de La Sombra?

El jefe replicó:

—Cuanto menos vengas por aquí, tanto mejor. Lárgate y no aparezcas hasta que yo te llame.

Ceñudo, “Lobo” cogió su sombrero y su abrigo. Se dispuso a seguir a Graham Wellerton. Rey Furzman se levantó y fue a la puerta a llamar a Gouger.

Graham y “Lobo” se observaban. La larga línea negra empezó a desaparecer del suelo; lentamente una silueta se desvaneció en la nada.

En la acera, delante del rascacielos, Graham Wellerton y “Lobo” Daggert se separaron. No se cruzó ninguna palabra de despedida entre ellos.

Ninguno de los dos observó la figura borrosa que permanecía en la oscuridad de la entrada. Ninguno de ellos sabía que La Sombra les había seguido hasta allí; que el rey de la oscuridad los vigilaba cuando partían.

Cuando Graham y «Lobo» se separaron, La Sombra emergió de la entrada.

Su elevada figura se convirtió en una silueta vaga que se deslizaba veloz e invisiblemente por la calle, siguiendo el camino que Graham había tomado.

Seguía los pasos del bandido de frac. Antes de terminar la noche, el fantasma de las tinieblas averiguaría algo más, quizá todo, respecto de los planes de Graham Wellerton, ladrón de Bancos.

CAPÍTULO IV

LA SOMBRA VISIBLE

GRAHAM Wellerton no pensó en que alguien pudiera seguirle por la calle, cuando se dirigía hacia una estación del metro.

Al salir de éste, se encaminó hacia el presuntuoso edificio donde habitaba y subió en un ascensor. Entró en su departamento del cuarto piso, alzó una ventana de su gabinete para que entrara el aire fresco y se sentó en un sillón confortable.

Absorto en sus pensamientos, el bandido aristócrata no prestó atención a lo que pudiera ocurrir al otro lado de aquella ventana. Esta daba a un patio, no lejos de una torrecilla de incendios.

Mientras Graham estaba sentado, fumando un pitillo, una acción silenciosa se desarrolló en la pared divisoria entre la torrecilla y la ventana.

Borrosa en la iluminación de la torre, una figura alta y negra, de proporciones humanas, se estiró a lo largo de la pared. Agarrándose cual un murciélago a los ladrillos, inició su temerario avance hacia la ventana abierta.

Un sonido tenue, apagado por el murmullo de la maquinaria de los sótanos, indicaba el progreso de La Sombra. Con unos discos de caucho, semejantes a ventosas, ajustados á las manos y a los pies, el intruso avanzaba con firmeza a lo largo de una pared vertical.

La cabeza de La Sombra avanzó; sus ojos agudos y escrutadores estaban a punto de escudriñar la escena iluminada, cuando un golpecito dado en la puerta del aposento, hizo que Wellerton se levantara rápidamente del sillón.

La Sombra volvió a sepultarse en la oscuridad; cuando Graham se aproximó a la ventana, bajó el bastidor y corrió la cortina.

Apenas se dirigió hacia la puerta el bandido de frac, La Sombra

empezó a trabajar. Una mano enguantada de negro, liberada de la especie de ventosa de caucho, alzó unos centímetros el bastidor de la ventana. Rápidamente unos dedos negros manipularon los visillos.

Todas estas operaciones se realizaron, mientras Graham cruzaba el piso de la habitación.

Cuando Graham Wellerton abrió la puerta, retrocedió y su rostro quedó iluminado por la luz. La Sombra observó una expresión de enojo y consternación en las facciones del joven. Esto fue producido por una visita inesperada: una mujer que lucía un vestido lujoso aunque chillón y vulgar.

La visitante tenía un rostro bello: sin embargo, había algo en su cara que le restaba gran parte de su atractivo. Quizá era la sonrisa dura que aparecía en sus labios pintados; tal vez el brillo de desafío que reflejaban sus ojos oscuros.

Sea cual fuese la causa, Graham Wellerton estaba disgustado por la aparición del visitante femenino y la mujer parecía alegrarse de la consternación que su presencia producía al joven.

—No estás muy contento de verme, ¿eh? —fue la primera pregunta, hecha en tono duro—. Pues bien, era hora de que te viese, y aquí estoy.

—¿Cómo encontraste mi piso? —interpeló Graham, airado.

—¡Eso es asunto mío! —replicó la mujer, agriamente—. Ya te encontré en otras ocasiones, ¿no es verdad?

—No obstante, no había ningún motivo para venir a verme aquí. Te dije que te vería mañana, para darte el dinero que quieres.

—Cobraré la «pasta» ahora, Creso-apuntó Carma —. Cinco papiros de mil. Suelta la «mosca».

—Te prometí tres mil.

—Necesito cinco.

—No tengo esa cantidad.

—¿No? —dijo Carma, en tono burlón—. Oye, debes trabajar muy barato, pobrecito. Después del robo del Nacional, debes tener bastante “pasta”.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Graham, iracundo—. ¿De dónde has sacado que yo participé en el atraco del Nacional?

—He leído los periódicos —rió Carma—. Sé bien la clase de trabajo que haces. Vamos... cinco mil dólares.

Graham sacó un fajo de billetes de su bolsillo y extrajo cincuenta billetes de cien. El fajo era aún bastante grueso cuando volvió a metérselo en el bolsillo.

Carma murmuró:

—Esto basta por ahora. Pero cuando necesite más... me lo darás. ¿Entiendes?

Graham miró a la mujer, mientras ella tomaba un sillón y encendía un cigarrillo. El joven se mordió los labios y luego dijo agriamente:

—Algún día, Carma, esto acabará. Tus exigencias son cada vez más molestas.

—Tengo lo necesario para obligarte, tengo pruebas comprometedoras para ti, Graham —replicó la mujer, secamente—. Seguirás pagando, eso es todo.

—Seamos razonables —sugirió el joven—. Es hora ya de que me dejes tranquilo. De lo contrario...

Hizo una pausa al observar la mirada siniestra de la mujer.

—Hace unos años, tú y yo nos casamos. Sabes perfectamente que fui narcotizado para esta ceremonia. Ni siquiera recuerdo la boda. Me enseñaste la licencia de casamiento, eso fue todo.

Replicó la mujer.

—Exacto. Cometiste un error cuando entraste en aquel bar clandestino, donde te encontré borracho como una cuba. Si tu viejo no hubiera tenido dinero, te habría plantado allí mismo. Pero cuando averigüé quién eras, me casé contigo.

—Y cuando recobré el conocimiento-repuso Graham —, comprendí que todo aquello era una trampa. Te dije que había terminado contigo. Me marché. Luego viniste a buscarme y me amenazaste con hacer víctima de un chantaje a mi padre.

—Él tenía mucha “pasta” —dijo Carma—. Él podía pagarlo. Le habría sacado una fuerte cantidad y el asunto habría terminado entonces.

—Hubiera sido preferible-reconoció Graham —. No lo vi así en aquel tiempo. En consecuencia, salí a buscar dinero para hacerte callar. Un bandido me vió— Graham tuvo cuidado de no nombrar a “Lobo” Daggert —y me enseñó el camino para hacer dinero fácilmente.

—Un gran sujeto-declaró Carma —, quienquiera que fuese. Has

estado forrado de dinero desde entonces, muchacho.

—Dinero manchado —dijo Graham amargamente—. Dinero robado, una vez que hube empezado, tuve que continuar.

—Y lo hiciste estupendamente.

—Me imaginé que sería temporalmente —declaró Graham—. Esperaba que algún día tendría suerte. Pensé que me había llegado cuando mi tío estafó a mi padre y le despojó de su fortuna. Mi padre murió. Creí que tus exigencias cesarían, pues ya no era yo heredero de una gran fortuna. Eso me figuraba. Fue cuando me marché a Nueva York.

—Entonces fue cuando yo usé mi cacumen —rió Carma—. Te seguí el rastro, ¿no es verdad, gran muchacho?

—Sí —gruñó Graham—. Empezaste otro chantaje. Sabías demasiado de mis actividades criminales. Cada vez que yo daba un golpe, te presentabas a reclamar tu parte, siempre la parte del león. Regresé a Nueva York y me topé con algunos ases. Gané más dinero. Te presentaste otra vez, pidiendo una parte mayor aun. Tuve que dártela.

—Pues de lo contrario, yo «cantaría» —rió Carma.

—Si yo fuese un cobarde —repuso Graham—, abandonaría esta vida. Me resignaría a la sentencia, aunque fuese de veinte años de presidio.

—Tú no, ilustre —se burló la mujer—. Te gusta demasiado la libertad. Quizá intentes escabullirte o esconderte para librarte de mí, pero yo siempre estoy vigilando.

—Es posible—dijo Graham—. No obstante, algún día tal vez encuentre alguna ciudad, donde pueda establecerme sin que tú conozcas mi paradero.

—¿Tal vez en Southwark? —sugirió Carma, en tono burlón.

Graham se puso en pie de un salto. Sus ojos relampagueaban. Tenía los puños crispados. En tono condenatorio pronunció unas palabras amargas.

—¡Southwark! —rugió—. ¡No menciones nunca ese lugar! Odio a los que viven allí, ahora que mi padre está muerto. ¡Mi tío, el hermano de mi madre, el viejo Ezra Talboy, es el hombre más canalla del mundo! ¡Peor que tú, Carma, y ya es decir! ¡Ojalá un terremoto se llevara a esa ciudad! ¡Y matara a todos sus habitantes! ¡No me atrevo a ir a Southwark! ¡Sólo el nombre me saca de quicio!

—Tú no eres un asesino —sonrió Carma—. Nunca lo serás. Aunque estuvieses en Southwark, no cometerías un crimen. Intenta abandonarme, muchacho, y volveré a encontrarte. Pero te advierto una cosa: no te buscaré nunca en Southwark.

—No soy un asesino —reconoció Graham—. Sólo por ese motivo mi tío vive aún. Robó a mi padre; yo nunca recuperaré un céntimo. Sin embargo, Ezra Talboy vive todavía. No; yo no paso de cierto punto; no transijo con el crimen, y por esta única razón estás viva, Carma. Docenas de veces he querido matarte.

—Pero no lo harás nunca —dijo la mujer, calmamente, levantándose mientras guardaba los cinco mil dólares en su bolso—. Bueno, hasta la vista, muchacho.

Cuando la mujer se hubo marchado, Graham Wellerton se puso a pasear de un extremo a otro del aposento. Odiaba a Carma y tenía motivos sobrados para ello. Recordaba cuando la conoció —Carma Urstead— como gangster femenina típica.

Había visto sólo una o dos veces a la mujer, antes del incidente del bar clandestino. Recordaba cómo despertó de una borrachera y supo que se había casado con Carma Urstead. Recordaba cómo la maldijo y se marchó, con la esperanza de no volverla a ver nunca más.

Carma le había seguido por todas partes. Desesperado, Graham buscó a «Lobo» Daggett, el gangster a quien había visto muchas veces en los establecimientos nocturnos de Manhattan. «Lobo» le enseñó la senda del crimen. Carma le obligó a seguir el camino que el gangster le había ofrecido.

Una sonrisa de feroz resolución apareció en el rostro firme de Graham. Fue a un rincón del aposento, descolgó un receptor telefónico, marcó un número y empezó a hablar en tono bajo y cauteloso.

El bandido aristócrata hablaba a unos miembros de su banda.

Una línea de negrura, la señal visible de la presencia del fantasma de la noche, apareció sobre la alfombra, junto a la mesa donde el ladrón de guante blanco estaba sentado.

Decía Graham Wellerton:

—Muy bien, Paco. Dile a Pedro que se ponga al aparato... ¿Eres tú, Pedro?... Salimos de Nueva York mañana por la noche... Tenlo todo preparado... Escucha... Te diré dónde nos encontraremos.

Graham Wellerton quedó helado. Mirando por encima del auricular del teléfono observó la silueta sobre el suelo.

¡La Sombra!

A pesar de una tensión escalofriante, recobró la serenidad. La voz de Pedro preguntaba dónde le encontrarían.

Graham, comprendió que si su conjetura era acertada, que si el misterioso personaje le vigilaba allí, indicar un punto de reunión sería un acto suicida.

Dijo con voz firme:

—Aguarda un momento, Pedro. Será mejor esperar a que yo vea al jefe. Iré a verle esta noche, a las nueve. Te llamaré desde allí... Perfectamente... Espera a que yo te llame.

Colgó el auricular. Sin moverse de su asiento, sacó un pitillo y lo encendió.

Mirando por encima de la llama de la cerilla, observó la línea negra que se extendía por el suelo. Lentamente, la línea de negrura fue menguando hasta desaparecer en la nada.

El ladrón de guante blanco no percibía ningún ruido; sin embargo, tenía la sensación de que unos ojos le vigilaban, de que un ser humano se deslizaba por la habitación. Sabía que se encontraba a merced de La Sombra.

Transcurrieron dos minutos. Graham dio unas chupadas furiosas a su pitillo, luego tiró la colilla por la ventana. Volvió al centro del aposento. Parecía haber desaparecido la tensión; respiraba otra atmósfera. Estaba seguro de que La Sombra se había marchado.

Graham sonrió.

Intuía ahora que el temible personaje averiguó los movimientos de “Lobo” Daggert; que el guerrero fantasmal había estado esta noche en casa de Rey Furzman. Desde aquel punto, el rey de la noche siguió los pasos de Graham.

Al día siguiente por la noche, el misterioso personaje estaría de nuevo en casa de Rey Furzman, con el objeto de averiguar lo que se proponía hacer el bandido aristócrata. La sonrisa del joven aumentó. Pensó en Carma.

Graham la había engañado. Ella esperaba que él permaneciese en Nueva York. Una vez que él partiese para una ciudad lejana con su banda, estaba seguro de que se desembarazaría de la mujer que había sido su ruina. Ella no podría encontrarle.

Luego pensó en La Sombra.

Este era un enemigo más poderoso. Sin embargo, Graham Wellerton tenía el convencimiento de que había engañado a La Sombra también. Mañana por la noche, el joven no visitaría a Rey Furzman. Una llamada telefónica al jefe serviría en vez de una visita personal.

Avisado Rey Furzman, escondido “Lobo” Daggert, estando Graham fuera de Nueva York, La Sombra fracasaría en cualquier tentativa que hiciese para destruir esta organización criminal. Graham, ahora sería el único jefe de banda activo. Cuando descubriesen su paradero, ya habría partido hacia otro lugar donde nadie le encontrase.

Sonriendo aún, el bandido de frac miró la alfombra donde ahora no se veía la silueta negra.

CAPÍTULO Y

EL AVISO

HABÍA cerrado otra noche en Manhattan.

Rey Furzman hallábase sentado en la habitación donde solía recibir a sus visitantes. El jefazo esperaba la llegada de Graham Wellerton. Esa noche oiría los planes de su lugarteniente.

El famoso gangster sacó de un bolsillo un reloj de oro y observó que eran las ocho y media. Wellerton debía llegar de un momento a otro.

No miró ni siquiera una sola vez hacia las pesadas cortinas, que colgaban de la puerta que daba al cuarto contiguo. No observó la sombra extraña y siniestra que se proyectó desde aquellos cortinajes, no adivinó que los ojos invisibles de La Sombra estaban clavados sobre él.

Transcurrieron varios minutos. De pronto sonó un golpecito en la puerta, en el otro lado de la habitación. Gouger entró y anunció que Graham Wellerton llamaba por teléfono.

—Dile que suba —ordenó el jefazo.

—No está abajo —repuso Gouger—. Llama desde fuera.

—Tráeme el teléfono —dijo Furzman, bruscamente.

Gouger fue al fondo del aposento. Volvió con el teléfono, arrastrando un trozo largo de alambre tras sí. Entregó el instrumento al jefe, quien lo tomó sin moverse del sillón.

—Hola, Graham —saludó Furzman—. ¿Dónde estás?

—Te lo diré al instante —respondió el otro—. ¿Estás solo, en la habitación?

—Gouger está aquí.

—Mándalo fuera —indicó Graham en tono cauteloso—, y escucha atentamente lo que voy a decirte. No repitas nada. Es muy

importante.

—Perfectamente —repuso Furzman, perplejo—. Aguarda un segundo.

El jefazo hizo un movimiento, indicando que Gouger debía salir.

—Gouger se ha marchado —informó Rey Furzman—. Habla. Di lo que tengas que decir.

—Un momento —La voz de Graham sonaba cautelosa—. Aparta el teléfono de tus oídos, Rey. Comprueba si mi voz puede oírse.

Furzman obedeció las instrucciones. Observó que las palabras sonaban ininteligibles cuando las oía sin el auricular arrimado a la oreja.

—No entiendo nada —dijo, volviendo a hablar en la bocina—. Tu voz no se oye, del modo como hablas. ¿Qué ocurre, Wellerton? ¿Qué pasa?

—Calma, Rey —dijo Graham en voz baja, pero clara—. Te voy a comunicar una cosa muy importante. No digas una palabra, para que no se descubra lo que te voy a decir. Alguien puede estar escuchando.

—¿Dónde?

—En tu piso.

—¿Quién?

—La Sombra!

Rey Furzman quedó momentáneamente paralizado de pavor.

Anunció Graham:

—Estoy en Jersey, Rey. Con la banda. Partimos esta noche para Grand Rapids, Michigan. Vamos a limpiar un par de Bancos allí...

—¿Vendrás aquí primero?

—No quiero arriesgarme, Rey. La Sombra me siguió anoche. Quizá esté acechando en tu misma casa en este momento. Por este motivo no quiero ir.

—Comprendo —comentó el jefazo, mirando nerviosamente a su alrededor.

—Nuestra primera operación —anunció Graham, con la misma cautela—, será el Trust Riverside, de Grand Rapids. Escucha, Rey: “Lobo” Daggert cometió un grave error yendo a visitarte anoche. La Sombra le siguió hasta tu habitación y ahora vigila mis pasos. Pero voy a burlarle.

“Aleja a “Lobo”. Dile que no quieres verle. Cuenta conmigo

durante una temporada. Daré el golpe para que tengas el dinero que necesites. Vigila ojo avizor, hasta estar seguro de que La Sombra no te va a molestar.

"Partimos rumbo al Oeste, en automóvil, y pasaremos dos noches en la carretera. Asaltaremos el Riverside la noche después de llegar a Grand Rapids. Conozco este Banco. Tiene de noche, mucho movimiento...

—Oye, Wellerton —interrumpió Furzman—, si lo que me dices es cierto...

—Es cierto —interrumpió Graham—. La situación es seria, Rey. No te arriesgues. Te he informado; ya sabes lo que me propongo hacer. Ten mucho cuidado.

Las dudas de Furzman se disiparon por completo. El jefe empezó a ponerse nervioso. La hipótesis, de "Lobo" de que La Sombra estropeó el robo el día anterior, a mediodía, y las manifestaciones convincentes de Graham de que La Sombra proseguía su labor, eran suficientes, para Rey Furzman.

En tono decisivo, declaró:

—Comprendo, Wellerton. ¿Cuándo recibiré noticias tuyas?

—Te avisaré —repuso Graham.

Se oyó un chasquido por el hilo. El jefe colgó el auricular; luego empezó a mirar nerviosamente a diestro y siniestro, recorriendo con la vista todos los rincones del aposento. Casi delante de sus mismos ojos, la línea negra que indicaba la presencia de La Sombra se desvaneció.

—¡Gouger!

El escolta apareció y el jefe hizo un movimiento con la mano, ordenando:

—Inspecciona el lugar. Asegúrate de que no hay nadie espiando aquí.

—No es posible —repuso Gouger—, del modo como tengo esa puerta, siempre cerrada con llave...

—De todos modos echa un vistazo—ordenó el jefe.

Extrañado, Gouger salió, pasando por entre las cortinas. Se dirigía hacia la antesala para efectuar una inspección.

Rey Furzman alzó el teléfono. Marcó un número.

Inquirió:

—¿Eres tú, "Lobo"? Soy Rey. Escucha, lo que dijiste de La

Sombra parece confirmarse. He recibido un aviso de Wellerton. Dice que La Sombra le ha seguido los pasos también.

—¿Dice qué? —la respuesta de “Lobo” tenía un acento de incredulidad.

—Dice que La Sombra le sigue el rastro —repitió Rey.

—De modo que dice eso, ¿eh? —gruñó “Lobo”. Trata de achacarme la culpa a mí. Escucha, Rey, no dejes que ese tipo te tome el pelo. Oculta algo. Seguramente quiere traicionarte.

—Sé adónde ha ido —declaró el jefe, agriamente—. Quiero que no asomes las narices por aquí hasta que yo te avise. Has de esconderte una temporada.

—Escucha, Rey —suplico “Lobo”. No estoy diciendo ninguna tontería. Deja que vaya a verte esta noche; puedo probarte qué clase de pájaro es Wellerton. Es imposible que pudiese despistar a La Sombra, si éste le seguía los pasos...

—Basta de palabras, “Lobo” —ordenó Furzman—. No adelantarás nada con acusar a Wellerton. Escóndete hasta recibir órdenes mías.

—Escucha, Rey.

La súplica de «Lobo» Daggert fue cortada en seco cuando Furzman colgó el auricular.

Estaba indeciso. El aviso de Graham Wellerton había sido, impresionante.

No obstante, las dudas de “Lobo” Daggert empezaron a cambiar el aspecto del asunto.

Rey Furzman reflexionó.

¿Tenía razón “Lobo”? ¿Le engañaba Wellerton?

El rostro del jefazo se tornó feroz. Sus ojos chispearon siniestros. Con las manos metidas en los bolsillos de su smoking, palpó el revólver que tenía allí. AL fin, sacó las manos y fue a coger el teléfono. Cuando se disponía a llamar de nuevo a “Lobo” Daggert, apartó el instrumento a un lado.

Volviéndose, Furzman miró hacia la puerta con sus cortinas colgantes.

Contuvo el aliento. Sus ojos se quedaron fijos; su cuerpo, rígido. En un instante comprobó que el aviso de Graham Wellerton tenía fundamento.

De pie, dentro del radio de luz, había surgido una viviente

aparición de la oscuridad. Una elevada figura, vestida de negro, interceptaba el paso de Rey Furzman.

Los pliegues de una capa negra estaban inmóviles. El rostro del ser que llevaba aquella prenda quedaba tapado, por el ala de un flexible sombrero negro.

Las únicas señales del rostro invisible eran dos ojos fulgurantes. A pesar de la fuerza hipnótica de aquellas pupilas siniestras, Rey Furzman observó la silueta entera del personaje que aparecía ante sus ojos.

Su mirada sobresaltada observó el cañón de una pistola automática, que asomaba por entre los pliegues de la capa, empuñada con firmeza por una mano enguantada de negra.

Rey Furzman, hasta hace poco terrorista que cobraba tributo al comercio para asegurarlos contra el robo y “protegerlos” contra los ataques de otras bandas, y que ahora se había dedicado a actividades más criminales aun, se encontraba frente a frente con el temible vengador que luchaba implacablemente contra las hordas del crimen.

La exclamación de sorpresa que salió de los labios del jefazo, era una prueba de que había reconocido al visitante.

Rey Furzman se hallaba frente a La Sombra. ¡El aviso de Graham Wellerton no había evitado al jefe este encuentro con el temible enemigo del hampa!

CAPÍTULO VI

EL JEFAZO HABLA

REY Furzman, al enfrentarse con La Sombra, aparecía consternado. EL jefazo era un hombre que constantemente exhibía una expresión de fría brutalidad; pero empezaba a conocer el miedo que había hecho presa en otros criminales cuando se toparon con La Sombra. Su frente brilló de sudor y sus manos quedaron inertes; su cuerpo tembló.

Antes de que hubiese pasado la primera impresión de terror, Rey Furzman conoció otra señal infalible de la aterradora presencia de La Sombra. La señal fue perceptible: una risa susurrada y escalofriante que brotaba de unos labios invisibles.

Luego sonó la voz de La Sombra. Tenía un acento sarcástico.

—Rey Furzman —dijo La Sombra—, has practicado una serie de hechos delictivos, criminales. Por eso te has topado con La Sombra. No puedes esperar ninguna ayuda, mientras yo esté aquí. Me dirás lo que yo quiero saber.

Inconscientemente, el gangster asintió con un movimiento de cabeza.

El fantasma de la noche prosiguió:

—Has tenido noticias de tu lugarteniente. Graham Wellerton te ha comunicado adónde se ha marchado. Dame esa información.

Tensamente Furzman intentó resistir a la amenaza. Los ojos de La Sombra relampaguearon. El cañón de una pistola automática avanzó amenazadoramente. Furzman respondió de una manera mecánica, con la esperanza de evitar la amenaza de La Sombra.

—Wellerton ha partido —la voz del jefazo era apenas perceptible—, para... para Grand Rapids... con su banda...

—¿Cuál es su objetivo? —interrogó La Sombra, fríamente.

—Atracar a un Banco —exclamó Furzman—. Él... —hizo una pausa—, el Trust Riverside será su primera operación.

—La hora —inquirió La Sombra.

—Dentro de dos noches-balbuceó Furzman —. Dentro de dos noches... antes de las nueve...

La risa de La Sombra resonó sarcástica. El tono provocó un nuevo terror en el espíritu avieso de Rey Furzman. A pesar de que había dicho la verdad, sabía que su terrible enemigo no había terminado con él.

—Tienes dinero guardado aquí —las palabras del fantasma de la noche terminaron con una risa burlona y siniestra—, dinero que no te pertenece. Dime donde lo has escondido.

—En la pared de este cuarto —jadeó él bandido—. Detrás del tercer entrepaño de la puerta... en una caja de caudales...

—La combinación —apuntó La Sombra, con su risa escalofriante.

—Tres... cuatro... uno... ocho... —respondió Furzman en un tono sin inflexión, como si sus labios emitiesen las palabras por su propia cuenta.

—Tu crimen está probado —enjuició La Sombra, con acento siniestro—. Te has aprovechado del trabajo ajeno. Sufrirás por tu propia mano. Ese teléfono será el instrumento que te entregará a las manos de la Ley. Álzalo.

El bandido obedeció.

—Llama a la jefatura de Policía, al Departamento de Investigaciones —ordenó el fantasma de la noche—. Pide por el detective José Cardona. Dile quién eres. Dile que le esperas. Recuerda que una sola palabra concerniente a mi presencia aquí sellará tus labios para toda la eternidad...

El corpachón de Furzman, poseído de terror, se estremeció convulsivamente. Con voz temblorosa, llamó como se le había ordenado.

Oyó aproximarse el cuchicheo de La Sombra; vió la capa negra y sus forros carmesís cuando La Sombra se acercó a un metro de distancia.

Furzman, luchando por su vida, pidió débilmente, por José Cardona.

Oyó la respuesta de que Cardona personalmente estaba al

aparato.

Dijo el jefe, en tono patético:

—Soy Rey Furzman. Estoy en mi piso, Cardona. Quiero hablar con usted... aquí. Yo intervine en los atracos de los Bancos de ayer... El dinero está aquí... en la pared de mi habitación...

Los labios de Furzman se contraían y sus ojos se movían furtivamente tratando de escapar de la mirada terrible de La Sombra. De repente se quedaron fijos con un destello de esperanza al mirar hacia el otro lado del fantasma de la capa negra.

Profiriendo una breve exclamación, retrocedió unos pasos. El teléfono cayó de sus manos.

Se oyó el fru-fú de la capa de La Sombra, cuando éste giró velozmente, sobre sus talones. La súbita mirada de Furzman y su movimiento defensivo indicaban algo, pero la aguda intuición de La Sombra percibió al instante lo que ocurría cuando se produjo la señal.

Antes de que el teléfono rodase con estrépito por el suelo, La Sombra estaba de cara a la puerta de las cortinas donde la figura de un hombre se destacaba en la oscuridad del otro cuarto.

Gouger estaba allí. Por pura casualidad, el escolta había vuelto de su inspección por la antesala. Al llegar al espacio oscuro, entre la antesala y el recibidor, oyó el sonido de la voz de su jefe.

En el instante en que observó la silueta de la Sombra, Gouger sacó su revólver para apuntarlo hacia la amenazadora figura vestida de negro.

Con movimiento rápido y puntería firme, Gouger actuó con pronta decisión, pero cuando su dedo apretaba el gatillo, la Sombra, milagrosamente alerta, se había vuelto.

Una bala chamuscó el hombro izquierdo de la capa negra. Los labios de La Sombra respondieron con una carcajada burlona.

Gouger iba a disparar un segundo tiro, cuando un estruendo aterrador surgió de la pistola automática de La Sombra.

EL tiro fue certero. Al otro lado de la puerta, Gouger se tambaleó y se desplomó sobre el suelo.

Si Gouger actuó con rapidez, también lo hizo Rey Furzman. El disparo del revólver de la otra habitación dispipó la influencia de La Sombra, dio ánimo al jefe.

Con el primer chorro de llamas, los nervios de Rey Furzman se

tranquilizaron. Su mano derecha hurgó en el bolsillo posterior de su pantalón.

Sus dedos asieron febrilmente el revólver que allí guardaba. Rápidamente, sacó su revólver en el preciso momento en que La Sombra disparaba sobre Gouger.

Tras su disparo, La Sombra se volvió. El revólver de Furzman iba a contender con la automática de La Sombra, que giró como un torbellino para enfrentarse con su contendiente.

Cuando las armas vomitaron su plomo, ambas figuras quedaron momentáneamente inmóviles; el cuerpo de Rey Furzman se desplomaba lentamente. Su revólver cayó al suelo a su lado. La bala de La Sombra había alcanzado plenamente su meta.

Los labios del rey de la oscuridad emitieron una risa sardónica. Una vez más, La Sombra había ejecutado dos hechos esenciales para su guerra sin cuartel contra los enemigos de la sociedad.

El teléfono derribado, conectado directamente con el cuartel de la policía, había transmitido el estampido de los disparos de la inesperada refriega.

Fuerzas de la Ley se habrían puesto en camino y descubrirían que ya se había hecho severa justicia. Sin embargo, nunca se sabría la parte que La Sombra había tenido en esta hazaña. Este era el método de La Sombra.

Suavemente, La Sombra fue al muro de que había hablado Furzman y abrió el panel. Hizo girar la combinación de la caja de seguridad y la portezuela metálica se abrió.

Volvió a cerrar el panel, pues su apertura habría de ser descubierta por los detectives encargados de la investigación. Rey Furzman había confesado a Cardona que los fondos robados en el Banco estaban en el muro de esta habitación.

Su elevada figura desapareció descendiendo por una escalera al final del corredor.

La Sombra había obtenido ya la información que deseaba. Graham Wellerton, dirigiéndose velozmente al Oeste con su gente, no se imaginaría la sorpresa que le esperaba.

CAPÍTULO VII

INTERVIENE EL AZAR

TRES largos minutos transcurrieron después de la salida de La Sombra. Un hombre emergió de un ascensor que se había detenido en el piso catorce.

Este visitante no era de los esperados. No tenía ninguna relación con los representantes de la Ley.

¡El hombre del ascensor era “Lobo” Daggert!

El gangster de colmillos puntiagudos miró a su alrededor furtivamente.

Sabía que se había atrevido demasiado al hacer una visita a este sitio, contra las ordenes de Rey Furzman. Por está razón, no se había hecho anunciar desde la portería. Deslizándose sigilosamente tras el portero, tomó el ascensor.

El gangster se aproximó a la puerta de la morada de su jefe. Llamó con los nudillos suavemente; luego con fuerza. No recibió respuesta alguna a su llamada.

Después de medio minuto de espera, puso su mano sobre el picaporte de la puerta y lo hizo girar. Quedó sorprendido cuando la puerta se abrió.

Entrando sigilosamente miró a su alrededor. ¿Dónde estaba Gouger? ¿Por qué había dejado la puerta entreabierta?

Cerrando la puerta exterior tras él, se dirigió al recibidor y pronto tropezó con algo que yacía en el suelo.

Mirando fijamente, descubrió el cuerpo de Gouger. Inclinandose para tocarle, metió los dedos en un charco de sangre.

Asustado, el jefe de la banda pasó sobre el cuerpo de Gouger y entró en el recibidor. Una blasfemia salió de sus labios al enfrentarse con el cuerpo inmóvil de su jefe. Alzó la cabeza del

moribundo y observó con fijeza la pálida faz.

—¡Rey! —murmuró—. ¡Rey! ¿Estás vivo? ¡Contesta!

Sus ojos parpadearon. La mirada vidriosa de Rey Furzman se fijó en «Lobo» Daggert. El agonizante no pareció reconocer el rostro que se hallaba ante él.

—¿Quién te despachó? —preguntó “Lobo”, con ansiedad no fingida—. ¿Quién te despachó? No sería La Sombra, ¿verdad?

La cabeza de Rey Furzman asintió débilmente.

“Lobo” miró con ansiedad a su alrededor, cual si temiera la presencia de un ser siniestro que aun pudiese estar dentro de aquella morada de desolación y muerte. A sus oídos llegaron las palabras jadeantes y entrecortadas del moribundo.

Rey Furzman hablaba con voz casi imperceptible.

Mientras sus párpados se cerraban, dijo débilmente: —La Sombra. La Sombra me mató...

Una pausa. Luego, unas palabras entrecortadas salieron de los labios que apenas se movían.

—Wellerton... se marchó... Grand Rapids... su banda... Wellerton...

La cabeza se desplomó hacia atrás, mientras «Lobo» la sostenía. El cuerpo de Rey Furzman se tornó rígido en la muerte.

«Lobo» contempló el horripilante rostro del hombre que había sido su jefe.

Por el cerebro del gangster cruzó una multitud de pensamientos diversos.

«Lobo» tenía el convencimiento de que La Sombra, el temible vengador, intervino en el atraco del Parkerside.

En consecuencia, creía que el fracaso estaba justificado. Pero el éxito de Graham en el Nacional, le había amargado.

¿Acaso La Sombra localizó a Rey Furzman por culpa suya? Era posible. Sin embargo, a pesar de estar seguro de que La Sombra le había seguido y de este modo descubrió la residencia de Rey, el gangster se enorgullecía de ser muy astuto y buscaba otra explicación.

Sus ojos brillaron con una expresión de astucia; sus labios se crisparon de odio. Pensó en Graham, que se encontraba en la carretera de Michigan, rumbo a Grand Rapids.

Una sospecha brotó en el cerebro del gangster. El bandido se

incorporó; sus puños se crisparon. El curso de sus pensamientos cambió de pronto al observar el teléfono tirado en el suelo.

En aquel momento, el instinto de conservación se apoderó de su espíritu y automáticamente sus planes quedaron relegados a un lugar secundario.

¿Acaso Rey intentó pedir auxilio antes de topar con La Sombra? Rey estaba muerto, como también Gouger. Ambos cayeron fulminados en una rápida refriega. «Lobo» se percató de que el teléfono pudo servir de alarma.

Rápidamente el gangster de rostro avieso se dirigió hacia la antesala. Al llegar allí, escudriñó el desierto corredor; luego avanzó con sigilo hacia los ascensores. Oyó el ruido de una de las puertas metálicas y velozmente se zambulló en la escalera.

Lo hizo a tiempo. La puerta de una jaula se abrió. Un individuo de rostro moreno, al que “Lobo” reconoció, como José Cardona, as de los detectives de Nueva York, salió del aparato. Descendiendo con sigilo por la escalera, «Lobo» no pensó más que en escapar.

Al llegar a un piso inferior, oyó que varios hombres subían.

Precipitadamente probó varias puertas y tuvo la suerte de encontrar una que se abrió.

Descubrió que el piso estaba desierto. Encontró una ventana situada a unos tres metros de la azotea de un edificio contiguo. Pasó por la ventana. Saltó a la azotea, encontró una puerta y bajó al piso superior de un edificio antiguo.

Desde allí, la huída era fácil.

Mientras se alejaba precipitadamente de la vecindad de la casa donde Rey Furzman había sido muerto, su cerebro empezó de nuevo a funcionar.

El pensar que Graham Wellerton estaba libre y a punto de ejecutar algunos atracos por su cuenta, le enfureció.

Entretanto, entró en un estanco, fue a una cabina telefónica e hizo una llamada.

Habló en tono rápido al hombre que respondió.

—¿Eres tú, Garry? —inquirió—. Sí. Soy «Lobo» Daggert... Escucha. ¿Puedes conseguir un automóvil rápido de verdad? Bien... Seguramente... Levanto el vuelo... me marcho de Nueva York. No... no me persigue la «poli»... Te lo explicaré cuando vengas con el auto... Seguramente... nos encontraremos en el garaje... ¿Dónde

está? Dame la dirección...

Una hora después, «Lobo» Daggert y su compañero Garry, en un potente automóvil, corrían velozmente por una carretera de Nueva Jersey. «Lobo», con una sonrisa siniestra en su rostro feroz, relataba su historia mientras Garry respondía con unas risitas de comprensión.

Explicaba el gángster:

—Si tenemos suerte, alcanzaremos a esos individuos antes de que lleguen a Grand Rapids. Van directamente hacia esa localidad...

—Quizá los pasemos en la carretera —comentó Garry, en tono dudoso.

—Es posible —asintió “Lobo”—, pero no importa. Si llegamos a Grand Rapids antes que ellos, les prepararemos una sorpresa.

Se interrumpió de repente. Asomó la cabeza por la ventanilla del coche que corría a toda marcha y levantó la vista. Vió a un monoplano que rugía por encima de ellos.

El veloz pájaro metálico, con sus proyectores encendidos, pasaba por encima del automóvil, a una velocidad enorme.

«Lobo» se reclinó en su asiento y se volvió hacia Garry.

Comentó:

—Ese aeroplano iba a gran velocidad. Si se dirige hacia Grand Rapids, llegará muy pronto.

El azar había intervenido. Por un capricho de la suerte, «Lobo» Daggert había averiguado ciertos datos de los labios moribundos de Rey Furzman.

EL jefe de la banda conocía el lugar a que se dirigía Graham Wellerton y estaba dispuesta a frustrar sus planes.

Delante de ellos se extendía un territorio nuevo. Graham Wellerton se había propuesto invadir un distrito donde La Sombra no le molestaría. «Lobo» Daggert maduraba un plan que le permitiría aprovecharse de la labor de Graham.

Sin embargo, en sus cálculos, no sospechó ni por asomo que Rey Furzman le «cantó», a La Sombra, antes de la batalla en el piso. No suponía que Graham Wellerton se dirigía hacia una trampa y que él, «Lobo», al buscar a Graham, se colocaba en la misma situación peligrosa.

Aquel veloz aeroplano que les pasó delante, solamente como conjetura, el gángster relacionó al aparato con Grand Rapids. En

realidad, habría dicho que Michigan era el destino menos probable de aquel monoplano.

Si hubiese sabido quién iba en aquel aeroplano, sus pensamientos habrían trocado la ansiedad por llegar allí por un temor de acercarse.

Pues el piloto de aquel aeroplano de alas plateadas era un ser que actuaba en la oscuridad.

¡La Sombra!

CAPÍTULO VIII

LA PANDILLA ELIGE

VEINTICUATRO horas más tarde, dos automóviles se detenían delante de un surtidor de gasolina, en una carretera solitaria sin apenas tránsito.

Un hombre que llevaba un gabán gris oscuro se apeó de uno de los vehículos y se aproximó al surtidor, ordenando gasolina para ambos coches.

EL empleado del surtidor observó un rostro franco, de facciones distinguidas bajó la visera de una gorra. También vio un jersey oscuro debajo del semiabrochado gabán. Clasificó al desconocido como un turista corriente en traje de viaje. Fue a llenar los depósitos de gasolina.

EL hombre del gabán y de la gorra era Graham Wellerton, el bandido aristócrata.

Cuando Graham Wellerton se acercó a la parte delantera del primer coche, quedó envuelto en el resplandor de los faros de otro vehículo que llegaba por la carretera.

Sonó un chirrido de frenos cuando un coupé se detuvo al lado de los dos automóviles. La puerta del coupé se abrió y una figura familiar se apeó.

Graham se quedó sorprendido al reconocer a «Lobo» Daggert.

Había en los ojos de «Lobo» una expresión maligna; un indicio que dio a comprender a Graham que había ocurrido alguna cosa desagradable.

—Hola, «Lobo». ¿Cómo has venido aquí?

—Te lo diré más tarde, Wellerton. Di a uno de tus hombres que suba a mi coche. Quiero ir contigo.

Graham hizo una seña a un hombre que iba sentado en el

asiento delantero del primer auto. EL individuo se apeó para ocupar el puesto de «Lobo» en el coupé. Graham se sentó al volante; «Lobo», a su lado. EL automóvil arrancó y los otros coches le siguieron.

Preguntó Graham:

—¿Qué ocurre, «Lobo»?

—Te lo diré cuando nos alejemos un poco —respondió el gangster—. Vayamos a una carretera algo solitaria donde podamos detenernos un rato. Ha ocurrido alguna cosa desagradable en Nueva York. He venido a avisarte.

Graham se sobresaltó al oír la historia de «Lobo». Sospechó que el pusilánime jefe de la banda abrigaba un propósito avieso.

No obstante, Graham no creyó que la presencia de «Lobo» Daggert podía constituir un serio peligro. De acuerdo con la sugerencia de su compañero, llevó el coche a una carretera secundaria y al poco rato se detuvo.

—Bien, «Lobo» —ordenó bruscamente—. Oigamos lo que tienes que decir.

Los bandidos del asiento posterior se inclinaron hacia delante para oír las palabras de «Lobo». Otros hombres procedentes del sedan que les seguía, se unieron a ellos. «Lobo» reía aviesamente esperando que se reunieran todos.

—¿Habéis leído los periódicos? —preguntó finalmente.

—No —respondió Graham, secamente—. Hemos estado fuera de la ciudad después del golpe. No hemos leído ninguno de los diarios de hoy.

—Échale un ojo a esto, entonces —profirió «Lobo», sacando un diario arrugado del bolsillo—. Vente aquí y podrás leerlo a la luz de los faros.

Antes de que Graham pudiera negarse, «Lobo» abandonó su asiento y se dirigió al punto señalado. Los bandidos de la banda de Graham ávidos de enterarse de lo que sucedía, le siguieron. Graham saltó apresuradamente a la carretera.

Abriéndose paso a codazos entre sus huestes apelotonadas, asió el diario que tenía «Lobo» Daggert en sus manos y fijó su vista en las líneas en mayúsculas.

Leyó apresuradamente el relato de la misteriosa muerte de Rey Furzman. La refriega en el cuarto del jefe se consideraba como un

doble asesinato sin explicación. Lo más extraño de todo era el hallazgo del dinero robado al Banco en una caja de seguridad, adosada al muro del recibidor de Rey Furzman.

—¿Qué piensas de esto? —interrogó “Lobo” Daggert, observando la impresión que en éste producía la lectura de la infausta nueva—. ¿Quién crees que dio el pasaporte a Rey?

—¿La Sombra? —inquirió Graham, en vez de responder.

—Lo has adivinado —dijo “Lobo” con torva expresión—. ¡La Sombra liquidó a Rey Furzman!

Respuestas ininteligibles proferidas por los bandidos atronaron el espacio.

Esta información era aterradora. Todos se dirigieron a “Lobo” en busca de noticias.

—¡Es curioso, muy curioso! —dijo—. Casi juzgaría sospechosa la forma en que nombraste a La Sombra sin reflexionar, cuando te he preguntado si adivinabas quién había quitado de en medio a Rey Furzman. Pareces saber más de lo que dices sobre este asunto, Wellerton.

—Advertí al jefe —respondió Graham—. Le dije que La Sombra seguía mis pasos.

—¿Sí? —añadió “Lobo” con sorna—. ¿Y avisaste también a los muchachos?

—No.

—Yo os hablaré sobre La Sombra —aulló «Lobo» interrumpiéndole—. Fue La Sombra quien me estropeó a mis muchachos cuando intentamos el golpe contra el trust Parkerside. Esto son noticias frescas, ¿eh?

“¿No es curioso que La Sombra cayera sobre mí? Todavía más extraño cuando en aquel momento Wellerton operaba en el Nacional Terminal. Bien, está claro; La Sombra es astuto, poderoso, pero no puede estar en dos sitios a la vez.

“Luego Wellerton emprende su marcha a Grand Rapids. ¿Qué hace La Sombra? Entra en la habitación de nuestro jefe, le da el pasaporte para el otro barrio y le quita el dinero que Furzman había...

—¡Basta ya de idioteces! —dijo resueltamente Graham—. ¡Estás buscando camorra! Ya me doy cuenta de lo que quieres hacerles creer.

—Ya es hora de que te descubra —fue la respuesta de “Lobo”—. Ya conozco tu juego. Me tomas el pelo a mí. Le tomas el pelo al jefe... Mientras, La Sombra se ocupaba de nosotros... Yo sé quién se «chivó» a La Sombra...

Graham Wellerton se lanzó hacia «Lobo» con frenético impulso. Estaba dispuesto a convertirlo en pulpa. Sin embargo, detuvo su impulso tan repentinamente como lo había iniciado. «Lobo» se había anticipado. EL malvado jefe de la banda había amartillado su revólver.

Con la boca del arma enfilada á su estómago, Graham no tenía la menor probabilidad de llevar a cabo su decisión. Dejó caer los brazos, pero sus mandíbulas rechinaron amenazadoras midiéndolo con la vista a «Lobo» Daggert.

Murmullos de indignación brotaron de los labios de los pistoleros. Las insinuaciones de “Lobo” Daggert habían caído en oídos receptores. Mientras “Lobo” empuñaba su revólver y Graham le miraba con furia, a su vez, una expresión de inquietud y rabia apareció en los rostros brutales de los pistoleros.

EL jefe declaró:

—Rey Furzman me explicó cómo podría encontrarte. Llegué allí cuando agonizaba. No tuve tiempo de buscar el dinero. Ahuequé antes de que el detective Cardona llegase con una manada de agentes...

—Me seguiste —interrumpió Graham—. Viniste para estropear una buena operación, para armar camorra y entremeterte en mi faena...

—Exacto —se mofó «Lobo»—. Hay la denuncia, el «chivatazo». Dices que es tu faena. Ya no trabajas para Rey Furzman. Abandonaste al jefe, lo entregaste a La Sombra...

—Amordazad a este tipo —gruñó Graham, dirigiéndose a los pistoleros, señalando a «Lobo» con un pulgar.

Gruñidos de duda fueron la respuesta. No se movió ni un solo pistolero. Las acusaciones de “Lobo” habían dado resultado. Graham Wellerton había jugado su carta de triunfo. “Lobo” Daggert la contrarrestó con una risa siniestra.

—Adelante, banda —sugirió—. Prendedme... matadme. Me conocéis... como conocéis a Wellerton. ÉL es vuestro jefe. Prendedme, antes de que pueda contaros el resto de la historia.

Cobarde frente al fuego de unas pistolas, «Lobo» Daggert era lo opuesto cuando trataba con pistoleros. Estos eran individuos de su calaña y los comprendía. Su sarcástica petición de que obedecieran la orden de Graham fue un acto genial de su parte.

Graham interpuso con toda calma:

—Perfectamente, muchachos. Escoged entre «Lobo» y yo. Escuchad lo que tenga que decir este cobarde...

—Soy cobarde, ¿eh? —rugió «Lobo»—. ¿Llamas a esto cobarde a venir aquí, a avisar a estos excelentes muchachos el juego que te traes entre manos? Crees ser muy listo, ladrón de guante blanco. No eres más que un dandy, Wellerton, que traicionaste al jefe...

—¿Que traicioné al jefe? —interrumpió Graham—. Escucha: mi parte de la operación del Nacional estaba allí con el dinero que la policía encontró. ¿Qué te parece esto?

—¿No cobraste lo que te correspondía? —dijo “Lobo”—. ¿Nos tomas por un hato de imbéciles? ¿Quieres hacernos creer esa trola? Escuchadle, muchachos. Luego escuchadme a mí.

»Yo, iba trabajando muy bien hasta, que este pájaro empezó a engañarnos. Este es el bicharraco que indicó a La Sombra lo que yo hacía. Algunos de vosotros trabajabais conmigo cuando Wellerton recibía mis órdenes. ¿Se entremetía La Sombra entonces?

Una de las veces que “Lobo” volvía la cabeza de un lado a otro, olvidó momentáneamente a Graham Wellerton. Lanzando un grito salvaje, el joven se precipitó sobre el gangster. Asió la muñeca de «Lobo» y los dos hombres se agarraron a brazo partido en una lucha furiosa.

—¡Matadle! —gritó «Lobo», cuando la mano de Graham le asió la garganta—. ¡Matad al traidor!

Garry, el individuo que acompañara a «Lobo», fue quien terminó la indecisión. Mezclado con los miembros de la banda de Wellerton, repitió el grito de «Lobo»

—¡Matad al traidor!

Dos pistoleros respondieron. Se lanzaron sobre Graham Wellerton y apartaron a tirones, al acusado. Si Graham hubiese empleado mayor discreción, podría haber salido vencedor; pero en lugar de ello, se revolvió furioso contra los hombres que le habían agarrado. Esto soliviantó a toda la pandilla.

En la refriega, le arrancaron a jirones el gabán. Cayó derribado

por sus adversarios.

«Lobo» Daggert rugía imprecaciones. Había ganado a su favor a toda la banda. Dos hombres sujetaban los brazos de Graham. Arrastraron al joven hacia el asiento posterior del automóvil.

«Lobo» dijo:

—Vamos a realizar la operación de Grand Rapids. Pero este pájaro no participará en el asalto. Es un puerco traidor. Vamos; lo «despacharemos» pronto.

—¿Y si lo liquidamos aquí mismo? —gruñó un bandido.

—Más adelante —replicó «Lobo»—. Estamos demasiado cerca de la carretera principal. Dejadlo de mi cuenta. Yo me cuidaré de mandarle al otro barrio.

Los hombres saltaron a los coches.

Graham empezó a percatarse de su crítica situación. Reconocía que su única esperanza era volver a los hombres contra «Lobo» Daggert. De tener una ocasión para hablar, tal vez podría convencerlos.

Pero la pistola de Daggert le obligó a proceder con cautela. Si empezaba, a discutir, era evidente que dispararía.

—Sigue mirando si encuentras un lugar conveniente —gruñó «Lobo», al hombre del volante—. En alguna parte escondida tiraremos a este traidor después que yo le acribille a balazos.

—Aquí está el lugar —repuso el chofer. Una risa feroz salió de los labios de Daggert cuando miró hacia adelante. Las luces del automóvil mostraron una carretera pendiente y zigzagueante y un terraplén a la izquierda; un barranco a la derecha.

—Para —ordenó el jefe.

Mientras el chofer frenaba, Graham hizo lo inesperado: Los pistoleros de la derecha abrían la portezuela del coche. Dando un palto repentino, se zafó de los individuos que le sujetaban y se lanzó en aquella dirección.

Varias manos fueron a agarrarle cuando se lanzó contra la portezuela. El auto iba a unos cincuenta kilómetros por hora cuando la puerta se abrió.

Graham hizo una pausa momentánea en el borde, mientras el hombre que estaba más cerca intentó agarrarle para impedir su huida.

Volviéndose, asestó un rápido puñetazo al rostro del individuo.

En el mismo instante, «Lobo» Daggert se dispuso a apuntar al enfurecido prisionero.

Libre por el momento, el joven perdió el equilibrio. Lanzando un grito de sobresalto, se tiró del coche al barranco, al mismo tiempo que Daggert disparaba dos tiros.

Le fue imposible al jefe decir si sus tiros dieron o no en el blanco. El cuerpo lanzado de Graham cayó en la hierba en lo alto del terraplén. Desde el coche, parado a una docena de metros de distancia, «Lobo» le vio rebotando por el barranco. El cuerpo del bandido aristócrata topó con unas matas.

Un pistolero rió.

—Parece que lo acribillaste, «Lobo».

—Sí —asintió el jefe de la banda.

El chofer informó en ese momento:

—Ahí viene un coche. ¿Veis los faros?

Daggert observó un destello en una curva de la carretera, a un cuarto de milla más adelante.

—En marcha —gruñó «Lobo».

EL coche arrancó. Los otros autos le siguieron prontamente. Los tres vehículos pasaron por el lado del coche que se aproximaba.

—Sigue adelante —ordenó el jefe—. No queremos tener un incidente. El sujeto que acaba de pasar no sospechará nada. Es seguro que Wellerton recibió su merecido.

Los automóviles corrían veloces. El chofer del primer coche indicaba un camino para llegar a la carretera principal. Graham Wellerton era un asunto del pasado. «Lobo» Daggert era el jefe ahora.

—No tenemos ninguna prisa —declaró—. Ejecutaremos la operación que Wellerton había planeado. Ese Banco de Grand Rapids nos proporcionará bastante dinero y podéis apostar a que nadie se entremeterá. Wellerton se cuidó de ello.

«Lobo» soltó una risita, seguro de que el fantasma vestido de negro no estaría presente para frustrar el robo. Él, «Lobo» Daggert, se aprovechaba de los planes trazados por Graham Wellerton. No sospechó ni un instante la verdad.

EL plan de Graham estaba condenado al fracaso. Esta banda de atracadores de Bancos se dirigía hacia una trampa, que estaría bien tendida cuando llegasen. Al tirarse del automóvil en marcha,

Graham Wellerton escogió simplemente un peligro por otro que, sin duda, habría encontrado, sin quererlo, de haber continuado capitaneando a la banda.

Y lanzarse al fondo del oscuro barranco era mucho menos peligroso que el atraco al Banco de Grand Rapids, aunque Graham Wellerton lo ignorase.

“Lobo” Daggert, triunfante, se hallaba en una posición mucho menos deseable que Graham, vencido. Daggert se deleitaba de su victoria. Su maligno alborozo cesaría al día siguiente por la noche.

¡La Sombra se cuidaría de ello!

CAPÍTULO IX

UN HOMBRE SURGE DEL PASADO

GRAHAM Wellerton abrió los ojos. Se encontró mirando hacia el cielo a la luz de la luna. Yacía en la hierba espesa.

Al principio no recordó cómo había llegado a aquel lugar. Su cerebro se agitaba dolorido bajo la pesadumbre de mil pensamientos incoherentes: Rey Furzman... «Lobo» Daggert... Carma... estos tres personajes que habían representado un papel muy importante en su carrera criminal parecían tener la culpa de su estado.

Intentó ponerse en pie. Tuvo una sensación de náuseas y de dolor en la nuca. Se frotó la cara. Vagamente, a la luz de la luna, vió sangre en su mano.

Andando débilmente, con paso inseguro, hacia un arroyo, se agachó y empezó a bañarse el rostro en el agua. Esto le despejó. No obstante, experimentó cierta dificultad en recordar lo ocurrido recientemente.

Una impresión se destacaba nítidamente. El de un salto frenético desde un automóvil en marcha. En respuesta a este pensamiento, empezó a palparse los brazos y las piernas, como si esperase encontrar algunos huesos rotos.

¡Disparos de revólver! ¡AL mismo tiempo que el salto frenético! Graham sonrió débilmente. Había escapado a la muerte. Maquinalmente, atravesando la maleza, llegó a un costado del barranco.

Inició el ascenso agarrándose a la hierba espesa y seca, resbalando a veces.

Se asió a algunos trozos de roca que se proyectaban. En su caída barranco abajo tuvo la suerte de no topar con estos salientes.

Cayó exhausto cuando llegó a la orilla de la carretera. Tenía el cuerpo dolorido. El ascenso había sido penoso. Los efectos de la caída eran evidentes. Cojeaba ligeramente cuando se incorporó y empezó a andar por la carretera.

Sufría una ligera conmoción cerebral, producida por uno de los golpes recibidos. La lesión, aunque limitaba el funcionamiento de su cerebro, le hacía olvidar las contusiones menores recibidas.

Cojeando y sangrando por varias pequeñas heridas, con el rostro llenó de arañazos, presentaba un aspecto lamentable.

Vagamente reconoció su deplorable estado. Se hallaba en un distrito rural, mal vestido y lejos de la ayuda de sus amigos. Por primera vez, pensó en el dinero y se introdujo una mano en un bolsillo donde guardaba un fajo de billetes por valor de más de seis mil dólares. El bolsillo estaba vacío.

Recordó haber estado prisionero en un automóvil y a un individuo que estuvo sentado a su lado. Este, sin duda, le despojó del dinero. Uno de sus ex compañeros le robó después que “Lobo” Daggert decretara su muerte.

No tenía ni un céntimo. Lanzó una carcajada ronca y empezó a andar carretera adelante. Después de recorrer una milla de carretera zigzagueante, llegó a un cruce de caminos y miró lúgubrementemente el poste indicador. Observó varios nombres, dobló hacia la izquierda y continuó su marcha.

¿Adónde se dirigía?

Lo ignoraba. Conocía que se hallaba a varias millas de la carretera principal, donde Daggert alcanzó a la banda de Graham. Otro cruce de caminos. A la luz de la luna, leyó otro poste indicador y se echó a reír. Reanudó la marcha.

Al llegar a una bifurcación, instintivamente tomó hacia la derecha. Le pareció recordar acontecimientos del pasado, cuando solía hacer excursiones a pie.

La marcha se hizo monótona. Pero no abandonó su paso lento y penoso.

Los minutos se convirtieron en horas. Había perdido la noción del tiempo.

Llegó, al fin, a una carretera asfaltada y exhaló un profundo suspiro de alivio. Había caminado, sin saberlo, cerca de veinte millas; pero el viaje parecía acercarse a un final lógico.

De pronto un sonido le hizo detenerse y escuchar atentamente. Un reloj de campanario tañía las cuatro.

Acelerando el paso, el aturdido joven avanzó. Empezó a ver edificios que le parecían familiares. Dobló una esquina y descendió por una calle alumbrada. Llegó a un edificio que se erguía aparte de los otros. Semejaba un gran almacén, pero sus ventanas con barrotes demostraban que debía servir para otro propósito.

Leyó un rótulo de letras grandes que había encima del edificio. Las palabras aparecían claras a la luz de la calle. En el rostro de Graham Wellerton se dibujó una expresión ceñuda de furia al observar la leyenda:

EZRA TALBOY

BANCO PROVINCIAL

La ironía del presente momento apareció clara a la mente del joven. Las nubes se desvanecieron. Comprendió. Hasta ese momento no se había dado cuenta del lugar donde se encontraba; sólo sabía que se hallaba en alguna parte, entre Nueva York y Grand Rapids. Ahora se percató de que estaba en la ciudad de Southwark.

Este edificio había sido el Banco de su padre, la casa del otro lado era la mansión solariega de los Graham.

EL nombre de Ezra Talboy significaba que era verdad lo que Graham había sabido durante su ausencia de la ciudad de Southwark. Ezra Talboy, hermano de la madre de Graham, estafó al padre de Graham todo cuanto poseía.

El joven recordaba perfectamente al tío de cara avinagrada. Ezra Talboy debía ser un viejo ahora. Era un canalla que vivía de las riquezas mal adquiridas.

Graham Wellerton crispó los puños al aproximarse al Banco. La cabeza se le había despejado. Había recobrado el uso de sus facultades. Sintió deseos de destrozar las ventanas. Se llevó la mano a un bolsillo buscando su revólver.

Ya no lo llevaba encima. También le habían robado el arma.

La furia y el odio inextinguible dominaron a Graham. Despreciaba a esta ciudad, odiaba a todos sus habitantes. Tenía unos deseos locos de destrozarlo todo y abandonar la ciudad lo antes posible.

Mientras titubeaba presa de estas emociones, un ruido de pisadas sonó detrás de él. Volvióse rápidamente y vio a un

individuo corpulento vestido de uniforme que le encañonaba con una pistola.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el hombre.

—Nada —replicó Graham, con voz ronca—. Estaba echando un vistazo.

—¿Sí? ¿A las cuatro de la mañana?

—Acabo de llegar a la ciudad. Sufrí un accidente de automóvil en la carretera...

—Eso se lo contarás al juez. Te detengo. ¡Vamos, andando!

EL cansancio empezaba a producir sus efectos. Sin pronunciar ni una palabra, Graham se sometió a la orden del funcionario. Fue conducido hacia la calle principal y luego por una callejuela a la cárcel del pueblo.

La caminata terminó cuando Graham se desplomó sobre un desvencijado camastro en una celda con barrotes de hierro.

Cuando el funcionario se hubo marchado, el joven se tendió sobre el camastro. Su larga marcha a pie mostraba sus resultados. Rendido de cansancio, se quedó dormido.

La claridad de la mañana fue la primera impresión que recibió al despertar.

Alguien sacudía la puerta de la celda. Alzó la vista y vio al hombre que le había detenido. El funcionario le ordenó salir. Obedeció. Fue conducido a una sala donde unos cuantos hombres se hallaban reunidos.

Reconoció al juez de paz. EL viejo Silas Schuble había sido amigo de su padre. Observó a otro hombre anciano, al que conocía: Harwin Dowser, el principal abogado de Southwark.

Evidentemente Dowser se encontraba allí para ocuparse de algún otro caso, pues no mostró el menor interés cuando Graham fue conducido ante el juez Schuble.

—Es un vagabundo —explicó el funcionario que le condujo a la sala—. Lo encontré vagando por la ciudad a las cuatro de la mañana.

—¿Nombre? —interrogó Schuble, bruscamente, mirando a Graham.

—Jorge Gruger —respondió el joven.

—¿Qué alega en su defensa? —inquirió el juez.

—Nada —repuso Graham en tono opaco—. Simplemente pasaba

por la ciudad.

Schuble le dirigió una mirada penetrante. El joven reprimió una sonrisa al observar que el juez no le reconocía. Para él, esto constituía un triunfo. EL recuerdo de su padre le había herido en su orgullo. No quería ser reconocido en Southwark.

—A menos que pueda explicar su presencia en el pueblo — declaró Schuble, en tono severo—, me veré obligado a condenarlo por vago.

—No me importa —replicó Graham.

—Treinta días de cárcel —decretó el juez de paz.

Cuando el funcionario le sacaba de la sala, el joven observó que Harwin Dowser le miraba con curiosidad. Graham sostuvo con una mirada de indiferencia el escrutinio de Dowser. EL abogado se alejó. Malhumorado, el joven se dejó conducir a la celda.

Por mucho que detestase a la ciudad de Southwark, iba a ser su huésped durante el mes próximo.

Había escapado a la Ley en muchas ocasiones en que estaba cometiendo un hecho delictivo y peligroso; esta vez, cuando no había cometido ninguna ofensa, había sido detenido y condenado.

Su odio hacia la ciudad de Southwark aumentó. Comprendió que era un hombre del pasado, un desconocido a quien nadie reconocía ya en la ciudad, donde su padre había sido el vecino más eminente y más apreciado.

No importa lo que su carrera hubiese sido en otra parte. Graham no había cometido jamás ningún delito dentro de los límites de Southwark. Sin embargo, ésta era la recompensa... en el lugar donde había llevado una vida honrada.

Había vuelto a su pueblo al cabo de muchos años de ausencia. Nadie le reconoció ni le dio la bienvenida y fue condenado a treinta días de cárcel por el delito de vagancia. No le importaba. Su banda se había pasado a “Lobo” Daggert y esa relación había terminado.

En cuanto a Carma, Southwark era el último lugar del mundo donde ella buscaría a Graham.

CAPÍTULO X

EL SAMARITANO

UN par de docenas de hombres caminaban por una carretera áspera. Tras ellos iban tres más, armados de rifles. Se oyó una orden. La cuadrilla se situó a ambos lados de la carretera.

Uno de los guardias abrió una caja de grandes dimensiones que había junto a un árbol. Los veinticinco hombres avanzaron uno tras otro para coger un pico.

Metódicamente la cuadrilla empezaba a trabajar. Bajo los ojos vigilantes de los guardias armados, los presos empezaron su trabajo cotidiano. Las puntas de los picos golpeaban la piedra. Se iniciaron algunas conversaciones.

Graham Wellerton, reclutado para este trabajo, encontró que era un fastidio más bien que una penalidad. Era su quinto día de servicio y había tomado su suerte temporal filosóficamente.

Prestó escasa atención a las palabras pronunciadas por los otros presos, pero hoy, algo que oyera, le hizo escuchar esperando más detalles.

Un hombre decía:

—En Grand Rapids. EL periódico que vi era de hacer un par de días...

Otro hombre preguntó:

—¿Dices que la policía acribilló a siete de los atracadores? ¿No se escapó ninguno?

—No fue la policía —oyó decir Graham—. Eso es lo más extraño. Cuando el atraco empezó...

Las palabras llegaron intermitentes a los oídos de Graham, pero el joven recogió los detalles más importantes de la historia, mientras trabajaba con su pico.

Un grupo de merodeadores armados había entrado en el Trust Riverside, de Grand Rapids, unas noches antes. Sin darles tiempo a que pudieran llevar a cabo el atraco, empezaron a llover balas. El espectáculo de los atracadores cayendo en tierra fue la primera señal del intento de robo.

Los tiros fueron disparados desde la semioscuridad de la calle. Los ladrones empezaron a huir y fueron cazados a tiros. Otros corrieron hacia el interior del Banco, donde fueron repelidos por los vigilantes y los cajeros. La policía al llegar, encontró siete víctimas.

El caso desconcertante estaba envuelto en el misterio.

Graham Wellerton blandió, ceñudo, el pico. Sabía la respuesta al crimen frustrado. El ataque fue una repetición del desastre de Parkerside, en Nueva York, donde “Lobo” Daggert y sus secuaces fueron rechazados. ¡La Sombra!

De algún modo misterioso, el súper sabueso había averiguado los planes de Graham. Había llegado a Grand Rapids antes que los bandidos. Si Graham hubiese estado al mando de sus hombres todavía, habría caído con ellos.

Graham soltó una risita sardónica. Comprendió que Daggert le había hecho un favor. Usurpando el mando, el pusilánime jefe de la banda había sufrido una derrota sangrienta. EL gangster de rostro siniestro cayó en una trampa tendida para atrapar a Graham.

Siete hombres de la banda. Graham calculó. Sus hombres ascendían a nueve. “Lobo” con Garry, o sean dos más, hacían un total de once. Esto significaba que cuatro hombres se salvaron.

Graham se alegraba de que tres de los cuatro hubiesen escapado; pero estaba seguro de la identidad del cuarto hombre: “Lobo” Daggert. El cobarde gangster seguramente se quedaría algo lejos del Banco, con unas cuantas reservas, mientras el resto de la banda se lanzaba al asalto.

Murmuró el joven:

—Estaría a la vuelta de la esquina. EL cobarde.

Blandiendo su pico automáticamente, el joven consideró todos los aspectos del caso. Comprendió que cuando terminase su condena de treinta días, tendría que elegir otro medio de vivir.

Comenzar de nuevo su carrera criminal parecía ser la única posibilidad.

Mientras trabajaba, se encontró ante un dilema. La vida

criminal, ahora que temporalmente estaba alejado de ella, parecíale una existencia sórdida y fútil.

Por otra parte, cualquier profesión que encajase en las costumbres reconocidas en la sociedad le desagradaba igualmente.

¿Por qué razón él, Graham Wellerton, había de intentar vivir sometido a las leyes de la sociedad? La justicia, tal como el mundo la veía, no era de su agrado. EL joven pensó en su tío, Ezra Talboy.

Este hombre, pensó, era un estafador, un ladrón, un canalla sin corazón. Sin embargo, Ezra Talboy, manteniéndose dentro de las leyes de la sociedad, había adquirido riquezas y prestigio que en realidad había robado al padre de Graham.

Una voz le llamó de pronto:

—¡Eh, Gruger!

La repetida llamada de uno de los guardias le hizo comprender de repente que le llamaban a él. Parando de trabajar se volvió.

—¿No conoces tu propio nombre? —inquirió el guardia.

—Casi lo había olvidado —sonrió Graham, con una sonrisa tímida.

—Descansa con el resto de la cuadrilla —ordenó el guarda.

Graham observó que los presos habían cesado el trabajo y disfrutaban un descanso sentados en un terraplén herboso, junto a la carretera. Se reunió con sus compañeros. Mientras dos guardias, armados de rifles, vigilaban, el tercero hablaba con un señor que se había apeado de un automóvil.

Uno de los presos dijo, en voz baja:

—Ese es Rodolfo Delkin. Un fabricante de Southwark.

—¿Qué hace aquí? —preguntó el otro preso.

—Pertenece a un comité del condado-fue la explicación —. Al parecer, controlan a las cuadrillas de presos que trabajan en las carreteras.

—Para ver si trabajamos. ¿Eh?

—No. Dicen que Delkin es un buen sujeto. No tolera que se nos haga trabajar como negros ni que se nos maltrate. ¿Viste cómo nos dejaron descansar en cuanto se presentó? Quiere que se trate decentemente a los presos.

—¿Quién es la chica que le acompaña? La que ahora se apea del coche.

—Suponga que será su hija.

Graham Wellerton miraba en la dirección indicada. Recordaba a Rodolfo Delkin, de hacía muchos años. Observó que el tiempo no había cambiado mucho al fabricante. Tenía un aspecto severo. Era un hombre de modales bruscos.

Delkin, calculó Graham, tendría unos cuarenta y cinco años de edad. La muchacha que se le acercaba era, sin duda, su hija. Graham la recordaba de niña: Eunice Delkin. Tenía unos veinte años ahora y mientras la observaba, Graham quedó impresionado por su belleza.

Rodolfo Delkin, recorría con la vista los rostros de los presos. Su ojo experto observaba todas las caras. Su propósito era evidente; había ido allí con el objeto de comprobar si alguien tenía motivo de queja del tratamiento.

Graham notó que Eunice seguía la mirada de su padre. La expresión franca de la muchacha tornaba tímidos a los endurecidos presos. Hasta que posó la mirada sobre Graham, Eunice no encontró más que ojos titubeantes; pero al mirar al bandido aristócrata, algo en la mirada fría de Graham hizo que ella devolviese con fijeza la mirada.

Rodolfo Delkin se alejaba. Habló a su hija. Miraba aún a Graham Wellerton.

Eunice asió la manga de la americana de su padre y habló. Delkin se volvió y miró a Graham. En sus ojos apareció una expresión de perplejidad. Habló al guardia. El hombre respondió, luego miró a Graham y le hizo señas de acercarse.

Incorporándose, Graham se aproximó con una sonrisa retadora. AL acercarse al pequeño grupo, Delkin avanzó y le habló en tono bajo.

Preguntó:

—Usted es Graham Wellerton, ¿no es verdad?

—Me llamo Gruger —repuso Graham, lo bastante fuerte para que Eunice y el guardia le oyesen—. Jorge Gruger.

Rodolfo Delkin dirigió una mirada a su hija, como si indicase que había algún error.

La muchacha movió enfáticamente la cabeza. Miró con fijeza á Graham.

Intervino el guardia:

—Hace un momento no sabía que se llamaba Gruger. Tuve que

gritarle tres veces.

—Este hombre —dijo Eunice, quedamente—, es Graham Wellerton. No tengo la menor duda. Le recuerdo perfectamente.

El tono sereno de la muchacha era convincente. Su voz era bondadosa; su actitud, cordial. Graham se vio obligado a adoptar una indiferencia grosera para hacer frente a esta terminante afirmación de su identidad.

Preguntó:

—¿Y qué importa eso? ¿Y si soy Graham Wellerton? ¿Qué le importa a nadie de Southwark?

Rodolfo Delkin le tendió la mano. Graham se volvió rápidamente para fingir que no había visto el gesto. Sus ojos miraban hacia los otros presos mientras oía hablar a Rodolfo Delkin.

—Su padre —insistió el fabricante—, era amigo mío. Yo soy su amigo, Graham.

Encogiéndose de hombros, el joven se alejó en dirección de los otros presos.

No quería la amistad de Delkin.

Cuando Graham Wellerton llegó al terraplén y finalmente se volvió, Rodolfo Delkin y su hija regresaban al automóvil. Graham soltó una risotada ronca. Creía haber rechazado con éxito la oferta de amistad.

No obstante, a mediodía, cuando llegó un coche con el almuerzo para los presos, le informaron que tenía que regresar a Southwark.

Calculando que había terminado su condena, subió al automóvil y se acomodó en el asiento posterior con un individuo de rostro duro, que no pronunció ni una sola palabra durante todo el trayecto.

Graham conocía al individuo. Se llamaba Ellis Taussig; había sido sheriff del condado desde los tiempos de la infancia de Graham. Southwark era la cabeza del condado; y, evidentemente, Taussig había venido de allí.

El auto llegó a la ciudad y se detuvo delante del juzgado. Taussig le ordenó a Graham que se apease.

En vez de conducir al joven a la cárcel, le llevó al juzgado. Atravesaron un corredor y, finalmente, entraron en una habitación pequeña. Cuando entró, Graham reconoció al instante a las

personas allí reunidas.

El juez de paz Schuble, y Harwin Dowser, el abogado, fueron los dos primeros a quienes el joven reconoció. Luego vio a dos personas más: a Rodolfo Delkin y a su hija Eunice. Graham titubeó. El sheriff Taussig le empujó hacia delante.

El juez Schuble habló. Miró al joven y le preguntó:

—¿Es usted Graham Wellerton?

—Sí —confesó Graham, con una mirada retadora.

—Puesto que me han informado bien—declaró Schuble —, ordenaré que se le ponga en libertad inmediatamente. Le condené por vagancia, simplemente porque se negó a dar una explicación de su presencia en la ciudad de Southwark. En calidad de antiguo vecino de este pueblo, tiene usted derecho a gozar de libertad aquí.

Replicó Graham, fríamente:

—Se equivoca usted. No tengo nada que hacer en Southwark. Aunque odio a esta ciudad, fui obligado injustamente a ser su huésped durante un período de treinta días. No dispongo de dinero; no tengo donde vivir. Por lo tanto, se verá obligado a detenerme de nuevo por el delito de vagancia.

Tras una pausa agregó:

—Cumplidos los treinta días, o todos los que usted quiera, abandonaré esta despreciable ciudad donde los ladrones son respetados y los granujas ocupan cargos oficiales...

Graham prorrumpió en una risa sarcástica al observar la expresión de furia del rostro del juez Schuble.

Harwin Dowser, que evidentemente estaba presente para defender al joven, intervino rápidamente rogando que no se tuviera en cuenta el desacato cometido por él.

El sheriff Taussig y Rodolfo Delkin no sabían qué decir. Fue Eunice quien resolvió el problema.

—Tengan la bondad de perdonar estas palabras. Graham no se da cuenta de lo que dice. No será un vago mientras esté en Southwark. Mi padre y yo le invitamos a vivir en nuestra casa. Deberían haberle informado de ello antes de mencionar su libertad.

—Muy bien —decidió Schuble—. Pasaré por alto el desacato. Decreto la libertad de Graham Wellerton, de cuya custodia se encargará Rodolfo Delkin.

Fue Eunice de nuevo quien terminó con las objeciones. Antes de

que su padre pudiese intervenir, la muchacha tendió la mano a Graham. EL joven estaba demasiado estupefacto, para mostrar la descortesía que con Rodolfo Delkin tuvo aquella mañana. Maquinalmente, estrechó la mano de Eunice; luego recibió el apretón de Rodolfo Delkin.

Los Delkin se llevaron a Graham en su automóvil.

Al llegar a la casa, Delkin anunció que se cuidaría de proporcionar ropa nueva a Graham y todo cuanto necesitase. Añadió que en su fábrica habría un empleo para el joven. Fue entonces cuando Graham volvió a tomar su aire de desafío. Declaró:

—Ustedes dos me van a fastidiar mucho. No quiero su amistad. Odio a Southwark y no experimento simpatía alguna por ninguno de sus vecinos. Si creen que me están haciendo un favor, se equivocan. Si insisten en que me quede aquí, puedo decirles por anticipado que se arrepentirán.

—No hable de ese modo, Graham—respondió Delkin, en tono bondadoso—. La amistad que alentó hacia usted es sincera...

—Graham lo comprobará, papá —intervino Eunice—. Apreciará nuestros sentimientos. Más adelante le gustará vivir aquí.

Graham Wellerton no hizo ninguna observación. Estaba dispuesto a resistir a cualquier demostración de amistad que viniera de parte de Delkin, pero no podía discutir con la muchacha que había persuadido a su padre para que le hiciera este favor.

El silencio de Graham indicó que estaba dispuesto a quedarse. Sin pronunciar ni una palabra más, Rodolfo Delkin llevó a su resentido huésped a la habitación que se le había asignado.

Rodolfo Delkin, a instancias de Eunice, representó el papel del buen samaritano. Aceptó a Graham Wellerton en recuerdo del padre del joven.

No sospechaba ni remotamente que alojaba a un hombre, que hasta hace poco había sido jefe de una banda de malhechores.

Para Graham Wellerton, una breve estancia en la residencia de Rodolfo Delkin, era aceptable puramente como período de recuperación. En el fondo de su corazón, el hombre que había regresado a Southwark planeaba una carrera criminal.

De momento, solamente aceptaba las condiciones que se le habían impuesto. Cuando empezara de nuevo, sería con un espíritu, de venganza.

Una vez a solas, sonrió siniestramente al pensar en el pasado. «Lobo» Daggert no le molestaría más; Carma no le encontraría nunca.

Una sola persona constituía una amenaza: el misterioso personaje conocido por el nombre de La Sombra.

¿Qué importaba La Sombra? Graham tenía el convencimiento de que podría ponerse fuera del alcance del temible personaje.

Graham Wellerton se equivocaba.

La Sombra, el misterioso fantasma de la noche, representaría un papel inesperado en ciertos acontecimientos que ya empezaba a esbozar el destino de Graham Wellerton.

CAPÍTULO XI

LA SOMBRA SOSPECHA

HABÍAN transcurrido varios días, desde la llegada de Graham Wellerton a Southwark. Los días se convirtieron en semanas. Libre de preocupaciones, Graham Wellerton, había entrado en un período de reposo y recuperación.

Si hubiese estado al frente de la banda que La Sombra encontró en Grand Rapids, los robos de las bandas de atracadores habrían terminado. La Sombra, después de eliminar forzosamente a Rey Furzman, había asestado un golpe terrible a los enemigos de la sociedad.

Sin embargo, los hechos, en forma de recortes de periódicos, eran una prueba de que todavía su labor no había terminado.

En un piso superior de un rascacielos neoyorquino, un individuo hallábase sentado a una mesa, examinando unos periódicos que tenía ante él. Este hombre, llamado Rutledge Mann, era conocido por sus amigos como un agente de Bolsa. No obstante en realidad, Mann servía de agente de enlace de La Sombra.

Recortando, a medida que leía los periódicos de provincias, Mann había coleccionado un montón de noticias referentes a diversos atracos de Bancos ejecutados en varias ciudades del Oeste. Metió los recortes en un sobre y se reclinó en el respaldo de su sillón, mirando con indiferencia por la ventana.

Meditaba sobre los asuntos que interesaban a La Sombra.

Leyendo constantemente la Prensa, Mann había llegado a conocer la presencia invisible de La Sombra en muchas ocasiones.

De La Sombra mismo, Rutledge Mann sabía muy poco; adivinaba que La Sombra había intervenido en la lucha contra los enemigos de la Ley.

Se habían perpetrado varios robos de Bancos en Nueva York. Un atraco fue rechazado el mismo día que otro tenía éxito. Luego, tales atracos cesaron de pronto.

El siguiente intento de robo de un Banco se hizo en Grand Rapids; La tentativa fue frustrada de una manera misteriosa.

Mann, leyendo entre líneas, decidió que su misterioso jefe había realizado la operación, terminando con los atracos de los ladrones que partieron de Nueva York.

Hasta ahora, todo iba bien. Pero ¿y los robos intermitentes perpetrados en varias ciudades de segunda categoría? Era, sin duda, la labor de unos cuantos hombres.

Mann meditó y sacó una deducción. Unos cuantos supervivientes de la última pandilla debían andar sueltos, cometiendo robos en pequeña escala.

Poco después de remitir las primeras noticias de tales robos a La Sombra, recibió aviso de ponerse en comunicación con Harry Vincent, uno de los agentes activos de La Sombra.

Mann entregó a Harry un sobre lacrado que llegó por correo procedente de La Sombra. Mann sabía únicamente que Harry debía dirigirse hacia una ciudad llamada Southwark, con el fin de efectuar ciertas investigaciones.

¿Qué relación tenía Southwark con los robos de Bancos? La mayoría de los asaltos se habían verificado en la vecindad de aquella ciudad; en realidad, los recortes de hoy hablaban de unos atracadores que asaltaron un Banco a unas cincuenta millas de la ciudad donde Harry Vincent debía personarse.

¿Por qué razón eligió La Sombra a Southwark como cuartel general para su agente? El problema, tenía perplejo a Rutledge Mann.

El agente de Bolsa lacró un sobre conteniendo varios recortes. Penetró en la oficina exterior. La taquígrafa le entregó una carta que acababa de llegar por correo. Ostentaba el matasellos de Southwark. Mann rasgó el sobre y encontró otro en el interior. Un informe especial de Harry Vincent.

Saliendo de la oficina, tomó un taxi que le llevó a la calle Veintitrés. Entró en un vetusto edificio, ascendió una escalera desvencijada y se aproximó a una puerta del primer piso.

Esta puerta tenía un cristal mugriento. Aparecía inscrito el

nombre de Jonás.

Rutledge Mann introdujo el sobre de los recortes en el buzón y luego el que contenía, el informe de Harry Vincent. Lanzando una última mirada al cristal que estaba lleno de telarañas, el agente de Bolsa partió.

Este despacho servía de buzón a La Sombra.

Unas cuantas horas después de la visita de Mann a la oficina de la calle Veintitrés, sonó un chasquido en una habitación que estaba sumida en una oscuridad completa.

La luz substituyó a las tinieblas. La iluminación provenía de una extraña lámpara, que pendía encima de una mesa de pulida superficie.

De la oscuridad surgieron dos objetos blancos y movientes. Eran unas manos humanas, ágiles y de dedos largos, que se movían cual seres vivientes.

Se posaron dentro del círculo de la luz. De igual forma, diferían en un sólo detalle.

En el dedo del corazón de la mano izquierda, fulguraba una joya. Como una ascua viva de fuego, lanzaba vivos destellos extraños y rojizos.

La gema era la señal de La Sombra. Era un girasol de valor incalculable, una joya rara que no tenía igual en el mundo.

Así como el girasol de colores tornadizos indicaba la identidad del personaje que lo llevaba, la luz azulada de la lámpara revelaba el lugar donde el as del misterio se hallaba en este momento.

¡El espectro de la noche estaba en su santuario!

Una mano se alejó. Volvió y depositó unos sobres sobre la mesa. Alguien los había abierto previamente.

De los sobres surgieron recortes de periódicos: las referencias acumuladas, suministradas por Rutledge Mann. Dos sellos lacrados fueron rasgados por los dedos delgados, pero fuertes. Eran los sobres que Rutledge colocara recientemente en el buzón del despacho de la calle Veintitrés.

Los ojos de La Sombra examinaron los recortes.

Luego apareció el informe de Harry Vincent. Era un mensaje conciso, escrito en clave. La Sombra leyó las palabras escritas sin orden ni concierto aparente, con tanta rapidez como si hubiesen sido escritas en estilo corriente.

Apenas habían los ojos invisibles terminado la lectura, las palabras escritas empezaron a desvanecerse, una tras otra.

Era un fenómeno esperado. En todos los comunicados, La Sombra y sus agentes usaban una tinta especial que se evaporaba en cuanto se la exponía al aire.

De este modo, todos los mensajes quedaban destruidos automáticamente. Si alguno de ellos cayera en manos enemigas, desaparecía antes de que lo descifrarán.

Una risa suave sonó en la oscuridad. La Sombra consideraba el mensaje de su agente. Harry Vincent había actuado satisfactoriamente en Southwark. Sin embargo, sus hallazgos creaban un problema que La Sombra no esperaba.

El fantasma de la noche, en su viaje a Grand Rapids, asestó un golpe poderoso contra una banda de atracadores que, al parecer, estaba capitaneada por Graham Wellerton. La Sombra sabía que el jefe y unos cuantos secuaces lograron escapar, por haberse quedado fuera cuando el grueso de la banda invadió el Banco.

Llamado a Nueva York para resolver algunos asuntos de importancia, La Sombra había estado esperando el desarrollo de los acontecimientos, sabiendo que los gangsters supervivientes aparecerían en alguna parte. La noticia de que se habían perpetrado varios asaltos á determinados Bancos del Oeste, indicaban que los bandidos operaban en la zona de Grand Rapids.

La Sombra ordenó a Harry Vincent que se personase en aquella región, con el objeto de recoger toda posible información. No hacía mucho tiempo, La Sombra oyó a Graham Wellerton decirle a Carma que no volvería nunca a Southwark. Esto fue cuando el bandido aristócrata triunfaba.

Ahora, cambiadas las circunstancias, Graham podría haber alterado su decisión. Southwark podría servirle de refugio temporal.

Allí estaba el informe de Harry Vincent. El agente de La Sombra había descubierto a Graham Wellerton en Southwark.

Pero en su cuidadosa investigación —Harry era un as cuando se trataba de obtener información en ciudades extrañas— averiguó que Graham Wellerton llegó a Southwark la noche anterior al atraco del Banco de Michigan, frustrado por La Sombra.

La Sombra había corroborado una sospecha que había surgido en su cerebro intuitivo: ¡que Graham Wellerton no estuvo con los

atracadores en Grand Rapids!

¿Qué propósito abrigaba Graham Wellerton? ¿Cómo y por qué se había separado de sus secuaces? ¿Por qué no se dedicaba ya al robo?

Eran preguntas que La Sombra estaba dispuesto a responder.

Unas manos se cruzaron por encima de la mesa. Unos auriculares aparecieron a la vista. La voz de La Sombra cuchicheó. Desde el otro extremo del hilo llegó una respuesta.

—Burbank al aparato.

Burbank era otro enlace de La Sombra.

—Informe de Marsland —ordenó La Sombra.

Burbank dio una respuesta breve. Cliff Marsland, el agente de La Sombra, que representaba el papel de gangster, no había encontrado aún el rastro de “Lobo” Daggert.

—Informe de Burke —indicó la Sombra.

Otra respuesta.

Burbank había recibido noticias de Clyde Burke, el reportero de El Clásico de Nueva York, quien estaba al servicio de La Sombra.

Burke había recibido órdenes de seguir los pasos de Carma Wellerton.

Averiguó que la mujer vivía bajo el nombre de Carma Urstead y que se encontraba en Nueva York.

Terminó la conferencia con el agente de enlace. La Sombra comenzó una nueva acción. Sus manos exhibieron un mapa y lo extendieron sobre la mesa.

Los dedos colocaron unos alfileres diminutos sobre unas ciudades marcadas allí, los lugares donde se habían cometido los robos de los Bancos.

En el mapa aparecía, en lugar prominente, la ciudad de Southwark. El rastro se aproximaba a ese punto. Esta ciudad sería un sitio probable para otro robo, si los ladrones estaban aún por aquellos contornos.

¿Era esto obra de Graham Wellerton o acaso se había apartado de las rutas del crimen? ¿Era posible que el azar llevase a sus secuaces á aquel distrito?

Sea lo que fuere, La Sombra veía un rastro tan claro como si lo hubiesen marcado en el mapa. A cien millas de Grand Rapids, zigzagaba hacia el Este. Southwark podría encontrarse en su

camino.

Los derrotados bandidos, de regreso a Nueva York, intentaban recoger algún dinero cometiendo algunos robos de poca importancia.

Los alfileres fueron sacados del mapa. EL mapa fue plegado por las manos.

La luz azulada se extinguió con un chasquido resonante.

El santuario quedó desierto. La Sombra había desaparecido. El rey de la noche había partido, a barrer los últimos vestigios de la ola de crímenes.

CAPÍTULO XII

DELKIN CONFIA SUS CUITAS

AQUELLA misma noche, Graham Wellerton estaba sentado solo en el gabinete de la residencia de Rodolfo Delkin.

El ex bandido aristócrata se había convertido en un caballero rentista.

Durante su estancia en el hogar de Rodolfo Delkin, no había trabajado.

Vestido con ropas que su bienhechor había adquirido, bien alimentado, con una mesa suntuosa, vivía cómodamente, mostrando una constante indiferencia hacia las personas que le habían otorgado su protección y amistad.

Leyendo un periódico, se interesó por el relato de un robo de escasa importancia perpetrado en una ciudad situada a pocas millas de Southwark.

El joven sonrió. “Lobo” Daggert y sus derrotados satélites probaban suerte en pequeña escala.

¿Acaso «Lobo» Daggert tenía miedo de volver a Nueva York? Era probable, pensó Graham.

Graham se imaginó el método que estaba usando “Lobo”. Capitaneando una banda compuesta de tres hombres, el gangster realizaba algunos robos rápidos e insignificantes. ¿Era posible que por casualidad “Lobo” y sus acólitos visitasen la ciudad de Southwark?

Este pueblo sería un objetivo lógico. El Banco Provincial, cuyo propietario era Ezra Talboy, el tío de Graham, era una institución que producía grandes beneficios.

Graham meditó. Aunque le desagradase el pensarlo, parecía prudente permanecer en Southwark durante algún tiempo más.

Por su propio bien, le convenía continuar esta vida reposada.

Se dio cuenta de que este mismo reposo le favorecía en su estancia en su ciudad natal. Mientras viviese calladamente en casa de Delkin, estaría libre de toda sospecha, pero si se le ocurriese hacer una escapada súbita, habría muchos a quienes les extrañaría grandemente.

¡Qué ironía si se marchase antes de que “Lobo” y sus hombres efectuasen un raid sobre aquella ciudad! Él, Graham Wellerton, sería considerado sospechoso de actividades criminales. Capturado e interrogado, “Lobo” «cantaría» a la sola mención de su nombre.

Teniendo que proteger su pasado, decidió que lo mejor sería permanecer en su puesto hasta que “Lobo” se hubiese marchado de aquellos alrededores, o bien, hasta que algo hubiese acontecido al siniestro jefe de la banda, causa de todas las desgracias de Wellerton.

Refunfuñando, se preguntó si se estaba volviendo un sensiblero y si la idea del crimen futuro le era desagradable en la actualidad.

Arrojando el periódico al suelo, encendió un cigarrillo y quedó ensimismado contemplando fijamente el cielo raso de la habitación. Analizando sus sentimientos, llegó a la conclusión de que él no era un delincuente de corazón.

Por primera vez en muchos meses, dejaba de existir en él la necesidad del crimen. Se arrepentía formalmente de su pasado. ¿Por qué? Se preguntó furioso la razón de este arrepentimiento. ¿Qué había influido sobre su conciencia, en Southwark, para que él llegase a esta conclusión?

Posiblemente existían varias razones. Una por una fueron consideradas por el joven y despreciadas. Mientras se hallaba en este estado de espíritu, la verdadera razón hizo su aparición. Eunice Delkin entró en el aposento donde se encontraba Wellerton.

Él la miró indiferente, sin hacerle saludo alguno. La joven tomó asiento en una silla, a poca distancia de él. A pesar de la dureza de la mirada, Graham tuvo que admitir que Eunice era más que atractiva. Era hermosa y la tranquila sonrisa con que le regaló tuvo rápidamente su efecto.

El joven se dio cuenta de que admiraba a Eunice Delkin, incomparablemente más que a ninguna otra persona de las que hasta entonces había conocido.

En lo más íntimo de su corazón, empezaba a sentir amor por Eunice Delkin.

Al mismo tiempo, se dio cuenta que un abismo insondable le hacía imposible expresar los sentimientos que experimentaba.

Su pasado —con todos sus hechos delictivos— era ya un obstáculo considerable. ¿Sería posible, al amparo de las circunstancias, purgar sus errores? No tenía dinero, no tenía pues, probabilidad alguna de establecerse por su cuenta, a menos que no se aprovechara de la amistad de Delkin. Aquello podía conducirle a la felicidad... pero aun había otro obstáculo que vencer.

Pensaba en Carma.

¡Aquél matrimonio en que había sido cazado! Nunca había considerado a Carma como su mujer. Para él, Carma era simplemente una gangster que había conseguido engañarle y que le había explotado.

Estudiando á Eunice Delkin, admiraba su porte franco y comprensivo. Pensó en Carma Urstead. ¡Si pudiese arrancar de su existencia aquellos cinco años de su pasado...!

Aunque Eunice Delkin no sabía los pensamientos que atenazaban la mente de Graham, se dio perfecta cuenta de que algo turbaba al joven. Le sonrió con su atrayente simpatía.

—¿Le ocurre a usted algo desagradable? —preguntó Eunice, bondadosamente.

—No —gruñó el joven—. ¿Y qué le interesaría a usted si me ocurriera?

—Muchísimo —replicó Eunice—. Me gustaría verle dichoso. Me agradaría que gozase usted de la vida aquí.

—No hay la menor probabilidad de que eso ocurra —respondió Graham—. Odio esta ciudad. Tal vez pueda usted pensar en que soy ingrato hacia usted y su padre. Quizá él se pregunta extrañado por qué no he aceptado un empleo en su fábrica, después de haberme enseñado las obras y haberme hecho su generosa oferta. Pero no importa. Pensad de mí lo que queráis.

—¿Le agradaría saber lo que yo pienso de usted?

—Sí. —EL tono de Graham era de desafío—. ¡Adelante! Critíqueme. ¡Hable!

—Creo —añadió la joven— que usted ha sufrido extraordinariamente en el pasado. Y usted necesita amistad y hay

que cedérsela, pacientemente, sin pensar en que sea correspondida por su parte. La vida le ha tratado muy duramente. Transcurrirán muchos meses antes de que cicatricen esas heridas antiguas. Sin embargo, estoy decidida a que algún día aprecie nuestra amistad y llegue a reconocerlo como lo más hermoso de su existencia.

Graham Wellerton no replicó. Una palabra de crítica habría provocado una explosión; se dio cuenta le que era imposible argüir con una persona de pensamientos tan elevados como Eunice Delkin. Una sensación de desprecio oprimió su cerebro, pero este desprecio iba dirigido contra él mismo.

Durante esta larga pausa, mientras Graham Wellerton llegaba al formal reconocimiento de sus pasados errores, Rodolfo Delkin entró en la habitación. Eunice se levantó rápidamente para saludar a su padre. Delkin besó a su hija, luego habló en tono grave.

—Me gustaría charlar con Graham —dijo—. ¿Quieres dejarnos? Quiero hablar con él a solas. ¿Harías el favor de salir?

—¿Qué ocurre, papá? —preguntó Eunice con aprensión.

—Te lo diré después, querida —respondió Delkin—. Por el momento —añadió en tono preocupado—, deseo hablar con Graham.

La muchacha salió del aposento. La puerta se cerró detrás de ella.

Rodolfo Delkin se volvió hacia Graham Wellerton. El joven estaba perplejo. ¿Había ocurrido algo que diese a su protector una idea de su pasado? No obstante, las primeras palabras de Delkin disiparon esa idea.

Delkin declaró: —Estoy en un apuro, Graham. Ha sucedido una cosa imprevista, tengo que hablar a alguien.

—Gracias —repuso Graham, secamente. Delkin añadió:

—Su tío está decidido a estafarme. Sin embargo, sus métodos son razonables, están dentro de la Ley.

—Como siempre lo fueron los de Ezra Talboy—interpuso Graham.

—Se refiere al caso de su padre—asintió Delkin—. Por este motivo le hablo a usted. Ezra Talboy estafó a su padre de usted. He odiado desde entonces a ese hombre. He sostenido relaciones comerciales con él, sólo forzosamente. Ahora he llegado a un punto en que lo lamento.

Hizo una pausa y continuó:

—Necesité dinero hace poco tiempo. Cincuenta mil dólares. Los necesitaba para no cerrar la fábrica, para pagar los jornales a los obreros durante un largo período de crisis.

“Ezra Talboy me prestó el dinero por tres meses, con promesa de renovarlo durante noventa días más. Le di la mejor garantía posible: mi fábrica con su maquinaria, valorada en más de doscientos cincuenta mil dólares.

“Los cincuenta mil dólares se agotaron. Mi negocio atravesó el período difícil. La fábrica produce beneficios ahora. Dentro de un mes, desaparecerá todo el déficit.

—Pero entretanto... —recordó Graham.

—Eso es —reconoció Delkin—. El préstamo vence dentro de unos días. Fui a ver a Ezra Talboy para recordarle lo de la prórroga. Se ha negado a concedérmela.

—¿Lo cual significa...?

—Que la fábrica pasa a sus manos. Lo pierdo todo... por cincuenta mil dólares.

—Dinero que usted no tiene.

Graham Wellerton se reclinó en su sillón y emitió una risa ronca.

Rodolfo Delkin se quedó asombrado al observar el alborozo del joven.

Graham se mofó:

—Eso es el resultado de su locura, Delkin. Ha tratado usted con ese viejo canalla, aunque no era prudente. ¿Por qué para ayudar a unos obreros que se habrían quedado sin trabajo? Sus obreros han estado viviendo a expensas de usted. Ahora sufrirá las consecuencias.

“¡Gratitud! ¿Dónde está? ¿Qué significa? Me trajo usted aquí... insistió en tratarme generosamente. Recibí sus favores; y le advertí que no los quería; que no se los devolvería.

»Si espera algún consejo de mí, no tengo ninguno que darle. Si desea consuelo, tampoco puedo dárselo. Merece usted lo que le ocurre; y procede del individuo más apropiado para el caso: de Ezra Talboy.

Rodolfo Delkin se puso frenético. Las burlas de Graham Wellerton tuvieron un doble efecto: irritaron al fabricante y le pusieron en un estado de gran abatimiento. Presa de estas emociones, Delkin cruzó la habitación y salió con paso vacilante.

Graham oyó las pisadas del fabricante por la escalera. EL joven soltó una risita maligna. Levantó la vista y observó a Eunice Delkin, de pie a su lado.

La muchacha había entrado silenciosamente en la habitación.

Ella le miró con fijeza y le preguntó:

—¿Qué le pasa a mi padre?

—Los negocios —se burló Graham—. Se equivocó al depositar su confianza en un individuo. Va a perderlo todo porque tiene un corazón muy grande y cree lo que otras personas le dicen. Yo le dije que era un necio. ¿Qué le parece? Ahora tiene usted motivos para criticarme, ¿no es verdad?

—En absoluto —replicó Eunice, con paciencia—. Lo siento por usted. Graham. Lo siento por usted más que por mi padre. EL y yo podemos soportar la pobreza. Mi único sentimiento es que usted sufrirá también, si ya no portemos ofrecerle un hogar.

Quedamente la muchacha salió del aposento.

Graham la oyó subir la escalera para hablar a su padre. El joven recordó las palabras sinceras que la muchacha había pronunciado. Empezó a enfadarse y maldecirse a sí mismo por su propia mezquindad.

Levantándose del sillón, paseó por el cuarto. Sus ojos se posaron sobre el periódico que había dejado caer al suelo.

Un destello de resolución apareció en los ojos de Graham Wellerton.

¡La vida del crimen!

Había abandonado la profesión criminal. Comprendió que jamás volvería a ser un malhechor. Mas al mismo tiempo que deseaba vivir honradamente, le asaltó el deseo de reanudar sus actividades criminales.

Sigilosamente se puso el gabán y el sombrero. Salió por la puerta principal a la oscuridad de la calle. El viento helado de la noche era vigorizante. Le daba un nuevo ímpetu. Estaba decidido ya a obrar. De nuevo, por última vez en su vida —se dijo—, Graham Wellerton representaría el papel de bandido aristócrata.

CAPÍTULO XIII

EL ROBO

SOPLABA un viento fuerte en la calle desierta de Southwark cuando Graham Wellerton se alejaba sigilosamente de la morada de Rodolfo Delkin.

A través de la noche, llegó a la calle que le conducía a la fábrica de Rodolfo Delkin; poco más adelante tomó una callejuela, a la derecha.

Una masa fantasmal de gris se destacaba a través de la noche negra. El bandido aristócrata había llegado a los acantilados de una vieja cantera; un lugar que recordaba perfectamente.

Habían estado trabajando en aquella cantera durante la semana pasada.

Graham estaba seguro de que encontraría allí lo que había ido a buscar.

Sacó una linterna eléctrica que había cogido en la casa de Rodolfo Delkin.

Usándola con prudencia, encontró una caja grande y roja que ostentaba dos palabras escritas en blanco:

PELIGRO DINAMITA

La caja estaba cerrada con un candado. Graham cogió dos piedras. Asestó una serie de golpes fuertes. El candado se rompió. Abrió la caja y extrajo un barreno. Cerróla y volvió sobre sus pasos. Dirigióse esta vez hacia la fábrica de Rodolfo Delkin, que estaba situada poco mas abajo.

Unas luces que iluminaban las ventanas de la fábrica le permitieron acercarse sin dificultad.

Había visitado la fábrica acompañando a Rodolfo Delkin y mentalmente había tomado notas del lugar. Sabía que había

vigilante de guardia, pero no esperaba encontrarle. La fábrica de Delkin producía molduras metálicas y no ofrecía ningún botín de valor para los ladrones. Las obligaciones del vigilante se reducían a una rutina.

Forzó una ventana de los sótanos y se encontró en la parte inferior de la fábrica. Encontró un almacén abierto. Entró y encendió una luz. La habitación carecía de ventanas. Además, contenía lo que buscaba.

El joven echó la dinamita en un cubo. Encontró unas pastillas de jabón y empezó a hacer una mezcla. Todos los ingredientes que necesitaba estaban allí.

Graham se dedicó a la tarea que le absorbía. Mezclaba una «sopa»: el ingrediente usado por los ladrones de cajas de caudales.

Terminada la operación, cogió el explosivo, salió del almacén y echó a andar por la carretera. Tenía varias mechas en el bolsillo; las cogió de la caja de la dinamita. Todo estaba dispuesto.

El silbido del viento y las nubes densas eran hendidos a veces por relámpagos y truenos lejanos. Se acercaba una tormenta.

Se oyó un estruendo en el aire. Graham se detuvo para mirar hacia arriba.

Un aeroplano pasaba, con las luces bajas. No envidió al piloto. No pensó más en el aeroplano.

Caminaba cuidadosamente por la carretera y sin embargo, tenía prisa.

Unas gotas de lluvia anunciaron que la tempestad podía estallar de un momento a otro.

El joven pasó ante la casa de Rodolfo Delkin. Observó unas luces encendidas en el piso superior. Escondió los explosivos tras un vallado de zarzas y entró en la casa. Oyó que Eunice hablaba a su padre.

Silbando cuando entraba en el recibidor, estaba seguro de que le oirían desde arriba, de forma que Rodolfo y Eunice creyesen que había estado en la casa toda la noche.

Un trueno sordo le recordó que era hora de proceder a su operación. Salió por la puerta, recogió sus explosivos y echó a andar por la calle. Desapareció detrás de un árbol cuando un coupé dobló una esquina y apareció a la vista.

EL coche pasó por su lado, sin detenerse.

Se felicitó de no haber sido visto. Se equivocaba. Unos ojos agudos y escrutadores le vieron; y mientras observaba al coupé que se alejaba, una figura extraña e invisible saltó a tierra desde el coche en marcha, a unos cincuenta metros del lugar donde Graham estaba parado.

El joven prosiguió su camino. Se aproximaba al barrio comercial de Southwark. Penetró en una calle transversal y se detuvo junto al Banco de su tío.

Abrió una de las ventanas del vetusto establecimiento.

La operación resultó facilísima. Graham soltó una risita. Su tío, el viejo avaro, no había instalado ningún dispositivo contra los ladrones.

Se introdujo por la ventana abierta. La tempestad había empezado. La gente estaría en sus casas. Era el momento propicio para la operación.

En el súbito brillo de un relámpago vívido, la oscuridad completa se trocó en claridad del día. En medio de la calle quedaba una mancha de negrura.

Una figura humana —una silueta espectral vestida con una capa y un sombrero negros— quedó revelada al lado mismo de la ventana abierta del Banco de Ezra Talboy.

La Sombra, el fantasma de la noche, había llegado a Southwark.

¡Desde el interior de un coupé, conducido por Harry Vincent, el agente que había recibido la orden de vigilar a Graham Wellerton, La Sombra, el mago de la noche, seguía las huellas del bandido aristócrata.

Graham Wellerton, dentro del Banco no pensaba en La Sombra. Con su linterna proyectando destellos intermitentes, estaba eligiendo entre la caja de caudales grande y una pequeña que estaban en el despacho de Ezra Talboy.

Sonriendo, optó por una. El joven empezó su tarea. Colocó la mezcla explosiva preparándose a volar la caja. Estaba satisfecho del explosivo que había fabricado.

Colocó la mecha. Arrimó una cerilla. Salió del despacho, cruzó la pieza exterior y fue a la ventana. Los resultados fueron sorprendentes.

La carga estalló al mismo tiempo que se veía la chispa de un rayo, acompañado de un trueno espantoso.

Graham se imaginó que el fragor de los elementos había ahogado el ruido de su explosión.

Se equivocó. La chispa y su reverberación fueron observados por otra persona; ¡La Sombra!

Graham, aproximándose con premura a la caja de caudales, empezó a examinar los papeles que encontró allí. Su lámpara eléctrica proyectó su rayo sobre tres documentos que estaban sujetos con un clip.

Los leyó ávidamente. Eran unos pagarés, por valor de cincuenta mil dólares, firmados por Rodolfo Delkin.

Una risita de júbilo salió de los labios de Graham Wellerton. Tan absorto estaba que no se dio cuenta de la presencia de un ser humano que se le había acercado por detrás y se hallaba a corta distancia de él.

No sospechó que otros ojos miraban por encima de su hombro, que los ojos centelleantes de La Sombra leían también aquellos documentos.

La Sombra se desvaneció como un fantasma viviente cuando Graham se incorporó. Llevándose sólo aquellos pagarés robados, el joven se dirigió presuroso hacia la ventana y saltó a la calle. Partió en dirección de la fábrica de Rodolfo Delkin.

Llovía un poco; al parecer la tempestad cesaba alrededor de la ciudad de Southwark.

Graham Wellerton, sin la carga de sus explosivos, avanzaba rápidamente con la ayuda de los relámpagos que se sucedían de vez en cuando. Ni una sola vez miró atrás; tan seguro estaba de que no le habían visto.

Así no vio a la figura espectral que le siguió los pasos, manteniéndose siempre a una misma distancia detrás. Aquella repitió todo cuanto Graham hizo, cuando el joven llegó a la fábrica, entró por la ventana abierta y se dirigió a una oficina de la planta baja.

Allí, La Sombra observó, mientras Graham usando nuevamente su linterna sorda, se acercó a una pequeña caja de caudales y tocó el disco. El joven había visto a Rodolfo Delkin abrir aquella caja de caudales. El fabricante no había hecho ningún esfuerzo para ocultar la combinación.

Graham Wellerton depositó los tres pagarés en la caja de

caudales. Cerró la puerta. La Sombra se fundió con la oscuridad de un lado de la habitación.

Observó a Graham cuando éste partió y luego le siguió.

El joven cerró la ventana de los sótanos y salió a la carretera.

La Sombra alzó suavemente la ventana, saltó al otro lado y la cerró tras él.

Siguió á Graham por la solitaria carretera hasta que el joven llegó a la morada de Rodolfo Delkin.

Cuando Graham Wellerton desapareció en el interior de la casa, La Sombra se detuvo un instante.

La Sombra había ido a Southwark para frustrar unos proyectos criminales.

Había presenciado una operación criminal. No hizo ningún esfuerzo para impedirlo. Pues La Sombra había visto que la acción de Graham Wellerton tenía otro propósito El agudo cerebro del rey de la noche había adivinado que el ex bandido aristócrata no había estado trabajando para beneficiarse esta noche, sino para alguien más.

Hasta que La Sombra averiguase todos los detalles de este caso, se abstendría de actuar. Quedaba una prueba. Si Graham Wellerton tenía el plan de cometer otro robo, la tentación de la ventana rota del Banco de Ezra Talboy quedaba en pie.

Por este motivo La Sombra esperó, observando silenciosamente desde la oscuridad. Aguardaba, saber si Graham Wellerton tenía el propósito de volver a salir esta noche.

CAPÍTULO XIV

LOBOS DE UNA MISMA CAMADA

CUANDO Graham Wellerton volvió a tomar su acostumbrado sillón en el gabinete de Rodolfo Delkin, sintióse satisfecho.

Comprendió que había terminado para siempre con la vida del crimen. Esta noche había actuado como un criminal, pero tenía la sensación de haber servido a la causa de la justicia.

Estaba contento de haber cometido el robo de esta noche. Se dio cuenta de que no lo había llevado a cabo por gratitud a Rodolfo Delkin. Ejecutó la acción porque admiraba el valor que Eunice Delkin mostraba ante la adversidad.

Graham tenía la seguridad de que sus acciones de esta noche no serían descubiertas jamás. Sabía que su tío no se atrevería a acusar a un hombre como Rodolfo Delkin, de haber entrado en el Banco para robar una caja de caudales y llevarse los pagarés firmados con su nombre.

Graham comprendió, no obstante, que sería conveniente inventar una coartada para él, por mediación de Delkin. En consecuencia, se alegró cuando el fabricante apareció de repente en el aposento.

Evidentemente Delkin, durante su conversación con su hija Eunice, se había contagiado del valor de ella, pues el hombre no daba muestras de nerviosidad. Habló en tono amistoso al joven y al parecer dio por supuesto que Graham había estado en el gabinete durante las últimas dos horas.

En tono cordial, anunció:

—Voy a quedarme aquí un rato.

—Creo que me voy a acostar —repuso Graham en tono soñoliento.

AL salir del aposento, un pensamiento repentino asaltó al joven.

Comprendió que normalmente el robo de la caja de caudales del Banco de Ezra Talboy debía haberse descubierto ya. Sin embargo, los truenos ahogaron el fragor de la explosión. Si la caja de caudales robada no era descubierta hasta la mañana, no se sabría a qué hora atracaron en el Banco.

Esto afectaría, sin duda, a cualquier coartada. Graham no vio más que una salida. Debía volver al Banco, producir un disturbio para despertar a Ezra Talboy, que habitaba en una casa contigua, y luego regresar rápidamente a casa de Delkin.

El plan parecía perfecto. Si hallaba gente en el Banco, significaba que habían descubierto la caja de caudales forzada. En ese caso, le bastaría con regresar rápidamente.

Si no había nadie a la vista, sería fácil alarmar a Ezra Talboy y luego regresar a casa de Delkin. Subiría por el pórtico y luego iría a charlar un rato con Rodolfo Delkin. Esto era una coartada perfecta.

De nuevo alguien vigilaba a Graham Wellerton. La Sombra, siguió los pasos, estaba allí para presenciar los movimientos del ex ladrón de guante blanco.

Una risa susurrada salió de los labios de La Sombra. EL fantasma vestido de negro avanzó lentamente siguiendo la pista. Adivinó el propósito de Graham.

Sabía que el joven tenía la intención de producir una alarma.

En la puerta trasera de la casa de Ezra Talboy, el ex bandido de guante blanco hizo una pausa. Esta había sido la casa de su padre. Sabía que se encontraba en un pasaje entre el Banco y la casa. No obstante, era mejor hacer algún ruido aquí que volver a entrar en el Banco. Probó el pomo de la puerta.

¡Ante su sorpresa la puerta se abrió!

Cautelosamente, penetró en el interior de la casa. Percibió el rumor de voces que gruñían. Vió una luz que salía por una puerta entornada. Percatóse de que ocurría alguna cosa anormal, aproximóse y abrió la puerta poco a poco.

Escudriñó en el interior de un cuarto; había tres hombres en la habitación.

Uno era Ezra Talboy, echado en un sillón. Los otros eran dos hombres que empuñaban sendos revólveres. Amenazaban al anciano.

Graham Wellerton había reconocido a los individuos.

El que hablaba era Garry, el compinche de «Lobo» Daggert.

El otro sujeto era Pedro, uno de los ex satélites de Graham. Mientras el joven miraba, se abrió la puerta y, otro hombre apareció a la vista.

Saludó el recién llegado:

—Escuchad: este viejo nos ha tomado el pelo. No podemos abrir la caja de caudales.

Graham reconoció al individuo que hablaba: era uno de los miembros de su antigua banda; un sujeto llamado Greaser.

Estos eran los tres que se salvaron de la venganza de La Sombra en Grand Rapids, junto con “Lobo” Daggert. En ese mismo instante, «Lobo» debía encontrarse en el Banco, trabajando en la caja de caudales, probando una combinación arrancada, por medio de la tortura, de los labios de Ezra Talboy.

—De modo que te has burlado de nosotros, ¿eh? —gruñó Garry—. Pues nos la pagarás.

Antes de que Ezra Talboy pudiese proferir un grito, Garry le tapó la boca con la mano. Greaser se lanzó sobre el anciano para impedir toda resistencia.

Pedro, con calma e indiferencia, encendió una cerilla y empezó a aplicar la llama a los dedos del pie de Ezra Talboy. Graham observó que su tío se retorció de dolor.

Wellerton estaba desarmado. No obstante, era un hombre valeroso y conocía las debilidades de estos individuos que le habían servido a él y ahora operaban con Daggert. No había tiempo de parlamentar con ellos; era preciso obrar sin pérdida de tiempo.

Dando un salto furioso, se lanzó por la puerta sobre Pedro, el que tenía más cerca. De un puñetazo formidable derribó al gangster.

Greaser se incorporó de un salto y sacó su pistola. Antes de que pudiese apuntar, Graham le pegó un fuerte golpe en la mandíbula haciéndole rodar por el suelo, hecho un ovillo. Garry, el último del trío, se apartó de Ezra y esgrimió una pistola, apuntándola hacia Graham.

Fue un movimiento prudente. Garry se alejó antes de que Graham pudiese someterle. Con la rapidez de un rayo, Graham cogió la pistola que en su caída soltó Greaser y se volvió para hacer

frente al ataque de Garry.

El pistolero disparó primero. Erró el tiro. La bala rozó la americana de Graham. Rápidamente, él joven replicó con un disparo. Garry gruñó cuando la bala le hirió en el hombro.

Fieramente, Graham se volvió hacia Pedro, que se aproximaba.

Disparó un tiro. Pedro apuntó su pistola, a su vez. Graham erró el segundo tiro también. Luego escupió el arma de Pedro.

Graham oyó un chillido detrás de él. Luego sintió una sensación ardiente en el hombro derecho. Al alejarse, vacilante, se volvió y vio a Ezra Talboy arrodillado en el suelo. Intuitivamente el joven se dio cuenta de lo ocurrido.

Su tío había saltado del sillón. Huyendo en busca de un lugar seguro, pasaba por detrás de su sobrino en el momento en que Pedro disparó. La bala atravesó el brazo de Graham y terminó alojándose en el cuerpo de Ezra.

Los dedos de la mano derecha de Graham quedaron adormecidos. EL joven intentó coger con la izquierda el revólver que se le caía. Se dio cuenta vagamente que le iban a matar.

Pedro apuntaba para disparar un segundo tiro. Garry levantaba su revólver.

Graham vio a Greaser levantarse del suelo y sacar otra arma.

De pronto sonó el estruendo de un disparo procedente de la puerta por donde Graham había entrado en la habitación. Con un gruñido, Pedro se desplomó; Graham, al ver a Garry y a Greaser apuntar hacia la puerta, miró también en aquella dirección.

Durante un instante creyó ver el perfil de una figura humana. Luego los revólveres de los gangsters ladraron. Los cañones de unas pistolas automáticas escupieron llamaradas.

Greaser y Garry cayeron al suelo.

Contemplando a los pistoleros caídos, asaltó al joven otro pensamiento: “Lobo” Daggert. Empuñando con firmeza el revólver con la mano izquierda, avanzó por el pasillo en dirección al Banco.

Encontró un interruptor y lo oprimió con el cañón del revólver. La vasta sala del Banco quedó iluminada al instante. Graham observó que el lugar estaba desierto.

Se dio cuenta del motivo. «Lobo» Daggert, cobarde como siempre, huyó al oír el estampido de las pistolas. EL gangster evidentemente se zambulló por la ventana abierta y escapó

abandonando a sus compañeros.

Débilmente, Graham retrocedió. Llegó a la habitación donde yacían los cadáveres de los pistoleros. Sabía que alguien le salvó de la muerte. Pero, ¿por qué razón partió el desconocido, dejándole solo?

Cuatro hombres —tres ladrones y el tío de Graham— parecían estar muertos.

Lobos de la misma camada, pensó el joven. Debilitado por la pérdida de sangre, y sintiendo náuseas, contempló los cuerpos tendidos en el suelo. Miró atentamente la cara de Ezra Talboy. Observó que los párpados de su tío se movían. ¡EL viejo avaro vivían aún!

No sentía ninguna compasión por su tío. Sin embargo, el cambio de parecer que había experimentado esa noche había suavizado sus sentimientos, le había purgado de la brutalidad que nunca fue más que una fase fingida de su carácter.

Había un teléfono a la vista. Bajó su revólver y alzó el receptor. Habló al oír la voz de la telefonista:

—Llame al sheriff Taussig —ordenó—. Dígale que venga inmediatamente a la casa de Ezra Talboy. Llame á un médico... al hospital...

EL joven soltó el receptor. Se desplomó en un sillón y se agarró el brazo herido. Cuando el fuerte dolor se mitigó un poco, dirigió una mirada a su tío.

Ezra Talboy contemplaba a Graham con aire de curiosidad.

Por vez primera, en muchos años, se encontraba cara a cara con su tío el hombre a quien odiaba más en el mundo.

¡Mientras se miraban con ojos retadores, ni Graham ni Ezra Talboy se daban cuenta de que otra persona estaba presente; que La Sombra les observaba desde la oscuridad del otro lado del umbral!

CAPÍTULO XV

UNA REUNIÓN DE FAMILIA

¿QUIÉN es usted?

Cuando Ezra Talboy formuló la pregunta, Graham Wellerton asombróse al observar la extraordinaria vitalidad del anciano.

Graham Wellerton contempló a su tío. Vió pintada la avaricia en el rostro del viejo.

Con sonrisa torva le dio una respuesta.

—Soy su sobrino —declaró—. Soy Graham Wellerton, el hijo de su hermana.

—Me lo figuraba-murmuró Ezra Talboy con una risita —. Mi sobrino... ha vuelto... a representar el papel del buen samaritano. Supongo que crees haber realizado una acción noble, al rescatarme de los que me torturaban.

—Es posible que alguien crea que merezco ese elogio.

—No tengo que dar las gracias. Yo sentía desprecio por tu padre. Siento desprecio por ti, ahora que observo que posees las mismas ridículas características.

Graham Wellerton le contempló con asombro. De todos los seres despreciables que había conocido en su vida, Ezra Talboy era el peor. De no ser por su herida, habría cedido al impulso de estrangular al viejo bribón.

Ezra Talboy añadió:

—Supe que estabas en Southwark y esperaba que vinieses a saludarme. Has escogido una ocasión excelente. Supongo que pasabas por delante de la casa, observaste que ocurría alguna cosa anormal y entraste a auxiliarme.

Tras una pausa, añadió:

—¿Sabes lo que esto significa? Te interrogarán cuando llegue el

sheriff. Yo no diré ni una sola palabra por salvarte. —Mientras el anciano reía alegremente, Graham Wellerton le miraba asombrado.

Había clasificado a Ezra Talboy como un miserable, un hombre sin corazón, pero no creía que fuese posible semejante ingratitud. La cruel actitud de Ezra Talboy era en verdad increíble.

Declaró el anciano:

—Te detesto. Te detesto porque me recuerdas a tu padre. Murió en la miseria y ahora tú vuelves para ser blanco del mismo odio que sentía hacia tu padre.

Ezra Talboy escupió las palabras finales y sus ojos chispearon mientras observaba el efecto que producían en Graham Wellerton.

—¡Viejo canalla! ¿Crees que he venido a salvarte el pellejo? ¿Crees que he estado viviendo en Southwark con la esperanza de trabar amistad contigo? ¿Te figuras que luché con estos ladrones de Bancos sólo por tu cara?

»Jamás te has equivocado tanto. Déjame contarte un poco de mi historia. Soy un ladrón de Bancos, y hábil, por añadidura. Estos individuos que entraron aquí esta noche fueron en un tiempo mis secuaces. Me traicionaron. Su nuevo jefe, el único que se escapó, intentó matarme.

»Yo sospechaba que vendrían a Southwark. Y los esperaba. Sabía que tenían el propósito de robar tu Banco. He estado vigilando y cuando entraron aquí esta noche, les seguí. Tú ves el resultado. Tres de los cuatro están muertos. Uno ha escapado, pero no tardará en caer.

»Tú y yo estamos vivos, tío Ezra. Los dos somos unos bandido; Tú trabajas al amparo de la ley; yo, sigilosamente. Rabias de venganza. ¿Qué importancia tiene tu rencor hacia mí... el hijo de mi padre... comparado con las cuentas que yo tenía que saldar, con esos ratas cobardes que ahora ves ahí muertos?

»No conoces el placer de la venganza. Tampoco conoces la diabólica alegría del mal. Me has comparado con mi padre; la comparación es falsa. Las cualidades que yo he heredado son las tuyas y he hecho más con ellas que tú en toda tu miserable vida.

»No soy ningún héroe. Soy un bandido. Podría matarte ahora, pero no tengo la intención de hacerlo. Soy muy capaz de afrontar cualquier situación que pueda presentarse. Cuando llegue el sheriff, puedo convencerle de que vine aquí por pura casualidad. Como

embustero, soy tan competente como tú, tío Ezra Talboy.

El sarcasmo de las manifestaciones de Graham produjo su efecto.

Contradiendo todo cuanto el anciano había dicho, el joven ganó su admiración. La historia de Graham, lo suficiente verídica para ser convincente, hizo que Talboy contemplase con asombro a su sobrino.

Al fin, los sentimientos del anciano se hicieron evidentes. Tratando en vano de incorporarse del lugar donde descansaba, Ezra Talboy le tendió una mano.

Había reconocido en su sobrino un hombre tan bandido como él.

—De modo que —un ataque de tos interrumpió a Ezra Talboy—, de modo que... te pareces a tu tío... Buen, buen muchacho. Estoy satisfecho... Eres un... bandido...

Graham Wellerton, con una expresión de desprecio en el rostro, comprendió que había engañado al hombre a quien odiaba.

Entretanto, unos ojos ardientes contemplaban la extraña escena. Graham Wellerton no vio al observador que acechaba al otro lado de la puerta. Él miraba el cuerpo de Ezra Talboy. Los ojos vigilantes desaparecieron cuando la trepidación de un motor sonó en la calle.

Para Graham Wellerton, aquel ruido vago significaba la llegada de la autoridad. Con gran calma, a pesar de su herida dolorosa, esperaba con toda confianza que todo saldría bien. Estaba seguro de que sus palabras habían producido efecto. Pronto la sabría.

Transcurrieron dos minutos que le parecieron interminables. Oyó un ruido, de pisadas en el vestíbulo. Tres hombres entraron precipitadamente en el aposento. Con Ellis Taussig a la cabeza, los recién llegados se detuvieron en seco, conteniendo el aliento, al observar a dos hombres vivos con tres cadáveres a su lado.

Ezra Talboy abrió los ojos. Antes de que el tío pudiese hablar, Graham Wellerton intervino audazmente. Medio incorporándose, habló a Ellis Taussig.

Declaró:

—Vine a ver a mi tío. Esos hombres lo estaban torturando, le salvé. Este es el resultado.

—Lo que mi sobrino dice —Talboy tosió; tenía los labios ensangrentados—, es cierto. Vino... aquí... en un momento oportuno. Me... me salvó de la tortura... y la vida... por ahora.

Más hombres iban entrando en la habitación. Uno,

evidentemente era un médico, se inclinó sobre el cuerpo de Ezra Talboy. Dio unas órdenes y lo sacaron del cuarto. Graham comprendió que llevaban a Ezra Talboy al hospital.

—Examine a este muchacho —dijo el sheriff Taussig, en tono bondadoso, indicando a Graham—. Parece que se encuentra muy mal.

Graham sonrió débilmente cuando el médico empezó a examinarle el brazo herido.

Iba a ser considerado un héroe, después de todo. Ezra Talboy no descubriría jamás a su sobrino. EL viejo lo había explicado todo, satisfactoriamente y en pro de Graham Wellerton.

Una nueva idea atenazó el cerebro del joven.

Sólo él sabía que no era el único que había efectuado el rescate. La mano de un desconocido había intervenido en el asunto con un éxito patente.

¿Quién había disparado aquellos tiros desde la puerta? No lo sabía. La posibilidad de que fuese La Sombra no le pasó por la imaginación.

CAPÍTULO XVI

GRAHAM HACE UNAS MANIFESTACIONES

TRES días habían transcurrido desde el incidente en la casa de Ezra Talboy.

Graham Wellerton, recobrado de su herida, se hallaba en un aposento de la morada de Rodolfo Delkin. El joven se encontraba solo.

Eunice Delkin hizo su aparición. Los ojos de la joven mostraban atrayente simpatía cuando se fijaron en Graham. El joven parecía malhumorado; Eunice creyó adivinar la causa.

—Es terrible, Graham —dijo—. Es terrible pensar que después de tu noble esfuerzo, tu tío ha dejado de existir. Todos temíamos que no se recobrase, pero nadie esperaba que falleciera anoche. Papá no se atrevió a darle la noticia esta mañana.

—No se moleste por mí —interrumpió Graham—. No me entristece la muerte de mi tío. No estábamos en buenas relaciones.

—Pero su tío dijo que usted le había salvado —exclamó la muchacha.

—Está usted equivocada, Eunice —declaró el joven—. Llevaba una idea muy distinta cuando fui a visitar la casa de mi tío. Cuando él contó su historia yo no hice objeción alguna. Eso es todo.

—¿Una idea distinta? —exclamó Eunice—. ¿Qué otra razón podía usted tener?

—Ya lo sabrá después —dijo Graham—. Tan pronto como yo haya salido de Southwark.

—¿Nos deja?

—Sí. Hoy mismo.

Cuando Graham se levantó, Eunice quedó mirándole con estupor. Esta decisión era completamente inesperada. La muchacha

parecía pensativa.

Colocó una mano sobre el brazo de Graham y le obligó a permanecer en su asiento.

—Usted no puede salir de aquí ahora-dijo resueltamente—. Se ha encontrado usted a sí mismo, Graham. ¡Ha dado un cambio tan grande desde que salvó la vida de su tío! ¡Ha sido tan amable, tan paciente...!

—No tenía la intención de abandonar Southwark hasta que mi tío muriese. Ahora que ha fallecido, no hay nada que me retenga aquí.

—¿Nada? —murmuró Eunice tristemente—. Yo creía... Creíamos, papá y yo... que usted empezaría a encontrarnos agradables. Es usted libre de marcharse, Graham, pero creo que hay razones por las cuales debía usted permanecer aquí.

—Por el contrario, hay muchas razones por las cuales no tengo más remedio que marcharme. No tengo más que un favor que pedir a ustedes... Un favor que espero me concederá su padre. Dinero suficiente para abandonar esta ciudad y marcharme a cualquier sitio.

—¡Pero, Graham! ¡Debe usted explicar sus razones!

Graham Wellerton movió la cabeza. Un sentimiento profundo encogía su corazón. Estaba ahído de crímenes.. Había decidido terminar su carrera delictiva para siempre y le apenaba observar que la única forma que pudo encontrar de recompensar a Eunice y su padre había sido... un robo.

Rodolfo Delkin no había encontrado aún los documentos que Graham colocara en su caja de seguridad.

¿Qué diría Eunice si supiese que él era un ladrón?

Que Rodolfo Delkin encontrase los documentos; el fabricante comprendería.

Él destruiría aquellos pagarés sin mencionar el hecho a su hija para nada.

Graham tenía la plena seguridad de que sucedería así.

Wellerton se dirigió a la puerta. Subió las escaleras para empaquetar su equipaje. Luego pensaba ir a la fábrica a pedir dinero prestado á Delkin y después partiría para empezar una carrera nueva y honrada.

La joven no se resignaba a dejar marchar a Graham sin más ni

más. Detuvo al joven en la puerta y sosegadamente le rogó que volviese a considerar su decisión. Aumentó el dolor de Graham, pero firmemente, repitió que abandonaba Southwark.

La puerta de enfrente se abrió mientras Graham insistía aún en que nada le haría cambiar. Rodolfo Delkin apareció. A la vista de su padre, Eunice pensó que había encontrado un aliado. Volvióse hacia él y le hizo saber la noticia.

—Graham quiere dejarnos, papá —anunció la muchacha—. Dice que no puede permanecer más tiempo en Southwark. No quiere decirme por qué.

—Yo sé la razón —respondió Delkin—. Graham, quisiera hablar con usted unos minutos. Pase ahí, por favor.

Delkin le indicó el aposento vecino.

El joven volvió a descender los escalones. Sabía que Delkin había descubierto los pagarés en la caja de caudales. Eunice siguió a los dos hombres al aposento. Rodolfo Delkin se volvió para indicar a su hija que saliese.

Graham Wellerton movió la cabeza con aire de resignación.

Dijo:

—Deje que Eunice se quede aquí. Será mejor que ella sepa la verdad, ahora que usted está informado.

Rodolfo Delkin asintió. Se puso serio al observar el tono resignado de Graham. De mala gana, el fabricante sacó los documentos de su bolsillo y se los mostró al joven.

—¿Puso usted estos documentos en mi caja de caudales? —interrogó.

Graham movió afirmativamente la cabeza.

—¿Cómo llegaron a sus manos? —inquirió Delkin.

—Entré en el Banco de mi tío —explicó el joven—. Abrí la caja de caudales. Encontré esos pagarés y los cogí. Conocía la combinación de su arca de usted y la abrí para depositar los documentos allí.

—Creía que los ladrones violentaron la caja de caudales —observó Delkin, en tono perplejo—. Esa fue la conclusión del sheriff Taussig; muy lógica. El sheriff declaró que, sin duda, no tendrían suficientes explosivos para volar la caja. ¿Cómo pudo usted volarla? Estaba usted herido...

—Fui allí a primeras horas de la noche —explicó Graham, en

tono opaco—. Volví después con el objeto de comprobar si se había dado una alarma. Fue entonces cuando descubrí que unos ladrones torturaban a mi tío.

Rodolfo Delkin empezó a comprender, Movió afirmativamente la cabeza mientras contemplaba los pagarés que tenía en la mano. Parecía, estar pensativo. Habló, al fin, con acento sincero.

Dijo:

—Hizo usted mal, Graham. No obstante, tenía un motivo disculpable. Pero estos pagarés no me pertenecen. Si su tío viviese aún, me vería obligado a devolverlos. Ahora que está muerto, tengo que declararlos para que se pasen a sus bienes.

—Me lo figuraba —murmuró Graham.

La muchacha se aproximó y puso una mano encima del brazo del joven. No había en su voz el menor acento de reproche cuando dijo:

—Graham, hizo usted mal. Papá y yo no podemos aceptar un favor de esta índole. Pero podemos encontrar un medio para arreglar este asunto sin que usted se marche de Southwark. Nadie sabrá esto, aparte de mi padre y yo.

Graham Wellerton sintió el deseo loco de no decir una palabra más y aceptar estas condiciones sin hacer ningún comentario. Luego sintió remordimiento. Eunice no conocía nada de su pasado.

¿Qué derecho tenía él un bandido despreciable, a seguir abusando de la sincera amistad de la muchacha y de su padre?

Había una salida: una confesión completa. Asaltado por mil pensamientos, empezó a hacer una declaración detallada de su borrascoso pasado.

Empezó con amargura:

—Les diré por qué motivo abandono la ciudad de Southwark. Soy un bandido. He sido un ladrón de Bancos. Aquellos hombres que estaban torturando a mi tío fueron en otro tiempo miembros de mi banda. El lugar donde yo debo estar es en la prisión, no en el hogar de una familia respetable.

“No voy a meterme en una cárcel. Sería fútil. Tampoco me quedo aquí: sería injusto. Sólo dos personas pueden probar mi pasado criminal —el rostro de Graham se endureció al pensar en “Lobo” Daggert y en Carma Urstead— y si puedo esquivarlos, me sería posible seguir una vida honrada.

Hubo una pausa. Luego añadió:

—Por esta razón me marché lejos de aquí, con el objeto de intentar cambiar de vida. Pero no engañaría nunca a personas como ustedes. Sé que ustedes piensan que yo soy un canalla —Graham observó una expresión de desaprobación en el rostro de Rodolfo Delkin— y por eso estoy contento de habérselo confesado. No merezco su amistad. Esto es todo.

Eunice estaba pálida, pero su cara no había perdido su aire bondadoso.

Declaró, mirando al joven:

—El pasado no tiene importancia, Graham. Estamos en el presente, y el futuro se abre ante usted. Es usted honrado. Ha confesado la verdad. Desea vivir rectamente; empiece aquí, en Southwark, con amigos comprensivos.

Graham balbuceó:

—Agradezco esto, Eunice. Jamás olvidaré esta amistad. Pero será mejor que yo me marche lejos. Necesito un poco de dinero, eso es todo...

Rodolfo Delkin sacó un fajo de billetes de su bolsillo y ofreció el dinero.

Eunice empezó a objetar mientras Graham tomaba el dinero.

—¡Graham no debe abandonarnos, papá! —exclamó—. No es justo... Nos necesita más que nunca.

—Me marché —anunció Graham, quedamente, y añadió—: Hay algunas personas que conocen lo que yo he hecho. Dos personas: una, un gangster; la otra: una mujer, mi esposa. Sí... mi esposa. Vive en Nueva York, bajo su nombre de soltera, Carma Urstead.

—Esta mujer que le ha hecho sufrir, ¿es la persona que le obligó a empezar la carrera criminal? —preguntó Eunice.

Graham no respondió. No obstante, mirando su rostro, Eunice vio que había acertado.

—Sí —terció Delkin—. Será mejor que se vaya.

Graham subió a su habitación y preparó sus maletas. Cuando bajó, encontró a Eunice, pálida y preocupada, de pie al lado de su padre.

Delkin manifestó:

—Le llevaré a la estación. Eunice ha consentido en su marcha.

Cuando se dirigía hacia la puerta, Eunice tendió la mano.

Mientras se la estrechaba, vio una verdadera simpatía y una amistad perdurable en los ojos velados por las lágrimas que le miraban.

—Tenemos que partir —manifestó Delkin.

Eunice estaba de pie junto a la puerta. El joven lanzó una última mirada y su corazón llenóse de admiración hacia el alma de aquella muchacha que había sido una amiga sincera.

Bajando de un coche que había llegado a la estación vio al sheriff Ellis Taussig. El funcionario se dirigió hacia él. La voz brusca de Taussig habló antes de que Graham pudiera hacerlo.

—¿Adónde va, joven?

—Me marcho de la ciudad —respondió Graham, con toda calma.

—Todavía no —rió Taussig—. Vendrá usted conmigo a la oficina de Harwin Dowser.

—¿Para qué?

—Ya lo averiguará —respondió Taussig—. Escuche, Delkin, ¿tiene tiempo para llevarnos allí? Es usted un amigo de Wellerton...

Graham observó que Delkin movía la cabeza en señal afirmativa. A instancias del sheriff, el joven subió al coche. Durante el trayecto, se preguntó qué había ocurrido.

¿Habían capturado a “Lobo” Daggert? ¿Acaso el cobarde gangster le había denunciado? ¿Por qué motivo el sheriff entorpecía su marcha?

Graham quedó preocupado. Luego, esperó con indiferencia el resultado de este inesperado acontecimiento que interrumpía su anhelante partida de la ciudad de Southwark.

CAPÍTULO XVII

MILLONES MAL GANADOS

LA oficina de Harwin Dowser estaba situada en un edificio cerca del juzgado de Southwark.

El abogado poseía una personalidad extraordinaria. Así como Ezra Talboy, había acumulado riquezas practicando la usura, y Rodolfo Delkin había prosperado con negocios limpios, Harwin Dowser había alcanzado una situación importante monopolizando casi todos los asuntos legales de la ciudad.

Era el asesor de todas las personas de viso, un hombre que ejercía influencia hasta sobre el viejo juez Schuble. Graham entró en el despacho y se encontró frente a Harwin Dowser. El anciano abogado se levantó para recibir con aire grave al joven. Les ofreció asiento y dijo:

—Graham Wellerton, usted es el sobrino del difunto Ezra Talboy. En carácter de representante legal de su difunto tío, tengo que discutir con usted algunos asuntos importantes.

Graham adivinó al instante que Ezra Talboy, antes de morir, debió celebrar una conferencia con Harwin Dowser. Comprendió que el abogado iba a hacer una revelación. La presencia del sheriff se le hizo molesta.

Si Dowser abrigaba la intención de denunciarlo como bandido, Ellis Taussig, el representante de la ciudad, no perdería tiempo en actuar.

—Ezra Talboy —anunció Dowser—, era un hombre singular. Su testamento era un documento extraordinario, en el cual no hacía ninguna previsión para ninguno de sus parientes ni tampoco incluía donativos filantrópicos.

»Antes de su fallecimiento, Ezra Talboy me mandó llamar. A sus

instancias, llevé el testamento. Por orden suya, lo destruí. En su lugar, preparé un testamento nuevo y sencillo que declara la última voluntad de Ezra Talboy en una sola cláusula.

»Toda la fortuna de Ezra Talboy se deja a su sobrino, Graham Wellerton.

Dowser tendió su mano y continuó:

—Joven, le felicito por heredar una fortuna que, por lo bajo, puede calcularse en diez millones de dólares.

¡Diez millones de dólares!

Graham quedó estupefacto.

¿Cómo acumuló Ezra Talboy semejante suma? No había más que una respuesta. El viejo avaro había arrebatado sus riquezas a muchos desgraciados.

¿Sería honrado recibir aquellos millones? No. Él había declarado que su tío era un bandido. Un hombre que recibía dinero mal adquirido era más bajo que un ladrón. Mientras miraba á Delkin, pensó en Eunice.

¿Qué pensaría ella del nuevo giro de los acontecimientos? Comprendió que si se beneficiaba con la muerte de su tío, la muchacha tendría al fin motivo para despreciarle.

—Diez millones de dólares —meditó en voz alta—. Es mucho dinero, señores, la cantidad, no obstante, carece de importancia. Mi tío estuvo en su derecho al dejarme ese dinero. Yo, a mi vez, tengo el privilegio de rehusarlo. Puesto que lo legó sin estipulaciones, lo rechazaré también en el mismo espíritu, sin ningún requisito.

Exclamaciones de asombro brotaron de los labios de los otros hombres.

Hasta Rodolfo Delkin aparecía estupefacto.

Graham Wellerton sonrió cansadamente y consultó su reloj, volviéndose hacia el sheriff Taussig, díjole:

—Le doy las gracias por su molestia, sheriff. Desgraciadamente, me ha hecho usted perder el tren. Esto me obliga a permanecer unas cuantas horas más en Southwark.

—Un momento, Wellerton —insistió Harwin Dowser, bruscamente, cuando el joven se dirigía hacia la puerta—. ¿Habla usted en serio sobre este asunto?

—¿Por qué no? —replicó Graham.

—Porque-declaró el abogado —este plan, si usted persiste en su

negativa, producirá muchas complicaciones. Como administrador de la herencia, tendré que esclarecer muchos problemas.

—No puede usted obligarme a aceptar ese dinero, ¿no es verdad?

—No puedo hacer nada con él.

—¿Y en qué me concierne a mí?

—De varias formas —respondió el abogado—. Por ejemplo, ¿está usted casado?

La brusquedad de la pregunta sobresaltó a Graham. Estaba a punto de dar una respuesta afirmativa. Luego, como Dowser le miraba fijamente, expresó:

—Supongamos que yo esté casado —dijo pensativamente—. ¿Tendría mi esposa derecho a una parte de la herencia?

—Ella tendría motivo para objetar-manifestó Dowser —, si usted rechazase la herencia. Además, si la fortuna se administrase en nombre suyo, ella tendría derecho a una parte, a lo menos, en el caso de su muerte.

—¿Qué haría usted —miraba a Delkin—, si estuviera en mi lugar? —preguntó Graham.

—Yo aceptaría el legado —anunció Delkin.

El sheriff Taussig murmuró su asentimiento.

Fue la respuesta de Delkin lo que decidió a Graham. El fabricante contaría la historia a su hija. Eunice sabría que él había rehusado deliberadamente unos millones manchados; y que luego cambió su decisión debido a las circunstancias que afectaban a la mujer que le obligó a seguir una carrera criminal. Además, Delkin mencionaría que le había consultado.

Graham Wellerton se volvió hacia Harwin Dowser y miró con fijeza en el rostro astuto del abogado. El joven pensaba rápidamente. Comprendía que, disponiendo de tal fortuna, podría remediar el mal cometido por su tío.

—Acepto —declaró.

—Bien —sonrió Dowser.

Graham Wellerton se sentó y encendió un pitillo. Comprendió que le esperaba una labor enorme. Simultáneamente podía reparar el mal que había causado Ezra Talboy, entregando los millones mal adquiridos a fines filantrópicos.

Con igual alegría, pensó que podía frustrar las reclamaciones de

Carma. La mujer ignoraba que él estuviera en Southwark. Cuando ella diera con su paradero, si es que esto sucedía alguna vez, la fortuna habría disminuido sensiblemente, gracias a sus propios esfuerzos.

De este modo empezó Graham Wellerton su nueva carrera. En lugar de convertirse en un vagabundo, había adquirido enormes riquezas.

Sólo dos personas del pasado podían perjudicarlo. Una, “Lobo” Daggert, era un fugitivo; la otra, Carma Urstead, ignoraba lo que se había hecho de Graham Wellerton.

Otras dos personas conocían la verdad también. EL joven pensó en ellas mientras se hallaba sentado a solas con Harwin Dowser. Esas dos personas eran Rodolfo Delkin y su hija Eunice. Jamás revelarían lo que él les había dicho.

¡Era sorprendente que Graham Wellerton olvidase á otra persona!

Cosa extraña, no recordó a La Sombra. Aturdido por las nuevas circunstancias, el cerebro, de Graham ya no pensaba en el invisible desconocido que le salvó la vida la noche en que Ezra Talboy fue herido de muerte.

La Sombra conocía el pasado de Graham Wellerton. El rey de la oscuridad le había visto en Southwark.

Un futuro asombroso esperaba a Graham Wellerton.

Bueno sería para Graham Wellerton si persistía en dedicar los millones mal adquiridos a obras de reparación. ¡Ay de él si flaqueaba en su misión!

¡La Sombra conocía el pasado! ¡La Sombra conocería el futuro!

CAPÍTULO XVIII

EL PASADO SURGE

EL mes siguiente fue asombroso para la ciudad de Southwark. Primero llegó el anuncio de la enorme fortuna de Ezra Talboy; una fortuna que excedía a los cálculos fantásticos, de los que intentaron evaluar el volumen de lo acumulado por el viejo tacaño.

Junto con esto corrió la noticia de que Graham Wellerton había heredado toda la fortuna de su tío. Todos los dignos representantes de instituciones benéficas que visitaron al nuevo multimillonario de Southwark, fueron cordialmente recibidos.

Todas las instituciones locales recibieron un magnífico donativo, siendo el mayor una promesa de medio millón de dólares al Hospital del condado.

Más aún, los negocios del Banco Provincial tomaron un giro extraño.

Fueron concedidas prórrogas y nuevas cantidades a los que habían recibido un préstamo. Los labradores, cuyas hipotecas habían vencido, recibieron un trato justo. En todos sus negocios, Graham Wellerton mostró una generosidad increíble.

Para muchos ciudadanos de Southwark y sus contornos, Graham Wellerton era considerado como un ídolo. Esto era cierto en lo que atañe a los que tenían algún negocio, directo o indirecto con él.

Había otros que expresaron abiertamente la opinión de que Graham era un imbécil. Este grupo incluía a los cautos y a los ahorrativos, especialmente a los que menos se aprovechaban de los favores de Graham Wellerton.

Finalmente, había una clase astuta y recelosa que veía en la filantropía pródiga de Graham algún plan avieso que algún día tendría un resultado sorprendente.

Entre los admiradores de Graham hallábase el sheriff Ellis Taussig. Uno de los que le consideraban un necio, era el viejo juez Schuble. Un individuo del grupo que creía que había gato encerrado, era Harwin Dowser.

Graham veía poco a Rodolfo Delkin. Encontró al fabricante una vez para asuntos de negocios. Delkin fue al Banco, con los tres pagarés odiosos.

Graham le dijo que los rompiese. Delkin se negó. No obstante, pidió una prórroga.

Graham la concedió con ciertas condiciones. Manifestó a Delkin que si no quería destruir los documentos, podía guardarlos. Delkin prometió hacerlo durante un plazo de tres meses.

No obstante, Graham vigilaba atentamente el negocio de Delkin y vio que el fabricante luchaba con algunas dificultades. La era próspera que Delkin esperaba se había retrasado. Graham se figuró que le solicitaría otra prórroga al final de los tres meses. En realidad, no le habría sorprendido el que Delkin le hubiese pedido otro aplazamiento.

Varias veces estuvo a punto de ofrecer dinero al fabricante. Pero al final desistió. Temía herir su orgullo, si abordaba el asunto.

Graham se percataba también de la impresión que iba creando. Las personas que le tomaban por un necio y los que sospechaban que tenía un propósito oculto, eran a quienes él se proponía herir.

No obstante, tenía la precaución de desarrollar sus iniciativas filantrópicas en una región muy limitada. Southwark estaba muy lejos de Nueva York. No tenía interés en que la noticia de su fortuna llegase a los oídos de Carma Urstead, que él sabía se encontraba allí, ni tampoco a los de “Lobo” Daggert, que ahora podría estar ya de regreso de Manhattan. Graham residía en la casa de su tío. Entre los amigos que había hecho en Southwark había un joven llamado Harry Vincent.

Este muchacho estaba interesado en los negocios de terrenos y fincas urbanas. Hacía muy poco que había fijado su residencia en Southwark.

Vincent era hijo de Michigan, pero había residido mucho tiempo en Nueva York. Era un visitante asiduo de la nueva casa de Wellerton.

A pesar de sus riquezas, a pesar de su deseo de reparar las faltas

cometidas en el pasado, Graham Wellerton creía que había una barrera casi infranqueable entre él y Eunice Delkin.

Constituía para él un tormento vivir en Southwark y, sin embargo, estaba obligado a rehuir el encuentro de una muchacha que admiraba tanto como Eunice Delkin.

Tenía la convicción de que podía borrar su pasado criminal; pero jamás estaría libre para buscar el amor de una mujer mientras Carma viviese.

El final del primer mes encontró a Graham Wellerton completamente olvidado de toda hostilidad por parte de otras personas. Su única preocupación era Rodolfo Delkin.

Graham sabía que la adversidad puede producir cambios en los individuos: y sabiendo que los negocios de Rodolfo Delkin iban mal, intentó, en vano, pensar en algún medio para abordar al fabricante con una oferta de ayuda financiera.

He aquí que cuando se presentó el desastre, llegó con el efecto de una bomba.

Ocurrió una noche en que se hallaba en su casa.

Harry Vincent había ido a visitarle.

Graham Wellerton tenía mucho cuidado en no referir nada que se relacionase con su pasado criminal.

Harry Vincent evitaba cualquier manifestación que descubriese que él era un agente de La Sombra.

Sonó el timbre de la puerta, principal.

—No se mueva, Vincent. Probablemente es alguien que viene a verme durante unos minutos solamente —dijo Graham.

—Creo que es hora de marcharme—respondió Harry, cogiendo su sombrero y su gabán para acompañar a su anfitrión hasta la puerta.

Harry salió al pórtico. Graham le vio saludar cuando una figura avanzó.

Harry continuó su marcha. Graham retrocedió cuando una mujer entró.

Si Graham Wellerton hubiese mirado hacia el otro lado, habría observado que Harry Vincent fue a un lado del sendero y esperó. Pero había olvidado por completo a Harry Vincent. Aturdido, contempló, consternado, el rostro del visitante femenino que había ido a verle.

Todas las desdichas del pasado gravitaron, de repente, sobre los

hombros de Graham Wellerton.

¡La mujer que había entrado en la casa era Carma!

CAPÍTULO XIX

LA DEMANDA

EL joven quedó paralizado cuando la mujer entró en el gabinete y tomó asiento en un confortable sillón.

Carma le saludó con una risa grosera.

—No te alegras de ver a tu querida esposa, que desde hace tanto tiempo no habías visto, ¿eh? ¿Creías haberme traicionado?

—Cuando se trata de traición —repuso Graham, con voz ronca—, tú eres una verdadera artista.

Preguntó Carma:

—Vales mucha “pasta”, ¿no es verdad?

—Eso es asunto mío —replicó Graham.

—Estás derrochando el dinero a manos llenas, según me han dicho —observó Carma—. Y también haces muchas limosnas. Te has vuelto muy caritativo, ¿no es verdad?

Graham no respondió.

—Puedes gastarlo como quieras, siempre que yo reciba mi parte. Te ofrezco una ocasión magnífica. Págame y quedamos en paz.

Graham permaneció en su mutismo.

—A medias —prosiguió Carma—. Desde luego, de la fortuna primitiva. ¿Entiendes, muchacho?

—Tus demandas son muy moderadas, ¿no es cierto? —preguntó Graham, en tono sarcástico.

—En efecto —asintió Carma—. Pero no todo es para mí. No soy la única persona que pretende sacar beneficios.

—¿Quieres decir que?...

—Sí, hombre. Jamás te hubiese buscado aquí; pero alguien me hizo llamar.

—¿Alguien de Southwark?

—Alguien de Southwark —repitió Carma—. Ríete. Un socio de pueblo con ideas de «capitalista».

—¿Quién ha sido?

—Adivínalo tú mismo.

—¿Quieres decir alguien que sabía que yo era un ladrón? ¿Cómo ha podido saberlo?

—No te digo todo lo que sé —rió Carma—. Carmita tiene un medio de obtener «Pasta». Ya has oído mis condiciones. Quiero cinco millones de dólares.

—¿Cuándo los quieres? —preguntó Graham, secamente.

—En seguidita, rico. Fijémoslo para mañana; puedes ir a ver a tu abogado. Me hospedo en el Hotel de Southwark. Mi nombre es Carma Urstead. Para ti, Carma Wellerton.

—¿Cuándo volverás aquí?

—Mañana por la noche.

—¿Y crees que para entonces lo tendré ya todo preparado?

—Sí. Arregla la forma en que ha de hacerse el reparto. Cuando yo llegue, me enseñas los números. Si son conformes, haremos un convenio legal al día siguiente, un abogado, tú y yo. Como no te portes bien, te arruino.

Carma dirigióse hacia la puerta del aposento. Graham la siguió. En la puerta de la calle, él le hizo una pregunta bruscamente:

—¿Quién te dijo que yo estaba en Southwark? ¿Quién te buscó en Nueva York para traerte aquí?

—¿Te gustaría saberlo? —preguntó, a su vez la mujer—. Tú tienes cacumen. Úsalo.

Carma se volvió y abrió la puerta. Cuando salía en actitud de reto por el pórtico, Graham Wellerton cerró la puerta de golpe.

Reflexionando sobre las palabras de Carma, se enfureció ostensiblemente.

Observó que no eran aún las once. Recogiendo el sombrero y el abrigo, salió como un torbellino y se dirigió á la casa de Rodolfo Delkin.

En su cólera, no se dio cuenta de un coupé que había parado frente a su casa. EL vehículo se puso en movimiento silenciosamente a lo largo de la calle, tan pronto como Graham hubo desaparecido de vista.

Cuando el joven se aproximó a la morada de los Delkin, el coche

estaba ya en aquella calle con las luces apagadas. Harry Vincent vigilaba desde lejos.

Había luces encendidas en las ventanas correspondientes al gabinete de Delkin. Graham llamó a la puerta. Eunice abrió. Tras la muchacha vio a su padre, sentado.

Sin una palabra a Eunice, Graham se dirigió hacia el fabricante. Delkin se alzó de su asiento, sorprendido al ver al intruso.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—¡Qué ocurre! —Graham miró a Delkin luego a Eunice que había entrado en la habitación—. He sido engañado miserablemente. Ha abusado de mi confianza. Eso es todo.

—¿Qué le ha pasado?

Había malhumor en el tono de Delkin. El hombre parecía enojado y Graham consideró esto como un signo de culpabilidad. En términos helados, irónicos, estalló en un chorro de indignación.

—Mi mujer está en la ciudad —afirmó—. Ha venido aquí en busca de dinero. Me dijo cómo descubrió dónde estaba yo. Alguien de Southwark la hizo llamar.

—Alguien de Southwark —repitió Delkin, débilmente.

—Alguien de Southwark que ha sabido mi pasado —declaró Graham—. Alguien que ha encontrado un medio de hacerme pagar millones. Esto es un chantaje de la especie más ruin.

—Es muy lamentable —observó Delkin.

—Para mí, sí —prosiguió Graham—. Pero no para el hombre que va a aprovecharse de su traición. Alguien se ha “chivado” y sólo hay un hombre en Southwark que sepa los hechos que me conciernen... sólo uno a quien yo he revelado mi vida pasada.

—¿Me está usted acusando? —inquirió Delkin con voz cortante.

—No —apostrofó Graham—. Se acusa usted mismo. Yo tenía razón cuando era un bandido. No confiaba en nadie. Rehusé su amistad porque sospechaba de todos los que pretendían ser amigos míos. Usted no es peor que los demás, Delkin, pero no es mejor tampoco. Carma me lo descubrió sin decírmelo. Usted es quien fraguó esta hazaña.

—¡Salga de mi casa! —ordenó Delkin, indignado—. ¡Salga antes de que llame a la policía!

—Usted no llamará a nadie —arguyó Graham—. Está usted jugando con fuego...

—¡Graham! —Fue Eunice quien interrumpió—. Usted sabe muy bien que mi padre no le traicionaría. ¡No debe usted hablar de esta forma!

Graham no prestó atención a las palabras de la muchacha.

—Le dije que destruyese esos pagarés —declaró—. Se negó usted. ¿Por qué? Se lo diré. Porque estaban extendidos a favor de mi tío; porque llevaban una fecha que probaba el robo que yo cometí. ¿Dónde están esos documentos ahora?

—En la fábrica —declaró Delkin.

—Los quiero —dijo Graham—. Al instante. ¡Aprisa!

—No los recuperará con exigencias-repuso Delkin —. Espere hasta que haya recobrado los sentidos y la calma. Esto es un ultraje...

—De modo que se los queda, ¿eh? —se burló Graham—. Perfectamente. No importa. Carma es su carta de triunfo. Ella está aquí... para hacerse pagar.

»En vez de venir a mí francamente, se ha convertido usted en un bandido también. Mas el daño ya está hecho. Espero que estará usted satisfecho. No obstante, le advierto que voy a luchar hasta el fin.

Volviéndose, pasó delante de Eunice y llegó a la puerta. Allí, girando sobre sus talones, empezó a lanzar unos reproches antes de partir.

Su rostro ostentaba el aire venenoso que le había caracterizado durante su carrera criminal. Las palabras que sus labios escupieron estaban llenas de rencor.

Eunice se adelantó. Avanzó hacia el joven y le miró con fijeza en los ojos.

Graham la miró fríamente. Esperaba ver hostilidad en la mirada de Eunice; en lugar de ello, no observó nada más que una pena profunda.

Dijo la muchacha, quedamente:

—Graham, es imposible que usted diga estas cosas en serio. Sabe usted que su corazón no guarda rencor y no puede sentir deseos de venganza. Sabe usted que mi padre y yo somos sus amigos.

Graham Wellerton no pudo afrontar esta crítica suave. Sus puños crispados se aflojaron; su corazón pareció hundirse. La amargura empezó a desvanecerse. Sin embargo, los últimos vestigios de

resentimiento se calcinaron en una llamarada final girando sobre sus talones, salió a la noche.

Dirigióse hacia su casa, luchando entre su estima por Eunice y el resentimiento que sentía hacia Rodolfo Delkin; Poco a poco fue recobrando la serenidad, arrepintiéndose de su conducta.

Rodolfo Delkin, de pie en su aposento, estaba pálido y meditabundo cuando Eunice se le acercó.

El hombre habló con aire pensativo. Exclamó:

—Graham Wellerton se propone hacernos algún daño. Estoy preocupado, Eunice, preocupado...

—No tienes por qué estar preocupado, papá —interpuso la muchacha, quedamente—. Graham recobrará los sentidos. Cuando recapacite, comprenderá que tú eres su amigo, que tú eres incapaz de traicionarle.

—Tengo que consultar con alguien-declaró Delkin —. Si fuese a ver a Harwin Dowser, ahora...

—¡Nunca! —exclamó la muchacha, alarmada.

—Dowser es el abogado de Graham —reconoció Delkin—. No obstante, le conozco bien. Puedo utilizar sus servicios.

—No se trata de eso, papá —observó Eunice, con firmeza—. Recuerda nuestra promesa a Graham, de que no hablaríamos a nadie de su pasado. Graham te ha acusado de haberle traicionado. Prométeme que no dirás nada a menos que Graham intente ejecutar su tonta amenaza. ¿Lo prometes, papá?

Delkin movió lentamente la cabeza en señal afirmativa.

Cuando Eunice dejó á su padre, éste parecía estar aún aturdido. La muchacha, no obstante, tenía el convencimiento de que todo saldría bien.

Sin embargo, había una persona en Southwark que se daba cuenta de que alguna calamidad se cernía. Harry Vincent, el joven ayudante de La Sombra, era ese hombre. A medianoche, Harry entró en la oficina de Telégrafos para expedir un telegrama a Rutledge Mann, en Nueva York.

Aquel telegrama era un mensaje urgente dirigido a La Sombra, un informe avisando al rey de la oscuridad, que se avecinaban acontecimientos de importancia.

Harry Vincent sabía que La Sombra respondería.

¡No importaba lo que ocurriese en Southwark, La Sombra estaría

presente para representar un papel vital!

CAPÍTULO XX

LA RESPUESTA

EL día siguiente era sábado. Graham Wellerton se ocupó de los asuntos del día. Al oscurecer, fue a ver a Harwin Dowser.

En respuesta a las preguntas casuales de Graham, el abogado manifestó que tenía el propósito de pasar el fin de semana en su casa, situada a unas dos millas de Southwark; en consecuencia, Graham podría encontrarle, caso de necesitarle.

Preguntó el abogado:

—¿Qué ocurre, Wellerton?

—Nada de particular —respondió el joven—. Tengo que estudiar algunos asuntos y me propongo quedarme en casa, mañana, para ello. Simplemente se me ocurrió que tal vez tuviera necesidad de consultarle.

De regreso en su casa, Graham comió solo y despidió al criado. Maquinalmente esperó la llegada de Carma, pues tenía la seguridad de que la mujer comparecería para conocer la respuesta a sus demandas.

Encendió un cigarrillo y salió al pórtico a fumar. Estaba convencido sin ningún género de duda, que Delkin mandó buscar a Carma.

Este era el motivo de que Graham odiase el nuevo giro de los acontecimientos. Estaba resuelto a frustrar el plan de la mujer, costase lo que costase.

La noche estaba nublada. Un zumbido anunció que un aeroplano pasaba por encima de la casa.

Volvió a entrar en ella. Se sentó a su mesa de despacho y empezó a escribir.

Había transcurrido una hora. El timbre de la puerta replicó.

Graham fue a abrir. Encontró a Carma esperando allí.

De nuevo, los ojos de Graham no observaron el espacio del otro lado del pórtico. Alguien estaba allí. Pero si el joven hubiese mirado, no habría distinguido a la figura fantasmal que allí había.

Graham condujo a Carma al gabinete. Estaban fuera del radio de visión de la puerta y, en consecuencia, ninguno de los dos vió que se abría suavemente.

Ningún ojo observó a la alta silueta vestida de negro que se deslizaba con paso espectral.

La Sombra había llegado a Southwark.

—Bien, muchacho —empezó Carma—. ¿Qué tienes que decirme?

—¿Referente al dinero que quieres?

—Exacto.

—He tomado una decisión —declaró Graham—. Tengo el propósito de darte todo mi dinero.

—¿Qué? —exclamó Carma—. ¿La fortuna entera?

—Eso mismo —repuso Graham—. Pero no ahora. Esta es la única condición.

—¡Conque sí, eh! —tronó Carma—. ¿Pretendes engañarme?

—Nada de eso —dijo Graham—. Aquí está el documento que he preparado. Es mi testamento.

—¿Tu testamento?

—Sí. Un legado de todo el dinero que posea cuando muera.

—¿De dónde has sacado esa idiotez? —se burló Carma—. ¿Cuando tú mueras? ¿Qué puede a mí importarme eso?

—Yo obtuve ese dinero por la muerte de mi tío —declaró Graham—. Tú, a tu vez, lo tendrás a la mía. Mi tío acumuló sus riquezas practicando el mal. Me lo legó porque tenía la seguridad de que yo lo emplearía con fines criminales.

“En vez de eso, he estado dedicando mi fortuna a hacer el bien.

»Sí te sobrevivo, quedaré libre para usar el dinero como me plazca. Si tú vivieses más que yo, toda mi fortuna irá a tus manos. Creo que es un convenio aceptable. Una apuesta de deportistas entre los dos.

—¿Sí? —repuso Carma en tono malicioso—. Pues a mí no me conviene. O me das inmediatamente la mitad de lo heredado o “canto”.

—Perfectamente —decidió Graham—. Si lo haces, destruiré este testamento y dejaré todo mi dinero a la Beneficencia.

—Irás a presidio.

—Por veinte años todo lo más, y cuando me pusieran en libertad, me quitaría el mal gusto con los millones de mi tío.

—¿Y ahora qué voy yo a hacer?

—Eso iba a decirte, Carma. En tanto que vivas, recibirás una pensión decorosa, siempre que permanezcas lejos de Southwark y cierres la boca. Si faltases a una de estas condiciones, cortaré en absoluto el chorro de mi generosidad y me atenderé a las consecuencias.

—Está bien, muchacho —amenazó Carma—. Disponde a recibir lo que te espera.

—Vuelve a pensarlo mejor, Carma —sugirió Graham—. Hoy mismo llamaré a dos testigos que firmarán en el testamento. Voy a llamar a mi abogado Harwin Dowser para decirle que tengo dispuesto el documento. Dowser no sabe que soy casado. Cuando se entere no se sorprenderá de que deje mi fortuna a mi mujer. Así, pues, he aquí una oportunidad, Carma. Espera, con la esperanza de llevarte todo a mi muerte; o denúnciame y no conseguirás ni un centavo.

—Lo pensaré —gruñó Carma, levantándose de su asiento—. Pronto recibirás noticias mías.

La mujer se puso en pie, dirigiéndose a la puerta. Graham no la acompañó.

Carma pasó por el mismo punto en que estaba La Sombra. Ni ella ni Graham vieron la elevada figura negra.

Graham fue al teléfono con el objeto de llamar a varios amigos de Southwark. Su propósito era convocarlos a una reunión para la firma del testamento. Estaba resignado a lo que ocurriese.

Entretanto, Carma regresaba al hotel de Southwark. Cuando llegó, entró en una cabina telefónica del almacén de drogas vecino al hotel. Hablando ante el micrófono, no percibió un movimiento imperceptible en la cabina de al lado.

No se dio cuenta de que alguien oía todo cuanto decía.

Terminada una conversación, Carma colgó el receptor y esperó unos minutos. Luego salió de la cabina y consultó la guía telefónica. Ojos invisibles la observaron cuando encontró el nombre que

buscaba. Rodolfo Delkin. EL número que le correspondía era Southwark 68.

Volviendo a la cabina, Carma llamó al seis ocho. Carma empezó a hablar.

Toda su conversación fue escuchada por oídos invisibles y estos oídos pertenecían a La Sombra.

CAPÍTULO XXI

EL COMLOT EMPIEZA

LLEGÓ la noche. Sentado en su gabinete, Graham oyó llamar a la puerta.

Creyó que Carma había llegado. Fue a la puerta y la abrió. Su sorpresa fue grande al encontrarse con el sheriff Ellis Taussig.

—¡Hola, sheriff! —saludó Graham—. ¿Qué hay de nuevo?

—Nada de particular —respondió Taussig—. Vengo directamente de casa de Dowser. Me encargó que le rogase fuese a verle ahora, porque, según dice tiene usted un documento que enseñarle.

—Sí, es verdad —asintió Graham—. Pero estoy esperando una visita.

—Deje una nota en la puerta —sugirió Taussig—. Podemos estar de vuelta dentro de una hora.

La visita del sheriff despertó las sospechas de Graham. Taussig era muy cauto. Graham tenía la seguridad de que si se negase a acompañarle podría tener un disgusto. Escribió una nota breve y la clavó en la puerta. Metióse en el bolsillo el testamento y salió para subir al coche del sheriff.

Taussig apenas abrió la boca durante el viaje. Cruzaron una verja, pasaron a lo largo de una avenida de árboles frondosos, se detuvieron ante la morada de Dowser y amos entraron en la casa.

Graham recibió la primera sorpresa al ver que en el gabinete del abogado, junto a éste, se hallaba Delkin.

¿Qué hacía allí el fabricante? —se preguntó Graham. Con gran ansiedad repartió los apretones de manos de rigor. Cuando los hombres se sentaron, Graham sacó el testamento del bolsillo y lo entregó a Harwin Dowser. El abogado le dio al principio una rápida

ojeada; luego lo leyó detenidamente.

No hizo el menor comentario sobre el contenido.

—Lo guardaré en mi caja de seguridad, Wellerton —fueron las únicas palabras del abogado.

Graham, inconscientemente, miró la puerta, por donde había marchado Dowser. Aquella puerta conducía al estudio del abogado.

Graham notó que la puerta estaba entreabierta. Por la hendidura vio un destello que desapareció rápidamente. Tuvo la sensación de que unos ojos estaban vigilándole. Experimentó un estremecimiento, cuando un pensamiento olvidado mucho tiempo acudió a su mente.

¡La Sombra!

La Sombra luchaba con los criminales. Graham, a pesar de la reforma que había decidido, no pudo olvidar que había sido un ladrón. Temía a La Sombra y su único alivio fue el esfuerzo que hizo para reírse, de lo que podía no ser más que pura imaginación.

—No estaré más que una hora; espero visita en casa —dijo Graham en tono cordial y afectivo.

—Una hora será suficiente-dijo alguien.

Graham se volvió sorprendido. Era Delkin quien había hablado. El rostro del fabricante indicaba determinación. Graham titubeó, luego miró a Taussig y a Dowser. Ambos aparecían graves y solemnes. Algo iba a ocurrir.

—¿Qué pasa, Delkin? —interrogó—. Parece ser que abriga usted algún propósito al venir aquí esta noche.

—En efecto —declaró Delkin alzándose—. Me amenazó usted hace dos noches. Me dijo que me sucedería alguna cosa. En efecto: me ha ocurrido y le exijo la respuesta.

—¿A qué se refiere?

—¡A la desaparición de mi hija!

—¡Eunice Delkin! —exclamó—. ¿Le ha ocurrido algo? ¿A Eunice?

—Desapareció anoche —explicó Dowser con toda calma—. Parece que se trata de un secuestro. Delkin vino a verme y acusó a usted. Le dije que se quedase. Por este motivo he pedido al sheriff que le conduzca aquí.

—¡Esto es horrible! —exclamó Graham—. ¡No sé nada de eso! ¡Pueden ustedes contar con que yo haré todo lo posible para ayudar

a encontrar a Eunice!

—Usted me amenazó —denunció Delkin fríamente—. Por eso he dicho la verdad sobre usted. Dowser lo sabe todo así como Taussig. Es usted un bandido, la clase de individuo que descendería a cometer un rapto.

—¡Miente usted! —replicó Graham.

—Un momento —Harwin Dowser habló en tono grave, levantándose de su silla—. Lo he representado a usted, Wellerton, meramente como administrador de la fortuna de su tío. No siento ninguna simpatía hacia Usted, ahora que he sabido que es un bandido. Está usted acorralado, joven. No puede escapar.

Graham lanzó una mirada rápida al sheriff El funcionario no empuñaba ningún arma. Graham miró hacia la puerta del estudio. Sabía que la habitación tenía otra salida Un deseo frenético de huir se apoderó de él.

Dowser dio una orden. Al instante cuatro hombres enmascarados aparecieron a la vista en la amplia arcada que daba al recibidor. Los hombres empuñaban sendas pistolas y encañonaron a Graham Wellerton.

El sheriff, poniéndose en pie de un salto, preguntó:

—¿Quiénes son esos hombres?

—Vigilantes —respondió Harwin Dowser en tono severo—. Los llamé cuando usted fue a buscar a Wellerton.

—¿Por qué? —interrogó Taussig bruscamente.

—Era necesario —explicó Dowser.

—No me informó usted de eso.

—No se preocupe, sheriff Estos hombres secundan la Ley. Obedecerán a usted. Quizá la presencia de estos hombres haga confesar a Wellerton.

—¿Confesar qué? —preguntó Graham.

—El rapto de mi hija —gritó Delkin.

—Ignoro lo que se ha hecho de Eunice —declaró—. No la he visto desde que estuve en su casa; Rodolfo Delkin dice que soy un bandido. No presenta ninguna prueba. Esto decide el asunto, Sheriff —Graham se enfrentó con Taussig—, espero que usted me acompañe a mi casa, adonde fue a buscarme.

Mientras Taussig deliberaba, Dowser intervino. El anciano abogado alzó una mano para indicar que no se moviese nadie.

Fue al pasillo; los guardias cívicos le abrieron paso.

Dowser hizo una seña. Carma apareció a la vista.

—¿Conoce usted a esta mujer! —preguntó el abogado.

—Ella pretende ser mi esposa —replicó Graham.

—Yo soy tu esposa —se burló Carma—. Tú eres un bandido... y yo puedo decir la verdad sobre ti.

Con súbita decisión Graham negó rotundamente. Se encaró con la mujer y lanzó un reto:

—Usted habla del pasado. Pruebe que soy un criminal. Demuestre que está casada conmigo. Esa mujer me odia —Graham se volvió hacia Taussig—, y su palabra es insuficiente para acusarme.

Harwin Dowser, que estaba de pie cerca de los vigilantes, emitió una risita.

Lanzó una mirada despectiva a Graham Wellerton.

Preguntó:

—¿Quiere más pruebas? ¿Quiere más testimonios corroboradores? Los tendrá. ¡Aquí los tiene!

Los enmascarados vigilantes abrieron paso. Otro hombre apareció a la vista.

Esta vez, Graham Wellerton quedó pasmado de asombro.

El nuevo testigo, al que Harwin Dowser había llamado, era “Lobo” Daggert.

Con una risita burlona, el cobarde gangster estaba frente a Graham Wellerton.

Unos ojos escudriñaban desde la puerta del estudio. Unos ojos que ni siquiera Graham Wellerton logró ver.

¡La Sombra era un silencioso observador de la asombrosa escena!

CAPÍTULO XXII

LA ACCIÓN DE LA SOMBRA

LA puerta del estudio de Harwin Dowser se cerró completamente. Un disco de luz del tamaño de una moneda formó un punto sobre la puerta de la anticuada caja de caudales que aparecía en el rincón.

Una mano negra asió el disco. Unos dedos completaron la operación.

La puerta de la caja de caudales se abrió. Los ojos agudos y escrutadores de La Sombra percibieron un largo sobre que aparecía al alcance de la mano.

EL sobre desapareció en la oscuridad. Transcurrieron varios segundos antes de ser restituido a su sitio. El fantasma de la noche se alejó.

Sigilosamente deslizóse por una puerta de escape. Desde el pasillo, La Sombra distinguió a los hombres armados en la entrada del gabinete.

Silenciosamente, el rey de la noche abrió la puerta y descendió unos cuantos escalones.

Sus pasos eran silenciosos al llegar a las baldosas del suelo del sótano.

En un apartado rincón del vasto sótano, el fantasma de la noche se detuvo.

Ante él aparecía un compartimiento de piedra; al otro lado, una puerta metálica que ostentaba un enorme candado. Dos hombres había a la vista, sentados sobre unas cajas. Ambos vestían groseramente; ambos vigilaban.

Una larga línea de negrura deslizóse por el suelo. EL hombre que estaba de pie la vió: dos largos brazos se alargaron con la rapidez de un rayo y asieron al individuo por la garganta. Como una rata entre

los dientes de un terrier, fue engullido en la oscuridad.

El hombre sentado encendió un cigarrillo. Ofreciendo el paquete, miró buscando á su compañero. Se levantó y sacó una linterna eléctrica. El chorro de luz reveló una elevada figura que se aproximaba.

Antes de que el sobresaltado individuo se diese cuenta de lo que el fenómeno significaba, el segundo rufián cayó ante el ataque de La Sombra.

También fue arrastrado a la oscuridad del otro lado del cuarto.

La rapidez de estos incidentes fue increíble. La Sombra reapareció y un diminuto instrumento metálico apareció en la mano enguantada de negro. A la primera tentativa, La Sombra abrió el candado de la puerta.

La barrera se abrió. Cuando la luz se proyectó en el cuarto, La Sombra retrocedió rápidamente por el mismo sendero por donde entrara. Los dos hombres a quienes había sometido, que ahora yacían atados junto a la pared del sótano, oyeron los débiles ecos de una risa misteriosa y susurrada.

En el gabinete de arriba. Graham Wellerton se enfrentaba con las miradas burlonas de Carma Urstead y “Lobo” Daggert. La mujer había contado su historia, “Lobo” Daggert la corroboraba.

El gangster, declaraba:

—Seguramente que este sujeto es un bandido. Trabajó para Rey Furzman, el jefe de Nueva York. Su panda le expulsó; fueron los pájaros que intentaban robar al viejo Talboy cuando él se entrometió.

—Oigale, sheriff —sugirió Graham—. Este hombre está confesando ser uno de los ladrones.

—Yo no estoy hablando de mí —gruñó “Lobo” Daggert—. Hablo de este pájaro, de Wellerton, el ladrón de Bancos...

—Permítame que yo explique el asunto—sugirió Dowser, volviéndose hacia el sheriff Taussig—. Poco después de heredar Wellerton la fortuna de su tío este hombre, Daggert, se presentó en mi casa. Manifestó que Wellerton era un ladrón de Bancos; que los hombres que él mató en la casa de Ezra Talboy eran sus antiguos compinches. Daggert reconoció que había tenido relaciones con la banda. Por medio de Daggert me enteré de la existencia de la esposa de Wellerton, Carma, que residía en Nueva York.

»Con el objeto de averiguar la verdad, mandé buscar a la mujer. Llegó hace unos días. Está aquí para acusar a Wellerton de haberla abandonado.

Graham Wellerton se quedó mirándola con fijeza. Ahora sabía a quién se refería Carma al decir que un hombre de Southwark la había llamado. Ahora veía que era una aliada de «Lobo» Daggert y que el gangster esperaba una parte en el botín.

¿Cómo averiguó «Lobo» Daggert la existencia de Carma? Graham nunca se la había mencionado.

Volviéndose hacia el sheriff, el joven declaró:

—Está usted presenciando un complot. No se presenta ninguna prueba; simplemente un ardid para desprestigiarme. El señor Dowser ha sido engañado por estos bribones.

—Un momento —intervino Dowser—. Al parecer, Wellerton, cree usted que no hay pruebas. Vengan a mi estudio. Allí verán las pruebas...

Los vigilantes les siguieron, encañonando a Wellerton con sus pistolas.

Dowser, Taussig y Delkin se llevaron a Graham al estudio, donde el letrado encendió las luces. Carma y «Lobo» Daggert les siguieron sigilosamente.

Harwin Dowser abrió la caja de caudales. De ellas extrajo un sobre. Lo abrió y sacó un papel doblado que entregó al sheriff Taussig.

En tono enfático, declaró:

—Ahí encontrará usted pruebas de mi primera afirmación. Esta es la licencia de casamiento, fechada el tres de marzo de 1928, que declara que Carma Urstead es la esposa de Graham Wellerton. Este testamento que tengo en mi bolsillo —Dowser entregó el nuevo el documento a Taussig, le acompaña, nombrando a la mujer heredera de toda la fortuna de Graham Wellerton.

El sheriff Taussig desdobló la licencia de casamiento. La miró llenó de perplejidad. Alzó la cabeza y miró con extrañeza al grupo que le rodeaba. Su rostro se tornó firme y retador.

Harwin Dowser miró por encima del hombro del sheriff. Graham Wellerton, del otro lado, hizo lo propio. Un grito de asombro brotó de los labios del joven. En un instante se dio cuenta del complot, tramado desde hacía mucho tiempo.

La licencia de casamiento que el sheriff Taussig leía no llevaba la fecha del tres de marzo de 1928. Ostentaba la fecha del nueve de abril de 1926.

Mas eso no era lo más sorprendente del documento. Los nombres que allí aparecían eran lo más asombroso.

Carma Urstead era nombrada, pero Graham Wellerton no lo estaba. El hombre cuyo nombre aparecía en la licencia de casamiento era Willis Daggert... ¡«Lobo» Daggert!

Con un grito de triunfo, Graham Wellerton se volvió para lanzar su acusación contra aquellos dos malvados que le habían arrojado a la vida del crimen.

CAPÍTULO XXIII

UN NUEVO ALIADO

GRAHAM Wellerton tenía confianza ahora en el resultado de la cuestión que se debatía.

Rodolfo Delkin conocía la historia de la vida de Graham. A Delkin, el joven le había hablado de Carma Urstead. Ahora que la mujer resultaba ser la esposa de otro hombre, el caso de Graham aclarábase por consiguiente.

Por mediación de Delkin, el joven tenía la seguridad de poder influir en el sheriff Taussig; en cuanto a Harwin Dowser, el viejo abogado tendría que capitular, ahora que sus manifestaciones habían sido desmentidas.

Graham comprendió que Carma era, en verdad, actualmente la esposa de «Lobo» Daggert y que se casó con él mediante un engaño. Conspirando con “Lobo” Daggert obligó a Graham a seguir una carrera criminal para satisfacer sus demandas de dinero.

Evidentemente, la mujer había conservado las dos licencias de casamiento: la legítima, que la nombraba como esposa de “Lobo” Daggert, y la falsa, el documento ilegal que nombraba a Graham Wellerton su marido.

Graham pensó que debería haber algún error; que Carma debió entregar, inconscientemente, la primera licencia a Harwin Dowser.

Carma miraba el documento. Las palabras que balbuceó sirvieron únicamente para demostrar la legitimidad de la licencia que el sheriff Taussig tenía en la mano.

Gritó:

—¡Esa es la vieja! ¡Es la licencia antigua... que dejé en Nueva York! Alguien debe haberla robado para traerla aquí. ¡La han puesto en la caja de caudales en lugar de la que yo di al señor Dowser!

El sheriff Taussig comprendió al instante la importancia de las manifestaciones. Miró con fijeza a Carma mientras agitaba el papel que tenía en la mano.

Le preguntó indignado, mirándole con fijeza:

—¿Quiere decir que estaba casada antes de conocer a Wellerton? Lo veo... Casada con este forajido —Taussig movió la cabeza en dirección a “Lobo”—, y trabajaba con él para robar a Wellerton. Pues bien, los voy a meter a la sombra a los dos y tendrá usted suerte, mujer, si esa otra licencia no aparece.

Con aire de autoridad se dirigió a los vigilantes:

—No os necesitamos, muchachos. Yo detendré a estos dos pájaros.

—Un momento, sheriff —interpuso Harwin Dowser—. Todavía no hemos terminado con Wellerton. Olvida usted por qué le trajimos aquí. La hija de Delkin ha desaparecido. Wellerton amenazó a Delkin. EL hecho de que usted haya descubierto a dos malhechores no prueba la inocencia de Wellerton. Él es de la misma calaña que los otros. ¡Tenemos que encontrar a la muchacha!

Unos murmullos amenazadores se levantaron en la puerta. Dos de los vigilantes avanzaban empuñando sendas pistolas.

Uno de los enmascarados gruñó:

—Hemos esperado demasiado. Vamos á «acariciar» a Wellerton para que “cante”. Seguramente que él raptó a la muchacha. Él nos dirá dónde la tiene encerrada.

—¡No os mováis! —ordenó Taussig.

—No hay nada que hacer —gruñó el vigilante—. Nosotros nos encargamos de Wellerton, desde ahora en adelante. Si no nos dice dónde está la muchacha, le colgaremos de un árbol.

Taussig se encontraba impotente; no podía hacer nada. Delkin estaba horrorizado. Tan sólo un hombre podía apaciguar la furia de estos vigilantes enmascarados. Ese era Dowser. Graham se volvió hacia el abogado con aire suplicante y exclamó:

—Esta es su casa. Usted debe de tener alguna autoridad sobre esos hombres que se han introducido aquí. Si estos hombres esperan...

El anciano abogado sugirió:

—Díganos lo que sepa, Wellerton. Si conduce usted a estos hombres al lugar donde está Eunice Delkin, no le harán ningún

daño ¿Dónde está la muchacha?

—Lo ignoro —balbuceó Graham.

—Tiene usted que decirlo-insistió Dowser —. Si Eunice Delkin está viva y sana, le respetarán la vida. No hay nadie más en Southwark que pueda tener interés en secuestrarla... nadie, excepto usted. ¿Dónde está?

—Lo ignoro —repitió Graham.

—La ha matado usted, ¡eh! —sugirió uno de los enmascarados —. ¿Por eso no quiere hablar? Pues bien, si ése es el caso, ¡lo colgaremos bien pronto!

Harwin Dowser meneó tristemente la cabeza. Rodolfo Delkin, pálido el rostro, suplicó a los enmascarados que usasen discreción. Ellis Taussig se metió una mano en un bolsillo y tronó:

—Si ponen las manos encima de Wellerton, dispararé...

—¡Cuidado! —advirtió Dowser—. ¡Estos hombres le matarían, Taussig! Si Wellerton se decide a hablar, y decirnos la verdad, puede salvar su vida.

El sheriff exclamó:

—¡Ayúdenos, Wellerton! ¿Sabe usted dónde está la muchacha? ¿Puede danos alguna pista? Queremos salvarle a usted la vida. Si encontramos el rastro de Eunice Delkin y...

El sheriff se interrumpió de pronto, perplejo y asombrado.

Taussig miraba hacia la puerta excusada del estudio. Alguien entraba en aquel momento.

¡Entraba Eunice Delkin!

Pálida, la muchacha avanzaba con los ojos llenos de horror. No vio a su padre. Vio sólo a Graham Wellerton, amenazado por un grupo de enmascarados.

Con un sollozo, la muchacha se lanzó sobre Wellerton rodeándole con sus brazos. Aturdido, el joven se dio cuenta de que había sido liberado; luego le asaltó un pensamiento de alegría que ahogó todas sus penas.

Su pasado estaba aclarado. Eunice Delkin le había elegido por haber abandonado la senda del crimen. Amaba a esta muchacha y ahora que su casamiento con Carma Urstead había sido probado inexistente, estaría libre para declararle su amor.

Con la muchacha sollozando en sus brazos, se volvió hacia Harwin Dowser, confiado en que ahora el anciano abogado

despediría a los vigilantes amenazadores. Mas cuando observó la expresión de los ojos del abogado, se le heló la sangre en las venas.

Harwin Dowser se había transformado en un demonio furioso. Su careta de bondad había desaparecido.

¡En un instante Graham Wellerton se dio cuenta de que el diabólico complot había sido hábilmente urdido por este viejo infernal!

CAPÍTULO XXIV

LAS PISTOLAS HABLAN

MIENTRAS Graham Wellerton miraba estupefacto a Harwin Dowser, Eunice Delkin se percató de que ocurría alguna cosa anormal. Apartándose del hombre cuya vida acababa de salvar, la joven vió a su padre y volvióse hacia él. Mientras refería su historia, apuntaba un dedo acusador hacia las personas que iba nombrando.

Exclamó:

—¡Harwin Dowser es el culpable de mi secuestro! ÉL y estos dos —señaló a «Lobo» Daggert y a Carma—. Anoche esta mujer me llamó por teléfono. Manifestó que era la esposa de Graham Wellerton; y que deseaba hablar conmigo. Nos encontramos delante de nuestra casa. Ese hombre guiaba el coche. Me trajeron aquí y me encerraron.

»Hasta esta noche no pude escapar. La puerta estaba cerrada con llave y dos hombres hacían guardia fuera. Luego me pusieron en libertad misteriosamente. ¡Harwin Dowser fue el que me tuvo prisionera con el objeto de culpar q Graham Wellerton!

Harwin Dowser prorrumpió en una risita siniestra.

Dijo fríamente:

—Lo que Eunice dice es verdad. ¿Qué importa? ¡El resultado será igual... puesto que Graham Wellerton ha hecho su testamento!

En las palabras del abogado había un acento de triunfo diabólico. Graham presintió que le amenazaba un grave peligro. Escuchó tensamente mientras Dowser continuaba:

—Al principio planeé un chantaje. Luego se presentó una ocasión mejor. Yo trabajaba con “Lobo” Daggert. Carma Urstead representaba su papel. Graham Wellerton hizo su testamento. Se hizo más fácil matarle que hacerle víctima le una estafa.

»Estos hombres enmascarados no son vigilantes. Son pistoleros, traídos aquí por Daggert. Su tarea consiste en matar a Graham Wellerton. Lo harán. Por desgracia tendremos que “despachar” al sheriff Taussig también, puesto que ahora sabe demasiado. Morirá protegiendo a Wellerton de los vigilantes.

»Pensaba dejar á Delkin fuera de esto. Tendrá que morir también. Su hija nos estorba. Morirá. Los dos aparecerán asesinados en su casa, al parecer víctimas de la furia de Graham Wellerton.

Harwin Dowser lanzó una mirada siniestra a los que iban a ser víctimas de su venganza. Señaló hacia los documentos que el sheriff Taussig tenía en la mano.

Continuó:

—Esta licencia de casamiento antigua llegó aquí debido a alguna equivocación misteriosa. Descubriremos la que necesitamos, esté donde esté. Destruiremos la licencia vieja. Pero el testamento quedará en pie. Con él, yo y mis amigos nos apoderaremos de la fortuna de Graham Wellerton.

Reinó un silencio tenso. No se movió nadie.

Dowser se volvió a los enmascarados. Alzó la mano a modo de señal. Era la indicación de iniciar los asesinatos.

Mientras Dowser actuaba, el sheriff Taussig venció todas sus vacilaciones.

Metiéndose una mano en un bolsillo, empuñó su revólver haciendo un esfuerzo para defender su vida.

Graham Wellerton trataba de escudar a Eunice Delkin. El padre de la muchacha vió que no podía ayudar.

Carma Urstead se dirigía hacia un lado del aposento. “Lobo” Daggert y Harwin Dowser sacaban tranquilamente sus revólveres.

Los enmascarados alzaron sus pistolas. Mas, antes de dispararse un solo tiro, se produjo una interrupción con asombrosa rapidez.

De la puerta de escape del aposento, un par de pistolas automáticas atronaron el espacio con inesperados resultados.

Nadie había observado la presencia de La Sombra, cuando el rey de la oscuridad llegó para ser testigo del drama. Los que miraron en aquella dirección vieron tan sólo, unas lenguas de fuego que brotaron al mismo tiempo que se inició el ensordecedor estruendo.

Varios pistoleros enmascarados cayeron fulminados por las balas.

Los que estaban detrás se volvieron para hacer frente al ataque. Varios tiros fueron disparados hacia el lugar donde La Sombra se encontraba.

La Sombra había ya calculado acertadamente. Las únicas balas que llegaron en su dirección fueron las disparadas al azar. Antes de que sus enemigos pudiesen asestarle un solo tiro mortal, los abatió con su certera puntería.

Los primeros cuatro enmascarados se desplomaron; cuando el segundo grupo intervino en la refriega, sonaron disparos lejanos al otro lado de la puerta principal.

¡Los ayudantes de La Sombra! ¡Harry Vincent y Cliff Marsland, este ultimo llegado de Nueva York, abrían fuego sobre los que vigilaban fuera!

Dos pistoleros, uno herido y otro ileso, cruzaron el cuarto, tambaleándose, en dirección al vestíbulo. Los otros yacían tendidos en el suelo, víctimas de la refriega.

El sheriff Taussig, que empuñaba su arma, fue encargado por La Sombra de la custodia de Harwin Dowser y «Lobo» Daggert. Las pistolas automáticas ladraban a través del pasillo, para detener a los gangsters fugitivos.

Taussig tenía encañonado a «Lobo» Daggert. Si el sheriff hubiese actuado como esperaba La Sombra, habría derribado al gangster y encañonado a Harwin Dowser.

No obstante, el sheriff hizo una pausa y mientras tenía en jaque a «Lobo», Dowser ejecutó la acción. EL abogado disparó, Taussig se tambaleó con una bala en el hombro.

Graham Wellerton se abalanzó sobre «Lobo» Daggert y forcejeó con él. La pistola del gangster ladró cuando Graham se la arrebató. Herido en la mano izquierda, Graham retrocedió con paso vacilante y disparó a bocajarro cuando «Lobo», se lanzó sobre él. EL gangster cayó alcanzado por una bala de su propio revólver.

Rodolfo Delkin luchaba a brazo partido con Harwin Dowser. El abogado se zafó y apuntó al sheriff Taussig que se incorporaba.

Graham Wellerton, con la mano herida pegada al cuerpo, apuntó su revólver hacia el viejo abogado. La acción de Graham fue demasiado tardía para evitar el tiro destinado a matar a Ellis Taussig, pero otra mano actuó mientras el joven vacilaba.

Sonó un rugido procedente de la puerta. La Sombra había

disparado otro tiro de su pistola automática. Harwin Dowser lanzó un chillido cuando el revólver cayó de su mano destrozada.

Graham Wellerton, con el dedo sobre el gatillo, no podía detenerse. Su bala se alojó en el cuerpo de Dowser. El diabólico abogado se desplomó sobre el suelo.

Debilitado por su herida, Graham se apoyó en su sillón. Fue entonces cuando un nuevo factor intervino en la batalla.

Carma Urstead avanzaba con sigilo hacia el umbral del aposento. De pronto la mujer se enderezó. En su rostro aparecía una expresión maligna cuando su mano, empuñando el revólver de un pistolero, apuntó al cuerpo de Graham Wellerton.

Eunice Delkin la vio y lanzando un grito de aviso, la valerosa muchacha se interpuso entre Graham y el revólver que apuntaba. Carma Urstead se sonrió burlona. Fríamente apuntó para matar a Eunice Delkin. La muchacha no vaciló.

Mientras Carma miraba hacia su blanco, distinguió a una figura al otro lado de la muchacha. En el umbral del lado del cuarto aparecía la alta figura de La Sombra. Unos ojos fríos y una automática empuñada con mano firme se volvieron hacia Carma.

La mujer quedó petrificada de espanto, con el dedo sobre el gatillo de su revólver. Tenía miedo de disparar.

¡Sabía que se encontraba en las garras de La Sombra!

Lentamente empezó a retroceder. El fulgor de aquellos ojos la hacia vacilar.

La Sombra hacía la guerra a hombres. Aunque Carma Urstead era una mujer dañina, el invicto luchador no abrigaba la intención de matarla.

Pero el sheriff Taussig, postrado en un rincón del cuarto, vió solamente a Carma y a Eunice. No sabía por qué titubeaba Carma. Observó el siniestro fulgor de los ojos de la mujer.

Se imaginó que ella retardaba su venganza simplemente para gozarla plenamente. La Sombra estaba fuera del radio de visión del sheriff.

Alzando su revólver, Taussig se incorporó sobre el codo derecho y apretó el gatillo de su arma. Con aquel disparo, Carma se tambaleó. EL revólver se le cayó de la mano cuando se desplomó. Como los otros, la mujer había sufrido el castigo de su crimen. Ya no constituiría más un obstáculo para Graham Wellerton.

Una risa extraña y escalofriante resonó por el aposento.

La labor de La Sombra había terminado. La justicia había prevalecido sobre el crimen insidioso.

Sólo Graham Wellerton comprendió el significado de aquel grito siniestro.

Para él, el júbilo sobrenatural significaba algo más que el triunfo de La Sombra. Significaba que el invicto luchador, conocedor de todas las circunstancias, le había dejado a él —Graham Wellerton— libre para seguir su futuro por la senda del bien.

CAPÍTULO XXV

EL CAMINO RECTO

LAS consecuencias de la rápida y furiosa lucha desarrollada en el domicilio de Harwin Dowser, fueron asombrosas para Graham Wellerton.

EL sheriff Ellis Taussig, reconocido instrumento de la Ley en Southwark, fue el hombre que se hizo cargo de la situación. Para Taussig, la culpa de Harwin Dowser y sus asociados era evidente, mientras que los cargos contra Graham Wellerton parecían dudosos.

Los hechos fueron claramente establecidos. Harwin Dowser había codiciado los millones de Graham Wellerton. El abogado se había aliado con dos malhechores: «Lobo» Daggert, gangster neoyorquino, y Carma Urstead, aventurera sin escrúpulos que pretendía ser la esposa de Graham Wellerton.

Fracasado el chantaje, Graham fue inducido a hacer el testamento en favor de la muchacha. Los criminales tenían el propósito de asesinarle; y para justificar la muerte de Graham, secuestraron a Eunice Delkin.

También llamaron a una banda de pistoleros de Nueva York y los disfrazaron de vigilantes de la localidad.

Descubiertos estos hechos, Graham Wellerton apareció como un nombre merecedor de la estimación de sus conciudadanos. Los únicos cargos formulados contra él fueron los hechos por los bribones.

Además, un documento importante, que misteriosamente substituyó a otro falso, benefició a Graham.

Este documento era la licencia de casamiento que probaba que Carma Urstead era la esposa legal de «Lobo» Daggert.

El testimonio de Eunice Delkin demostró que la usaron como

pretexto para el asesinato de Graham Wellerton.

Rodolfo Delkin, devuelta su hija y conocida la verdad, manifestaba profusamente su admiración por el valor de Wellerton.

El pasado estaba borrado. Los dos enemigos de Graham, “Lobo” Daggert y Carma, estaban muertos, Harwin Dowser había cesado de existir. Las únicas personas que conocían la verdad eran las que la oyeron de los labios de Graham: Rodolfo Delkin y Eunice.

Dos pistoleros, descubiertos ligados concienzudamente en los sótanos de Dowser, fueron empleados como testigos, identificando como compinches suyos a los falsos vigilantes.

Se alegraron de haber escapado a la matanza que había caído sobre sus compañeros. Los dos gangsters capturados declararon que ellos y los otros de la banda que fueron contratados para ir a Southwark y recibir órdenes, conocían a “Lobo” Daggert como gangster neoyorquino. No sabían nada de Graham Wellerton.

Había un dato misterioso que tenía perplejos a los que tomaron parte en este caso. Un personaje invisible había luchado por la justicia aquella noche.

Graham Wellerton estaba convencido de que conocía la identidad de aquel ser misterioso.

La Sombra había obtenido la licencia legítima de casamiento de Carma Urstead y substituyó el falso documento que Carma había dado a Harwin Dowser.

La Sombra —Graham estaba seguro— fue quien capturó a los dos gangsters en los sótanos. Su mano libertó a Eunice Delkin; la misma mano estuvo presta para la batalla final.

Unos cuantos pistoleros cayeron ante sus tiros certeros. El invicto luchador había rechazado a los falsos vigilantes que cayeron en la batalla, tratando en vano de derrotarle.

Para Graham Wellerton, la presencia de La Sombra era milagrosa.

Considerándolo, el joven se dio cuenta de que La Sombra le había prestado su poderosa ayuda, por haber escogido el camino recto, con preferencia a la senda del crimen que hasta entonces había seguido.

Los acontecimientos de Southwark tuvieron su terminación en Manhattan.

Cierta noche, unas semanas después de la batalla en la casa de

Dowser, sonó un chasquido en un cuarto oscuro. Una luz azulada fantasmagórica arrojó unos rayos sobre la superficie de una mesa pulida.

Dentro del radio de iluminación, surgieron dos manos sobrenaturales; seres vivientes procedentes de la oscuridad.

EL resplandeciente girasol recibió los vacilantes rayos de la luz y los devolvió con irisantes destellos. La magnífica joya descubría la identidad de la persona que la llevaba; la luz fantástica indicaba el lugar.

La Sombra estaba en su santuario. De un sobre, unos dedos largos extrajeron varios recortes que depositaron sobre la mesa.

Unos ojos invisibles examinaron las líneas impresas. Estos recortes tenían un importante significado. Los primeros que La Sombra leyó hablaban de devoluciones.

Algunos banqueros de Nueva York y otras ciudades habían recibido fondos de origen desconocido. Misivas anónimas les informaban que estas sumas estaban destinadas a compensarles de valores y dinero de que habían sido despojados en otro tiempo.

Un solo recorte hablaba de otro asunto. Había sido extraído del diario de Southwark y se refería a un importante acontecimiento ocurrido en aquella ciudad. Eunice Delkin había contraído matrimonio con Graham Wellerton.

La luz se apagó con un chasquido. Una risa susurrada vibró por el cuarto en penumbra.

La Sombra había abandonado su santuario. Manifestó su satisfacción por el acontecimiento final, que marcaba la nueva ruta que había de seguir Graham Wellerton.

EL bandido aristócrata había abandonado definitivamente la senda del crimen.

Presentábasele a éste un horizonte despejado, gracias a La Sombra. El secreto del pasado de Graham no se conocería jamás

Pues los hechos del pasado del joven estaban registrados solamente en los archivos secretos de La Sombra, en aquellos tomos macizos que, con la misma identidad de La Sombra, no serían nunca descubiertos.

¡La Sombra había triunfado de nuevo!

¡La Sombra triunfaría otra vez!

¡La Sombra volvería!

¡La Sombra reía!

FIN

Título original: *The Road of Crime*